Nadia Ghulam
Agnès Rotger
EL SECRETO DE MI TURBANTE
Planeta

Índice

Portada
Dedicatoria
Mi madre grita...
El paraíso perdido
La fiesta de los viernes
El infierno
El zorro feliz
Botones
Muerte y demonios
Vida nómada
Buscando a mi padre
Un campo en medio de la nada
El hospital de Jalalabad
Faringitis y huevos revueltos
La hora de la verdad
La paz de los talibanes
No era una amante, era la tristeza
La decisión
Vida nueva
Una vida inventada
El primer trabajo
En las tierras del señor Bismilá
Hambre
El largo ayuno
Frío de invierno y de verano
Pozos
Cine
Cocinera de los talibanes
En la cárcel
La nueva familia de Samira
El viaje a Pakistán
Mulá Zelmai
La casa de las velas
Dejemos hablar al corazón
Los noventa y nueve nombres de Dios
«4 kilos de yogur»
Maruf
Vuelven las bombas
Todo sigue igual

Letra a letra
Sesión doble
En la escuela
Libretas y bicicletas
La bici
Llega el amor
Instituto
Extranjeros
Fiebre y colores
Joyas
La casa de la montaña
El protector alemán
Ajmal
Si tú no comes, yo no como
Buscando el paraíso
Un sueldo
Caridad y compasión
Nuevo trabajo
Ayudad a Nadia
Me voy
Se acerca el día
Hasta nunca más
Lo que dejé
Agradecimientos
Créditos

A las valientes mujeres de mi familia

AGNÈS

A mi madre

NADIA

Mi madre grita mientras retira, con manos frenéticas, los trozos de yeso y de cemento que han caído sobre mí. Llenos de pánico, sus ojos buscan algún indicio de vida en mi cuerpo de ocho años.

Acaba de caer una bomba en casa. Y ella se lanza a apagar con su cuerpo las llamas que encienden el mío, con un abrazo que pretende darme de nuevo la vida. Ignora que ella también se está quemando, que es una mujer gruesa y poco ágil; ignora el humo y los cascotes, y me saca en brazos, y en pocos segundos, de lo que podría haber sido mi tumba. Sólo después de verme fuera de allí, y de comprobar que aún respiro, a mi madre la abandonan las fuerzas. Entonces empieza a temblar descontroladamente y a repetir mi nombre, como si jamás pudiera parar: «Nadia, Nadia, Nadia, Nadia.»

Será la última vez que mi madre me llamará Nadia en nuestra casa de Kabul. Cuando volvamos a tener una, yo seré el hombre de la familia.

El paraíso perdido

A mí no me gustaba ducharme, pero mi madre no estaba para monsergas:

—¿Acaso no sabes que a las niñas que no se lavan se las llevan los piojos mientras duermen y las tiran al río?

Me angustiaba tanto esa historia de los piojos que claudicaba todos los días. Seguía a mi madre hasta el baño, dejaba que me quitara la ropa y cerraba los ojos con fuerza mientras ella me ponía un chorrito de champú en la cabeza y echaba agua para que se formara mucha espuma al frotar fuerte con los dedos. Después del lavado venía algo peor: el momento de cepillarme. Siempre he tenido el pelo muy rizado —herencia pastún de mi padre— y, cuando mi madre me pasaba el peine para desenredarlo, era como una tortura. Ella cantaba para distraerme, y yo repetía el estribillo entre «ay, ay, ay». Formábamos un dueto bastante cómico.

En casa no había agua corriente, pero siempre íbamos limpios como una patena gracias a nuestro rudimentario, pero eficaz, sistema de ducha con agua caliente. Cuando me liberaba, con un gran suspiro, del ritual de limpieza diario, corría hacia el jardín para encontrarme con Zelmai, que me esperaba escondido entre granados y pinos piñoneros. En ocasiones, si hacía calor, nos salpicábamos el uno al otro en la fuente que teníamos allí. Otras veces jugábamos a vacunar a las pobres ranas que pescábamos. Aquel jardín tan grande, lleno de flores, plantas y árboles, de escondites y de bichos, era nuestro universo privado. Sólo entrábamos en casa cuando no había más remedio, cuando mi madre nos llamaba porque el jardinero, nuestro querido tío Ayub, ya había traído el pan caliente para el desayuno.

Los afganos estamos muy orgullosos de nuestro pan, el *naan*, que es plano, esponjoso y aromático como ningún otro. A Zelmai le gustaba partirlo y mojar los trozos en su taza de té azucarado, y a mí me gustaba imitarlo. Desayunábamos sentados en la alfombra, al lado de mi padre, mientras veíamos los dibujos de la tele. Mi madre trajinaba a nuestro alrededor: daba el desayuno a mis dos hermanas pequeñas, preparaba nuestros uniformes de la escuela, la maleta de mi padre, la comida... Sudaba.

—Dime, Zelmai *jan*, ¿cuál es la raíz cuadrada de treinta y nueve?

Zelmai *jan* («querido») ponía cara de póquer y se apresuraba a

llevarse otro trozo de pan a la boca, ya que con la boca llena no se puede hablar...

Mi padre vigilaba muy de cerca sus estudios, pero a mi hermano, que era más listo que el hambre, le interesaban mucho más las películas de Bollywood que las matemáticas. A veces me enseñaba bailes que había visto en las que daban los viernes por la noche en la tele. Él siempre se hacía pasar por un príncipe indio fuerte y atractivo, y yo lo miraba embobada. Si nos veía, mi padre se enfadaba mucho con Zelmai, porque decía que, en vez de jugar tanto con una niña pequeña, debería estudiar y trabajar. Que por eso estaba matriculado en la escuela, y también por eso había acordado con su amigo y socio Korban que trabajara como aprendiz en la tienda de alfombras. Zelmai decía que sí, que sí, padre *jan*, pero cuando estábamos a solas siempre me repetía que no le apetecía en absoluto enterrarse en una cueva oscura como la tienda de alfombras, y buscaba cualquier excusa para escapar de allí y correr hacia casa a escuchar los cuentos del tío Ayub o a repanchigarse a ver la tele.

A mí, en cambio, la escuela me encantaba. Me encantaba tener mi lápiz y mis cuadernos, me encantaba mi compañera de pupitre, que se llamaba Nadia como yo y llevaba el pelo recogido en dos trenzas. Y a ambas nos gustaba escuchar cómo la señorita Shikebá recitaba poesías de antiguos escritores persas que jamás olvidaríamos:

Tengo para ti una sorpresa,
ha llegado la primavera,
los jardines están llenos de rosas,
el agua ya brilla en el río
y los pájaros cantan su pío-pío.

De repente, el timbre que indicaba el final de la clase rompía el encanto, y todos saludaban respetuosamente a la maestra y se iban corriendo hacia sus casas. Yo me quedaba en el patio a esperar a Zelmai, porque los mayores acababan algo más tarde que nosotros. De hecho, con seis años, yo era la más pequeña de toda la escuela.

Las primeras semanas de curso no sabía qué hacer para matar el tiempo. Pero aquel día había llevado la comba, así que la desenrollé y me puse a saltar mientras contaba: «Un, dos, tres... Un, dos...» Aún no sabía hacerlo muy bien, tropezaba en seguida, y pronto me harté, muy enfadada. Dibujé una rayuela en el suelo con una piedra. Jugué un par de vueltas, pero hacerlo sola era muy aburrido.

En un extremo del patio estaba la tiendecita del señor Fakir. Él también se aburría, y se distraía escuchando música en la radio y

mirando a los niños que hacían gimnasia al aire libre. Me gustaba espiarlo porque me parecía un personaje curioso, con su turbante torcido y su sonrisa intrigante, pero siempre procuraba que él no se fijara en mí.

Mala suerte:

—¿Qué? ¿No me vas a comprar nada hoy? —El señor Fakir reía, y me mostraba aquellos dientes que me daban un poco de miedo, con los colmillos puntiagudos como un vampiro.

—No sé..., ¿qué tiene hoy, tío Fakir? —le dije, aunque siempre tenía lo mismo: frutos secos, fruta fresca, chocolatinas.

Lo llamaba «tío», como se llama en Afganistán a todos los hombres mayores.

—Para ti, unos pistachos saladitos. Y mira las cerezas que tengo, ¿qué te parecen?

Con los pistachos ya me bastaba para matar el gusanillo, pero las cerezas parecían llamarme, limpias, oscuras y brillantes, dentro de bolsitas de plástico... Mi padre nos daba diez afganis todos los días, y normalmente quería ahorrarlos para comprarle una cometa a mi hermano, pero el aburrimiento y el hambre pesaban más, o sea que compré las dos cosas y me las comí mientras esperaba.

Después se me acercaron Kholedá, hija de una maestra de la escuela, y Shaqrá. Eran mayores que yo, debían de tener doce o trece años, y como yo era la más pequeña de la escuela, les gustaba jugar conmigo, como si fuera su muñeca. Me hicieron una señal para que me sentara con ellas en el suelo, y me preguntaron si tenía hermanos. En voz baja, les respondí que mi hermano se llamaba Zelmai. Ellas se miraron y se echaron a reír: «¡Ah, el primero de la clase B! Es muy guapo, ¿no?» Asentí incómoda porque no sabía si se reían de mí. Zelmai era el delegado de su clase, y todo el mundo lo conocía. Entonces, Kholedá cogió una cereza de mi bolsita.

—Dame la mano, Nadia —me dijo, decidida—. ¡Vamos a dejarte muy guapa!

Miré a mi alrededor por si tenía que salir corriendo, ya que no acababa de fiarme de aquellas dos. Kholedá mordió un poco la cereza y la exprimió para que saliera algo de jugo, rojo oscuro como si fuera una gota de sangre. Entonces me hizo dibujos en la mano con la tinta de la cereza, y su amiga la imitó. Círculos y caracolillos que empezaban en la palma de la mano y subían serpenteando hacia los dedos.

—Hala, ya está. Levanta las manos para que se sequen.

Obedecí sin decir ni pío. Kholedá tenía el mismo tono autoritario que su madre. Una vez, en clase, aquella maestra me obligó a darle

una bofetada a una compañera que no se había aprendido la lección. Yo me negué a hacerlo y me eché a llorar. Acabamos las dos castigadas en lo que llamaban «cuarto oscuro», y al día siguiente mi padre se quejó: «¿Cómo pueden tratar así a una niña que aún no sabe dónde está la derecha y dónde la izquierda?» El director, que era amigo suyo, se disculpó. Yo era una privilegiada, porque lo normal, cuando eres pequeña en Afganistán, es que te peguen mucho.

Cuando el señor Fakir me vio con las manos en alto y teñidas de cereza se echó a reír.

—¡Qué guapa te han dejado, Nadia! ¡Pareces una novia con henna en las manos!

Una novia, ay, qué vergüenza... Bajé las manos y, entonces sí, me fui a un rincón del patio para estar sola. Oía las risas del vendedor, que no me hacían ninguna gracia, y la música de su radio, que me aturdía, y escondí muy bien las manos entre los pliegues de la falda del uniforme, que, al ser negra, si se manchaba con el zumo de cereza no pasaba nada...

Por suerte, Zelmai salió de clase en seguida, justo cuando vi llegar la figura alta y delgada del tío Ayub, con su gorra de lana de borrego, que venía a buscarnos. El tío Ayub era para nosotros mucho más que el jardinero de casa: nos quería y nos cuidaba como si fuéramos sus hijos, aunque él ya debía de tener suficiente trabajo con los nueve que lo esperaban en su casa.

—¿Me llevas a hombros?

—Después, Nadia. ¿Cómo os ha ido en el colegio?

—Kholedá y su amiga, ¿sabes quiénes son? ¿Aquellas niñas mayores? Pues me han pintado las manos. Nos han enseñado una poesía sobre la primavera, han reñido a Noriá porque estaba hablando todo el rato y, ¿sabes qué? ¡Se me ha escapado un poco de pipí! Ha sido culpa de la señorita, que no me ha dado permiso para salir de clase hasta que casi no podía más, y ya sabes que el baño está en el piso de arriba, y me cuesta agacharme y sujetarme la falda al mismo tiempo, y siempre me pasa lo mismo... Me da mucha vergüenza cuando vuelvo a la clase, por si alguien lo ve y se ríe de mí. ¡Ah!, ¿y sabes que nos han enseñado una canción nueva? Y me han pedido si podremos traer rosas de casa para la Fiesta de los Maestros, que será pronto... No te enfades, ¿eh? Sólo unas cuantas, poquitas...

Yo hablaba, hablaba y gesticulaba, y le mostraba dónde me habían pintado con jugo de cereza y dónde estaba la mancha del pipí que se me había escapado, y le cantaba la canción, y el tío Ayub me recordaba que no era correcto contar según qué en voz tan alta por la calle, aunque se le escapaba una sonrisa por debajo del bigote. De

etnia tajik, como mi madre, era un hombre bueno, tímido y generoso, que sentía una ternura especial hacia mí.

—Está bien, Nadia, sube a hombros. ¡Y ponte bien el pañuelo, muchacha!

El uniforme escolar, para las niñas, estaba formado por un conjunto de falda y blusa negra con un pañuelo blanco que cubría el pelo. El mío parecía tener vida propia, porque se me caía constantemente. El tío Ayub me ayudó a ponerlo en su sitio y me subió a sus hombros. Me sentía la reina del mundo, allí arriba, y cuando vi a una niña que conocía de mi calle, le lancé una poderosa sonrisa.

La escuela estaba muy cerca de casa, y llegamos en seguida. En la puerta del jardín nos esperaba Alí, un niño de la edad de Zelmai, con una botella de coca-cola de dos litros vacía en la mano. Era uno de los aprendices de los talleres y tiendas de nuestra calle, que habitualmente venían a buscar agua a nuestro jardín, porque ellos no tenían y la necesitaban para preparar el té para ellos y para sus clientes. Alí hacía recados para el mecánico y era bastante simpático. A veces incluso se quedaba a jugar un poquito con nosotros. Era muy bueno con las canicas.

Mi madre nos oyó llegar y nos esperaba en la puerta de casa. Nosotros cruzamos el jardín corriendo y gritando hasta ella. Yo llevaba tanto impulso que más que abrazarla la embestí, y casi la tiro al suelo. Mi madre era grande, toda ella me envolvía, y siempre desprendía un riquísimo olor a comida, especias, cebolla, tomate, perejil fresco.

—Lavaos e id corriendo a cambiaros de ropa, niños, que comeréis en seguida. Y no gritéis, que las pequeñas duermen.

Me remojé la cara y las manos de un tirón en el barreño de agua y, sin perder tiempo para secarme, me quité la falda y la blusa y me enfundé una camiseta, en la que ponía «Miami», y unos pantalones de pijama cortos de algodón, gastados: era el uniforme de andar por casa. Estaba muerta de hambre, como todos los mediodías.

—¿Qué hay para comer, *modar*?

Todo estaba preparado en el suelo, sobre el mantel de hule con margaritas dibujadas, que era el orgullo de mi madre. Mucho más práctico y moderno que el del tío Janagá y la tía Delián, decía mi madre, que aún usaban manteles de tela que tenían que lavarse cada dos por tres.

Zelmai recitó la plegaria en dos segundos antes de atacar con su mano experta el arroz con carne y verduras. Mi madre, de pie junto a nosotros —no comía hasta que habíamos terminado—, cerró los ojos

con desesperación mientras suspiraba: «Zelmai...» Yo empecé a comer con más calma porque no me gustaba que mi madre se enfadara. De hecho, masticaba muy despacio para no hacer bola con aquella carne de un cordero que habíamos matado hacía dos meses y que guardábamos seca. Masticaba y masticaba mientras recorría con la vista el bufé, cargado de recuerdos y de regalos que ya me sabía de memoria.

—¿Crees que papá nos llevará a dar una vuelta con el coche nuevo esta tarde, *modar*?

—Del coche, ni me hables, Zelmai. Tu padre es un manirroto. Y ahora su prima le ha pedido si podemos comprarle una máquina de coser. No podía creérmelo. ¡Y él le ha dicho que sí! ¡Seiscientos afganis! Ay, Dios mío, ¿qué vamos a hacer con este hombre? ¿Es que no piensa en tu futuro, hijo mío?

Zelmai sonreía pensando en el coche nuevo.

Aquella prima y su familia sólo bajaban a Kabul cuando tenían que ir al médico o a hacer alguna gestión importante. Cuando venían se quedaban en casa, y mi madre se ponía nerviosa porque llegaban con muchas exigencias y, en cambio, decía ella, no eran precisamente unos aristócratas, sino unos pueblerinos. Zelmai y yo nos reíamos mucho porque, cuando poníamos la tele, un objeto desconocido en el pueblo, las mujeres se tapaban la cara rápidamente por miedo a que las vieran los hombres que salían en ella.

Cuando terminamos de comer, mi madre nos mandó a dormir la siesta, algo que ambos odiábamos. Muchas veces Zelmai protestaba, pero aquel día vi con sorpresa cómo se dirigía sumiso hacia la habitación. Cuando pasó por mi lado se agachó y me dijo al oído: «Yo no tengo sueño, ¿y tú?» Lo miré sin saber qué hacer. Él me dio una colleja:

—¡El último en llegar a la fuente es tonto!

La fiesta de los viernes

Cuando yo era pequeña, los viernes, nuestro día de fiesta, mi casa parecía un restaurante. Los amigos de mi padre —nunca menos de media docena— se sumaban a tíos y primos a la hora de comer. Mientras yo remoloneaba en la cama, me llegaba el olor de las albóndigas con frutos secos y especias, del arroz aromático, del pan frito con azúcar..., incluso me parecía oler la crema de lentejas rojas con yogur, los pasteles, la sopa de verduras...

Mi madre preparaba todas aquellas comidas pantagruélicas sola, y tenía que levantarse muy pronto para empezar a remover ollas y sartenes en los fogones con los ingredientes que había comprado mi padre. Los invitados siempre elogiaban sus habilidades culinarias —por algo siempre volvían—, pero a menudo el ambiente cálido y animado se agriaba cuando el último huésped dejaba la casa, después de una larga sobremesa de bromas y juegos de cartas. Mi madre reprochaba a mi padre el trabajo que le suponían aquellas comidas, y sobre todo el gasto. Pero mi padre no habría renunciado a ellas por nada del mundo, y para organizarlas no estaba dispuesto a escatimar ni un céntimo.

Los tenderos del barrio lo sabían muy bien, y se aprovechaban de él todo lo que podían. Le decía el carnicero: «¡Acaba de llegarme un corderito tierno que le encantará!» Mi padre ya se imaginaba el éxito que tendría entre los invitados, y le pedía que le reservara la mitad: «Sobre todo, guárdamelo, ¿eh?» No hacía caso a mi madre, que le decía que todo el mundo le tomaba el pelo. Él no quería discutir más con aquella mujer con la que ya no era feliz, y sólo le ordenaba que hiciera sitio en una de las dos neveras que teníamos.

Mi padre debía de ganar bastante dinero. Nosotros llamábamos a su trabajo, simplemente, «la farmacia», aunque era mucho más que eso. Él era el único de su familia que había dejado el pueblo. Como todos los jóvenes durante la época de dominio soviético en Afganistán, había tenido que servir dos años en el ejército, y tuvo la suerte de que lo destinaran a Kabul. Allí dejó atrás el analfabetismo, que era lo habitual en su comarca, y cuando terminó el servicio militar se reenganchó como voluntario para poder pagarse los estudios. Tuvo suerte: como soldado lo asignaron a la sección de enfermería.

Finalmente, con su flamante título bajo el brazo, lo contrataron

en el Ministerio de Sanidad. Cuando yo era pequeña, él era el responsable de la administración de los medicamentos de los hospitales de todo el país. Era un referente para toda la familia —la suya y la de mi madre— y para los vecinos, que siempre venían a casa cuando tenían algún problema de salud o necesitaban dinero. Nunca tenía un «no» para nadie, lo que era una fuente constante de discusiones con mi madre.

Por su trabajo, a mi padre le tocaba visitar hospitales de todo el país, y yo lo veía salir, por la mañana, muy arreglado, al estilo occidental, con americana y corbata: unas prendas que poco tiempo después se convirtieron en una rareza. Y como se relacionaba con mucha gente, y tenía un buen puesto, muchas veces le hacían regalos. Poco a poco, las paredes de casa quedaron cubiertas de alfombras tejidas a mano que a él le gustaba colgar como decoración. Un médico con el que solía tratar le trajo una vez, volviendo de un viaje a Rusia, un juego de copas de champán que acabaron expuestas en la vitrina de la casa y se convirtieron en uno de los objetos más apreciados por todos. Mi madre limpiaba el polvo de las copas todas las semanas, y las enseñaban con orgullo a las visitas, pero no llegaron a estrenarlas: nunca vi que nadie tomara ni una sola gota de alcohol en casa. El té, la fanta y las pepsis eran la única gasolina que animaba las reuniones.

Mi padre vivía para eso: para aquellas reuniones alegres y ruidosas en las que podía hacer de anfitrión. Y, pese a lo que decía mi madre cuando se enfadaba, también para ver cómo su hijo crecía y se convertía en un hombre de provecho. Pero todo aquello, la felicidad de aquellos días y los sueños de prosperidad, se rompieron cuando estalló la guerra en nuestra ciudad.

Para mí, todo empezó un viernes, cuando Amín no me dio la mano. Yo lo esperaba muy ilusionada todas las semanas porque aquel amigo de mi padre era mi favorito. Siempre nos saludaba a Zelmai y a mí con un exagerado apretón de manos y una media reverencia, diciéndonos: «Señor..., señora...» Nosotros nos partíamos de risa. Él y su mujer, que a mí me parecía tan deslumbrante como una actriz de cine, eran siempre atentos, nos traían caramelos y nunca se olvidaban de preguntarnos cómo nos iba todo. Por eso, cuando aquel viernes de 1992 entraron en casa como si alguien los persiguiera, angustiados, y no me hicieron ni caso, supuse que algo no iba bien.

A ratos todo parecía normal, y se oía el ruido de las cartas, ordenadas una y otra vez en las manos de los jugadores; y el crujido de las pipas de calabaza tostadas entre los dientes; y los «¡tch...!» de cuando las cartas que llegaban no eran suficientemente buenas, o el «¡mmm...!» que quería decir: «Ya lo veréis, ya...» Eran sonidos

familiares y tranquilizadores, sinónimos de momentos relajados entre amigos. Pero de repente el ambiente se enrarecía, y los mayores se quedaban en silencio, sin ni siquiera masticar ni reordenar las cartas, cada uno con sus preocupaciones. O empezaban a hablar entre ellos en un tono grave, sin preocuparse de si los niños los estábamos escuchando. Y fui cazando al vuelo comentarios que no hubiera querido oír. Debería haber ido a jugar, pero no podía. Estaba allí como pegada, consciente, de algún modo, de que lo que preocupaba a los mayores era algo que nos estaba a punto de cambiar la vida.

Oí que mi padre y Amín, que se conocían desde hacía tiempo, recordaban que ya hacía tres años que los muyahidines habían expulsado al ejército soviético que había ocupado Afganistán durante una década. Pero que, en vez de traer la paz, habían empezado una nueva guerra civil. Lo único que los había unido era el objetivo de echar a los invasores —decía mi padre—, y ahora eran enemigos entre ellos porque cada uno de sus líderes quería el control del país.

—Están arrasando Kabul, están dejándola hecha polvo —se lamentaba Amín—. Mi cuñado y mi hermana ya están en Pakistán, porque aquí ya no les quedaba nada y decían que no querían ver cómo les mataban a sus hijos o cómo se morían de hambre. Se fueron al día siguiente de ver cómo masacraban a sus vecinos de toda la vida justo enfrente de su casa por una tontería. Y, Ghulam, te lo digo muy en serio —añadía el amigo de mi padre, sombrío como nunca lo había visto—, desengañémonos: pronto las bombas llegarán hasta aquí.

Miré a mi padre, esperando que dijera: «¡Vamos, Amín, no exageres!», o algo parecido, pero se quedó en silencio una vez más y cerró los ojos, asintiendo.

Y tuvo razón.

La casa, el centro de nuestro mundo, se convirtió en un lugar peligroso que habíamos de abandonar cuando las bombas caían demasiado cerca. Al principio, aquellos amigos y parientes que venían a menudo a casa nos acogieron en las suyas. Pero, poco a poco, la guerra fue dispersando a la gente y nos fuimos encontrando cada vez más solos. Los tenderos dejaron de guardar los corderos más tiernos para mi padre, y los viernes eran tristes dentro de los refugios húmedos. Aquella angustia hizo que a mi madre se le retirase la leche con que alimentaba a mi hermana pequeña. Un día, aprovechando el caos de las calles, alguien incendió la tienda de alfombras de mi padre. Las propiedades ya no valían nada, los trabajos eran inseguros y el dinero empezó a escasear. Mi familia tuvo que prescindir del tío Ayub, aunque aún mantuvimos el contacto con él durante algún tiempo. A él la guerra le destrozó la vida: perdió a su familia y

envejeció mil años.

A pesar de todo, intentábamos conservar las buenas costumbres y, siempre que podíamos, invitábamos a gente a pasar el viernes en nuestra casa cuando los bombardeos se alejaban del barrio. Las mujeres comentaban lo incómodo que era el burka, una prenda de vestir que nunca habían llevado hasta entonces. Aún no era obligatorio, pero muchas lo adoptaron por iniciativa propia o, más habitualmente, por imposición del marido ante los peligros que amenazaban a las mujeres. Los secuestros y las violaciones eran frecuentes en aquel tiempo y, para protegerse, empezaron a taparse. Mi madre acabó usando las faldas —algunas muy cortas—, las medias, las camisetas de manga corta y las chaquetas que tenía en el armario como trapos. Tuvo que desplegar el pañuelo, que a ella le gustaba llevar como diadema, para cubrirse el cabello completamente el día que salía sin el burka. Nadie más, excepto nosotros, volvió a verla con sus dos trenzas largas, de las que se sentía muy orgullosa.

Así fueron pasando los meses hasta que una noche, después de haber cenado tranquilamente con la tía Shobobó y unos primos de mi padre, mi madre dijo que iba a buscar unos caramelos. Yo la seguí hasta la cocina, pero después recordé que Zelmai había comprado unos tebeos nuevos y decidí ir a hojearlos a la habitación.

De repente, todo saltó por los aires. Y anocheció.

El infierno

Lo primero que vi al despertar fueron los ojos asustados de mi madre, oscuros como nunca en un marco de arrugas y ojeras que no le había visto hasta aquel día.

—¡Mmmm... amm...!

¿Qué me había pasado? ¿Por qué me dolía tanto la boca y no se entendía lo que decía? ¿Dónde estaba? Moví la cabeza con dificultad para mirar a mi alrededor: estaba echada en un colchón en el suelo, junto a otros muchos colchones ocupados por niños y niñas, en lo que parecía un pasillo largo más que una habitación normal. Parecía un hospital, pero ¿qué hacía yo allí? Estaba aterrorizada, no podía hacer preguntas porque mi cuerpo no me respondía. Y de los ojos de mi madre, fijos en mí, empezaban a correr ríos de lágrimas.

Se respiraba un olor fuerte y espeso, mezcla de comida, de medicamentos, de sangre y de sudor. Desde donde yo estaba, podía ver unas pequeñas ventanas con Gradulux en el techo. Los sonidos también se pegaban en el aire cargado: gemidos, conversaciones y plegarias murmuradas con voz grave, que yo oía sólo a medias, con el oído izquierdo. Me palpé la otra oreja: la tenía completamente vendada y me dolía muchísimo con el más mínimo roce. Dejé caer la mano sobre la cama. Y yo también noté cómo los ojos se me anegaban en lágrimas. De puro dolor.

Mi madre no dejaba de darme besos, e iba dando gracias a Dios con una sonrisa interrumpida por sollozos. Algunas mujeres, familiares de otros enfermos, venían a verme, abrazaban a mi madre y lloraban de emoción con ella, pidiendo que todos pudiéramos curarnos y que se acabara la guerra de una vez.

«Guerra.» «Hospital.» «Un dolor constante.» «Curarse.» Aquellas palabras iban entrelazándose en mi cabeza, que parecía que quisiera estallar.

Mi madre no se calmó hasta que no se disolvió aquel remolino de gente que reía y lloraba a mi alrededor. Entonces me explicó lo que me había pasado: había caído una bomba en casa cuando nadie se lo esperaba, justo donde estaba yo. Las quemaduras que tenía por todo el cuerpo eran tan graves que había estado seis meses en coma. Me contó que ella me había velado día y noche, y había tenido que soportar que los médicos y las enfermeras le dijeran que abandonase toda

esperanza, y que tuvo que batallar para que me dieran algún medicamento. También me dijo que unos compañeros de mi padre habían conseguido traer de la India un remedio que no podía encontrarse en nuestro país, y que ella también me había puesto cataplasmas que preparaba con hierbas, con la esperanza de que las heridas se me cerraran. Y, Alá sea alabado, habían funcionado.

—Todos me decían que no se podía hacer nada, que estabas muy mal. Pero yo siempre, siempre supe que saldrías de ésta, Nadia.

Mi madre sacaba todo lo que había guardado en su interior durante tanto tiempo, pero yo escuchaba sus explicaciones a medias, pues eran más intensas de lo que podía soportar. Además, yo estaba obsesionada con tocarme el cuerpo para comprobar que aún seguía todo en su sitio. Me concentraba en reunir fuerzas para ir moviéndome, pasito a pasito. Cualquier gesto era difícil, por el dolor y porque lo tenía casi todo vendado, pero tenía todo el tiempo del mundo.

Aquel día empecé a hacer el recuento de pérdidas. Supe que tenía quemaduras graves en la cabeza, la cara, los brazos, las manos y las piernas. Pero lo peor llegó dos días más tarde, cuando conseguí que me dejasen un espejito. La visión de mi propia cara y de la oreja izquierda, deshechas por el fuego, me dejaron, primero, perpleja, porque no me reconocía, y después, hundida.

De repente, estaba atrapada en una pesadilla, y los recuerdos de los juegos en el patio con Zelmai, la fuente de nuestro jardín, las cerezas de la escuela, pasaron a formar parte de otro siglo, de otro mundo. Sólo tenía nueve años, pero ya se me había acabado el tiempo de vivir la infancia. Estar en aquel hospital pobre y sórdido, lleno de caras contraídas por el sufrimiento, de alaridos que nos indicaban que alguien había muerto..., era como haber caído en un agujero terrorífico.

De vez en cuando me ponía triste por cosas banales. Recordaba la carne, los pastelitos, el arroz de verdad... ¡Cómo echaba de menos la comida normal! Mientras estuve en el hospital, como las quemaduras me impedían abrir bien la boca, y masticar era demasiado doloroso, mi madre me alimentó como si fuera un bebé: con una cucharilla iba dándome leche, papillas, sopa de arroz muy líquida... En ocasiones me reconfortaba y me hacía sentir protegida. Otras veces me torturaba el recuerdo de la dureza de las avellanas que estallaban entre las muelas, el «crec-crec» de las galletas, la sensación de masticar un trozo de estofado y que la boca se me inundase del sabor de la carne y las verduras que tan bien preparaba mi madre.

Sin embargo, lo peor no era la comida, sino los silencios y los

misterios que empezaron a aparecer. Las cosas que no entendía. La vida que ya no reconocía.

Aquel día que desperté en el hospital, y que para mi madre fue uno de los más felices de su vida, yo entré en el infierno. Mi cuerpo menudo y ágil de niña se había convertido en una carcasa que me costaría casi veinte años no ya quererlo, sino simplemente poder mirarlo sin echarme a llorar.

El zorro feliz

Vi a muchos heridos tranquilos y silenciosos. Quizá se conformaban con su suerte, o quizá se habían rendido, y dejaban que la vida, o la muerte, siguiera su curso como si ellos ya no tuvieran ni voz ni voto. Éste no era mi caso. Yo estaba enfadada, mi cuerpo se había convertido en mi enemigo, y mi mente hervía de indignación. No podía soportar aquel dolor tan intenso e interminable, pero quizá llevaba aún peor la rabia que se me comía y que yo concentraba en una pregunta que no me abandonaba nunca: «¿Por qué me ha tocado a mí?» De la noche a la mañana, dejé de mirar el futuro con esperanza.

Mi madre me contaba cuentos y me cantaba canciones para distraerme y calmarme, porque aquella desesperación mía le rompía el corazón.

—Venga, preciosa, ¿no quieres oír la historia del zorro y el lobo? —intentaba mi madre.

A menudo funcionaba, yo dejaba de sollozar en seguida y poco a poco me sentía transportada a aquel mundo en el que siempre ganaban los buenos. Todos los cuentos me encantaban, pero sobre todo los de animales, con aquellos lobos tan memos y aquellos zorros tramposos y listos que siempre les tomaban el pelo. Mi madre me secaba las lágrimas y aprovechaba para acariciarme mientras empezaba:

—Érase una vez un zorro que no encontraba nada para cazar. Estaba muerto de hambre, y cuanta más hambre tenía, más se enfadaba. Caminando caminando, entró en un huerto muy grande y vio que estaba lleno de árboles frutales. Había manzanas, granadas, ciruelas...

Yo lo miraba con ojos extasiados y me venía el dulzor a la boca.

—... melocotones, albaricoques, cerezas..., de todo. Rabiaba tanto de hambre que empezó a golpear los troncos de los árboles con sus patas.

«Golpea los árboles con fuerza, ¡vamos!», pensaba ansiosa, identificada por completo con el protagonista.

—Cogió impulso y... listo. Cuando, al cabo de unas horas, llegó el campesino, vio que alguien había hecho caer toda la fruta y que estaba entonces pudriéndose en el suelo. «¿Quién ha sido?», se

preguntaba.

Mi madre ponía voz de hombre enfadado, y me hacía reír, «¡ay!». Y así el cuento seguía, e íbamos conociendo las astucias del zorro, que más tarde embaucaba, como era habitual, a un lobo que también rondaba por allí. Ya conocía el hilo de la historia, pero mi madre bordaba en él todos los días nuevos detalles que me mantenían en vilo y llena de emoción. Ella lo hacía porque era una gran narradora (a menudo notábamos que se hacía el silencio en la sala, y nos dábamos cuenta de que todos los enfermos y familiares se habían sumado como público), y también porque temía el momento del «colorín, colorado, este cuento se ha acabado». Yo siempre lloraba cuando se terminaba un cuento, y mi madre se había convertido en una experta en alargar, variar, subordinar historias..., porque así llenábamos las horas y, con un poco de suerte, me dormía mientras hablaba y podía ahorrarse el final.

Mi madre había aprendido el arte de narrar cuentos de niña, cuando se quedó huérfana y tuvo que irse a vivir con su hermana mayor y su extensa familia. Ella trabajaba como una mula en la casa: en la cocina, limpiando o cuidando a sus sobrinos, pero tenía el privilegio de escuchar los cuentos, las poesías y las canciones que la suegra de su hermana les contaba a los niños. En aquella época en que no había televisores en las casas y la mayoría de la gente no sabía leer, era habitual que las abuelas dedicasen mucho tiempo a contar historias y a recitar poesías que los niños aprendían de memoria, como hice yo también en el hospital.

No todas las historias eran tan naífs como la del zorro y el lobo. Muchas de ellas eran patrióticas, inventadas por personas que habían tenido que huir del país y lo echaban de menos; y también eran habituales las que hablaban de amores desgraciados. Unas tragedias terribles en las que los enamorados hablaban en verso, y que nos hacían llorar a lágrima viva. Gustaban a todo el mundo: nos sabíamos trozos de memoria, cantábamos todas las canciones y seguíamos las aventuras que contaban como si fueran una película de cine.

Mi madre era una narradora extraordinaria, pero tarde o temprano, si no me dormía, los cuentos o las fuerzas se acababan, y yo salía de la piel del zorro astuto y volvía a ser una niña postrada en una cama.

—¡Quiero jugar, mamá! ¡Quiero una muñeca! —le decía con rabia de vez en cuando.

Tan sólo unos meses atrás, aún tenía la Muñeca Bailarina. Me la había hecho mi padre y era de madera, de aquellas que suben los brazos y las piernas si tiras del cordel hacia abajo. Y, aún un poco

antes, cuando la vida era normal y dormíamos siempre en la misma cama temiendo únicamente a los fantasmas y a los monstruos inexistentes en vez de a las bombas y a las metralletas reales, tenía muchísimas más cosas. Los amigos de mi padre que viajaban a Rusia —era el súmmum del prestigio— siempre volvían con regalos para Zelmai y para mí. Recuerdo especialmente una vez que trajeron un kalashnikov de mentira para mi hermano y, para mí, una muñeca muy grande que cerraba los ojos si la acostaba. Me parecía cosa de magia, y no paraba de acostarla y levantarla, acostarla y levantarla... Y Zelmai la mataba una y otra vez con su arma nueva.

La abundancia había ido terminándose poco a poco, a medida que la violencia iba creciendo a nuestro alrededor. La escuela, el trabajo, las tiendas, las partidas de los viernes, los juguetes..., lo fuimos perdiendo todo. Cuando oíamos el estruendo de las bombas y los disparos cerca y teníamos que huir precipitadamente de casa hasta que la situación se calmara, mi madre intentaba coger algunas sábanas y un poco de comida, y mi padre se inquietaba y le decía que se diera prisa porque no había tiempo que perder. Yo, mientras, sólo pensaba en una cosa: en coger la Muñeca Bailarina.

Pero la Muñeca Bailarina también se perdió.

Botones

Un día mi madre me trajo al hospital dos botones y un trozo de hilo. Los enhebró, anudó el hilo y yo, tensándolo, los hacía dar vueltas. Aquel único juguete cumplió su cometido algunos ratos, pero era muy frágil: al cabo de unos días, el hilo se rompió y uno de los botones se cayó y se perdió. Lloré como si hubiera perdido una colección entera de Barbies. Y mi madre me prometió que me traería otro botón.

No lo tenía fácil en absoluto. En primer lugar, porque los botones no existían en las prendas tradicionales afganas y, por lo tanto, no podía coger ninguno de su ropa ni de la de mi padre —toda su ropa occidental se había quemado junto con nuestra casa—; y, en segundo lugar, porque mi madre no tenía ni un céntimo para comprarlo. Aun así, estaba decidida a complacerme. Salió a la calle mirando al suelo por si tenía suerte y alguien había perdido alguno. Y así, con la mirada baja, forzando la vista tras la espesa rejilla del burka llegó al centro, donde había muchos puestos de ropa de segunda mano. Ropa propia, vendida o encontrada en casas abandonadas, quién sabe... En aquellos montones había pantalones y camisas de estilo occidental, llenos de botones. Todo era muy barato, pero igualmente inalcanzable para alguien que no tenía nada en el bolsillo. ¿Qué podía hacer? Sólo una cosa que, por el simple hecho de pensarla, hizo que le empezaran a temblar las piernas y se le acelerara el corazón.

Mi madre recorrió los puestos más repletos, y miró la cara de los vendedores, buscando el que pareciera más buena persona o el más despistado. Le parecía que, nada más verla, cualquiera adivinaría sus intenciones. Pero se tranquilizó: sólo era un burka más, sin rostro, sin piernas temblorosas o quietas. Un fantasma entre tantos otros. Eligió el objetivo: un montón de ropa muy alto en el que ya había otras personas buscando. Quizá si lo hacía rápido, no se notaría... Se acercó al montón y se agachó. Hizo desaparecer una camisa vieja bajo el burka y empezó a batallar con un botón. Estaba bien cosido y no quería desprenderse. Se lo acercó a la boca para cortar el hilo con los dientes, cuando oyó:

—¡Señora! Señora, ¿qué hace? ¡Me está robando!

A mi madre le pareció que se quedaba sin sangre en las venas. Soltó la camisa al instante.

—¡No, no, perdona, hermano! ¡No quería robar! Yo... yo sólo

quería un botón para mi hija.

El vendedor la señalaba con el dedo, y un grupo de gente se acercó para mirarla. Mi madre estaba desconsolada.

—Sólo quería un botón para mi niña, que no tiene nada para jugar. ¡Perdona, hermano! Por favor, no avises a la policía, déjame marchar. No tengo nada, y mi hija me necesita.

En aquella época de gobierno muyahidín, la policía era violenta, corrupta y arbitraria, de manera que estar en sus manos no era sinónimo de justicia, sino de terror.

El hombre dejó de acusarla con el dedo. Mi madre dio media vuelta, sollozando, y el corro de gente que miraba se abrió para dejarla pasar. Cuando se había alejado unos metros, oyó la voz del vendedor:

—¡Eh, usted, hermana, vuelva! ¡Tenga! ¡Un botón para su hija!

Mi madre no se volvió. Apretó el paso. Se sentía tan humillada y tan culpable que no quería volver a mirar a aquel hombre a la cara.

Cuando llegó al hospital estaba desencajada, con los ojos rojos de tanto llorar.

—No me pidas nada más, Nadia. Tu madre no puede robar.

Otra vez sin juguetes.

Muerte y demonios

Mi madre estaba siempre a mi lado. Dejó a mis dos hermanas pequeñas al cuidado de mi tía, y mi padre siguió viviendo aquí y allá con mi hermano Zelmai. Se ocupaban de conseguir comida, una tarea que en Afganistán hacen siempre los hombres, pero que entonces era más difícil que nunca porque apenas teníamos dinero.

Un día consiguieron de una ONG un paquete de arroz, otro de harina, otro de azúcar y un poco de té: el lote completo de primera necesidad, que en aquellos momentos de desbandada era todo un lujo. Cogieron un taxi para volver a la casa en la que estaban quedándose aquellos días, y mientras comentaban, eufóricos, la suerte que habían tenido, el conductor frenó en seco: había un control policial. Los milicianos, de la facción que controlaba el barrio —seguidores del señor de la guerra Abdel Rashid Dostum—, echaron una ojeada al interior del taxi y, después de mirarse entre ellos, indicaron al taxista que los siguiera. No les dieron ninguna explicación, pero mi padre se olió que algo iba mal.

Cuando llegaron a su cuartel, los hombres de Dostum les robaron todo lo que llevaban: la comida, el reloj, el dinero..., y después decidieron matarlos. Los llevaron a un descampado cercano, donde había un pozo que despedía una peste horrible, y tiraron allí, sin contemplaciones, al taxista. Debió de darse un buen golpe al caer, porque no le oyeron ni gritar.

De la misma manera que los habían condenado a muerte de forma impulsiva, como si se tratase de un capricho, los salvaron únicamente porque uno de los hombres dijo:

—¡Alto! Este chico se parece a mi sobrino.

Esta razón tan absurda fue suficiente para que los demás se detuvieran. Mi padre y mi hermano, abrazados y aterrorizados, no podían dejar de sollozar.

—¡Largaos! —les ordenó uno de los que mandaban—. Pero os advierto que si intentáis recuperar lo que os hemos requisado, o contáis lo que ha pasado, os mataremos.

Ambos se fueron de allí corriendo, pero mientras Zelmai quería olvidarlo todo lo antes posible, mi padre le repetía que quería recuperar lo que le habían robado y salvar al taxista si aún estaban a tiempo de hacerlo.

La historia acabó bien porque mi padre conocía a alguien muy influyente que aceptó intervenir. Nadie pidió cuentas a aquellos hombres, pero sí que pudieron recuperar el reloj y sacar al pobre taxista del pozo tan sólo con unos cuantos moratones. Eso sí, estaba conmocionado porque había tenido que pasar muchas horas sobre una masa de carne humana informe y en descomposición: las víctimas anteriores de aquellos milicianos salvajes.

Mi padre tardó unos días en venir al hospital después de ese incidente, y estaba muy afectado. Y si él estaba así, ¿cómo debía de llevarlo un adolescente como Zelmai? Mi madre sufría y no entendía por qué su hijo no había ido a verla ni por qué no tenía noticias de él desde el incidente. Tampoco entendía por qué su marido perdía los nervios cuando ella sacaba el tema, y le parecía muy extraña la explicación que le daba cuando salía un poco del caparazón en el que se había encerrado: el chico había huido a Pakistán y ya volvería... Pero ¿solo? ¿Y por qué no había dicho nada sobre sus planes? La angustia la consumía y, mientras me hacía compañía en el hospital, de vez en cuando notaba que su mano, agarrada a la mía, se crispaba.

Desde entonces, mi padre se entregó a su dolor secreto y constante y su carácter empezó a cambiar.

En una ocasión, estando yo fuera del hospital entre cura y cura, fuimos a pasar unos días a Mazar-e-Sharif, a casa de unos parientes de mi padre. Hacía un calor terrible, y por la noche subimos todos a la azotea a dormir, con la esperanza de que corriera un poquito de aire. Extendimos las alfombras sobre el suelo de barro y nos tumbamos: mi madre al lado de mi hermana pequeña, y yo entre mi madre y mi padre. Como estaba muy cansada, me dormí en seguida. Pero al cabo de un rato me desperté porque tenía pipí y, gracias a la luz de la luna, vi que mi padre dormía muy inquieto. Se movía, gruñía y sudaba a mares. Quise sacarlo de la pesadilla tocándole el hombro y diciéndole suavemente:

—Papá, papá, despierta.

De repente abrió unos ojos enloquecidos y me agarró el brazo con fuerza.

—¡Ya te tengo! —bramó e, incorporándose, intentó tirarme azotea abajo.

Yo gritaba y lloraba, sus manos me hacían mucho daño y estaba muy asustada. En cuestión de segundos pareció que mi padre se despertaba de un estado de tránsito. Me abrazó y se echó a llorar. Me daba besos y me mojaba las mejillas con sus lágrimas.

—¡Perdóname, perdóname! ¡He estado a punto de matar a mi hija! —repetía con los ojos mirando hacia el cielo.

Estaba desesperado, consciente de que aquel mal que lo envenenaba ponía en peligro la vida de la gente que quería. Nos explicó que había soñado que un muyahidín lo perseguía para matarlo, y que me había confundido con su perseguidor. Pasé el resto de la noche oyéndolo a él y a mi madre dar gracias a Dios porque finalmente no había pasado nada. Y también intentando detener el temblor de mi cuerpo.

Al día siguiente, con el primer rayo de sol, mi padre fue a comprar pan caliente. Lo untó con *aluá* —una pasta dulce hecha con aceite, harina y azúcar— y repartió los trozos entre la gente que pasaba por la calle. Dar pan con *aluá* era la manera tradicional de dar gracias después de que algo grave tuviera un desenlace feliz. Sí, aquella noche no había sucedido nada irreparable, pero todos nos habíamos concienciado —mi padre el primero— de que había algo en su interior que iba muy mal. Él, un profesional de la salud instruido, sabía que era una manifestación de una enfermedad mental grave. Para el resto, empezando por su esposa, era una señal evidente de posesión diabólica.

Cuando sus antiguos compañeros de trabajo supieron que sufría esos trastornos, se movilizaron para ingresarlo en un hospital psiquiátrico en la India, porque en Afganistán no había ninguno. Las gestiones avanzaban a buen ritmo, ya tenía una plaza apalabrada en un prestigioso centro, y estaban pendientes de los billetes de avión... cuando un nuevo cambio de gobierno frustró los planes. Mi padre se quedó en Kabul, mudo y seco e, incapaz de conservar sus amistades, pronto también se quedó solo. Sus compañeros y amigos fueron alejándose de él, y sólo la familia lo respaldó, aunque con miedo, porque parecía que nos lo hubieran cambiado y, sobre todo, porque de vez en cuando reaccionaba violentamente. Quería pegar a mi madre, quería romperlo todo, gritaba e insultaba...

Nosotros no sabíamos qué hacer. No servían los remedios para problemas leves de salud, como el que teníamos para las picaduras de escorpión: leer unos versos del Corán, frotar la herida con un poco de saliva y ya estaba. No sé si aquellos escorpiones eran muy peligrosos, pero la cura solía funcionar. Con él, en cambio, sólo podíamos escondernos y rezar en voz baja mientras amainaba el temporal y volvía a ser un hombre abatido y de mirada ausente. Era otro, pero al menos no nos pegaba. Era, más bien, como si no estuviera.

Quedaba lejos aquella época en que Zelmai me enseñaba canciones para cantárselas a nuestro padre cuando llegara de trabajar, mientras nos acompañábamos de un bidón a modo de tambor, y él reía al ver todo aquel montaje. Cuando nací, mi padre se disgustó

porque esperaba que fuera otro niño, pero con el tiempo aprendió a quererme. Ahora, aquella época no iba a regresar.

Vida nómada

Si se hubieran hecho apuestas, mi madre se habría hecho rica. Porque ella era la única que creía que yo sobreviviría a las heridas. Los médicos, los amigos, los conocidos e, incluso, mi padre habían perdido la esperanza de verme crecer. Pero resucité contra todo pronóstico y me puse a luchar. Como si alguien me hubiera puesto unas anteojeras, desde entonces intenté no mirar nunca hacia los lados, ni hacia atrás, ni hacia abajo, para no sentir vértigo: sólo hacia adelante.

Sin embargo, mis ganas de vivir no bastaban para recuperarme. Necesitaba una cama de hospital, tiempo y muchas curas. El problema era que no estaba en Europa, sino en Afganistán, y no parecía que la guerra estuviera a punto de terminar.

Y eso quería decir que no sólo había pocos medios, sino que a menudo el hospital en el que estaba se convertía en zona de batalla. Entonces abrían las puertas y teníamos que salir corriendo, en un sálvese quien pueda dantesco de enfermos y heridos, de sondas, sueros y vendas. Y lo peor de todo era que muchos de nosotros no teníamos casa en la que resguardarnos, sólo la incertidumbre y una ciudad ahogada por aquella guerra civil cada vez más cruenta.

De modo que, durante dos años, en los paréntesis entre las diversas estancias en el hospital, viví en muchos sitios distintos. Al principio había familiares que nos acogían en sus casas. Poco a poco, todos mis primos, tías y tíos siguieron la riada de gente que se colaba por la frontera (lo hizo un tercio de la población del país). Entonces tuvimos que buscar casas de conocidos y, más tarde, conocidos de conocidos..., hasta que llegó un momento en que nos refugiábamos del frío y comíamos lo que podíamos en la primera casa que nos abría la puerta. Pese a la precariedad, en aquellos tiempos se había establecido un código de solidaridad tácito entre la gente que sobrevivía en la ciudad, y era normal ofrecer ayuda a quien la necesitara.

Éramos miles los que, en aquellos días negros, nos convertimos en vagabundos en nuestra propia ciudad, huyendo de las calles más peligrosas y buscando refugio en las que aún se vivía con una cierta tranquilidad.

Uno de esos paréntesis empezó una mañana, cuando abrí los ojos con la noticia que de vez en cuando recibíamos y que temía como al diablo:

—Nadia, los médicos dicen que acaba de haber una explosión muy fuerte en el cine de al lado y que aquí ya no estamos seguros.

Sabíamos muy bien qué significaba eso: que teníamos que irnos inmediatamente. Yo me habría acurrucado en un rincón, intentando no respirar y volverme invisible, para no tener que arrastrarme por todas partes. Pero mi madre, ya resignada, me ayudaba a levantarme y calzarme, se enfundaba en el burka, y en un minuto estábamos en la calle, dejando al paso heridos que eran sólo sangre y gemidos. El hospital volvía a vomitarme, y no tenía más remedio que vagar por las calles con el ánimo por el suelo y el dolor punzándome en la oreja desaparecida y en todo el cuerpo, recordándome que tenía un montón de órganos que habría deseado no tener.

Caminando, caminando, pasamos por una calle que acababa de sufrir un ataque: había muertos por todas partes. De repente, mi madre me soltó la mano y corrió, chillando, hasta detenerse junto a un cuerpo. Era de un adolescente a quien alguien ya le había cubierto la cara con un pañuelo. Mi madre, pensando en Zelmai, del que aún no tenía noticias, lo abrazó con fuerza, bramando y manchándose el burka con la sangre del chico.

Poco después, ya teníamos un corro de gente a nuestro alrededor.

—¿Es tu hijo? —le preguntó un hombre mayor—. ¿Ya le has visto la cara?

Una mujer separó con dificultad a mi madre del chico, y apartó el pañuelo. El grupo contuvo la respiración, con los ojos fijos en los de mi madre. Parecía que el mundo se había parado.

—No, no lo es.

Mi madre dejó al chico en el suelo, se levantó de golpe y volvió a cogerme la mano.

—Vamos —dijo sollozando—. Zelmai está en Pakistán y está bien, está bien...

Estaba muy trastornada, y yo también. Las dos intuíamos que Zelmai ni estaba en Pakistán ni estaba bien en absoluto.

Buscando a mi padre

Aquel día contábamos con un problema añadido que empezaba a ser habitual: no teníamos ni idea de dónde estaba mi padre. Aún faltaban unos años para que los móviles fueran de uso habitual, de manera que teníamos que recurrir a métodos tradicionales para localizarlo.

—Perdón —decía mi madre a la gente que pasaba—, ¿podríais decirme qué barrios están tranquilos hoy?

Alguien nos dijo que cerca de los jardines de Boguebolá, en el barrio nuevo de Karta Parwan, podríamos estar tranquilas. Eso estaba en la otra punta de la ciudad, al menos a una hora de camino con el extraño paso de danza que todos tuvimos que aprender: avanzar unos metros hacia adelante, un saltito para evitar caer en un agujero; una vuelta para evitar una montaña de cascotes, una carrera loca cuando te parecía que los que estaban a tu alrededor se inquietaban, por miedo a que alguien disparara. Y volver al paso cansino para llegar cuanto antes mejor.

Ya era mediodía cuando entramos en los jardines. Sólo había estado allí una vez, cuando me habían llevado a ver el zoo. Ahora decían que, con la guerra, muchos animales habían muerto de hambre, otros se habían convertido en la comida de algún desesperado, y otros aún corrían libres... Lo único que vimos fue la desolación: un lugar que había sido espléndido, uno de los orgullos de Kabul, ahora era una extensión de tierra quemada, árboles ennegrecidos y edificios destrozados. No quedaba nada del jardín botánico, de los prados por donde paseaban mis padres —siempre vigilados— como tantas otras parejas que veían el Boguebolá como un sitio romántico. También había sido un lugar de pícnics familiares, y en verano se organizaban conciertos. Los invitados oficiales del gobierno y del ayuntamiento se alojaban en una residencia dentro del parque, y los que tenían suficiente dinero podían comer en el restaurante que había allí o celebrar una boda en la sala de fiestas. Mi madre recordaba los carros de los vendedores de helados y los de garbanzos con salsa picante, y el cine que había cerca. De ella me venía la idea de aquel parque como un lugar fantástico, un espacio que simbolizaba la libertad que un día había habido en el país.

Lo único que resistía eran los bloques de pisos modernos, de cemento. Y detrás, orgulloso, se alzaba el Hindu Kush. Por suerte,

nuestra montaña resistía tan poderosa como siempre, como si estuviera esperando que, de un momento a otro, se dirigiera hacia ella, carretera arriba, alguna furgoneta de hippies con barbas poco islámicas, inspirados por el humo del hachís más famoso del mundo. Eso habría sido normal antes, en los años sesenta y setenta, cuando jóvenes de todo el mundo llegaban atraídos por un país auténtico, y había extranjeros que ocupaban los salones enmoquetados de los hoteles y brindaban con vodka de verdad. En aquel momento, sin embargo, los extranjeros parecían haber desaparecido —o por lo menos no los veíamos— y aún faltaba mucho tiempo para que los periodistas y los miembros de las ONG pasasen a formar parte de nuestro paisaje cotidiano. Habíamos dejado de ser una atracción turística para convertirnos, una vez más, en un grano incómodo para el mundo, una moneda de cambio político, una excepción en el mundo que vive y viaja, que hace negocios y visita museos y va a restaurantes como el que había habido en el Boguebolá.

No muy lejos del parque se encontraba lo que buscábamos mi madre y yo: la mezquita. Pero cuando creíamos que ya podíamos respirar tranquilas, oímos el espantoso ruido de las bombas. Detrás de la red azul que enjaulaba los ojos de mi madre, los intuí abiertos como platos. Me apretó la mano hasta hacerme daño y tiró de mí hacia la primera casa que encontró. Se puso a aporrear la puerta y gritó: «¡Por favor! ¡Abrid, por favor! ¡Llevo a una niña, por favor!» Yo me escondí dentro de su burka, temblando, y me aferré a su cuerpo con los ojos fuertemente cerrados. Mi madre golpeaba y golpeaba con los puños, pero nadie respondía. Lo intentó en otra puerta, y después en otra. La calle se había vaciado y sentíamos muy cerca el mismo sonido de mis pesadillas, aquel silbido sordo que acaba como un trueno. Al cabo de un rato (¿segundos?, ¿minutos?), oímos el ruido de un cerrojo y una puerta que se abría, un poco más abajo. Asomó la cabeza canosa de un hombre y un brazo que nos indicaba que nos acercásemos de prisa. A pesar de mis heridas y de la obesidad de mi madre, volamos hacia allí. Era casa, casa, como cuando jugábamos al escondite. Cuando hubiéramos pasado el portal, estaríamos salvadas. Aquel hombre, con aspecto educado, pero con los ojos asustados, se dirigió rápido hacia el sótano. Sin pensárnoslo dos veces, nos metimos a cuatro patas en aquel espacio bajo tierra, mal iluminado por cuatro velas, y la puerta se cerró a nuestras espaldas. Nos sentamos allí mismo, como si hubiéramos agotado todas nuestras fuerzas en aquel momento.

—Hermana, ¿qué hacías en la calle con una niña en medio de los combates? —preguntó el hombre.

Mi madre no podía dejar de llorar y de mecerme. Yo miraba

alrededor y, conforme los ojos se acostumbraban a la penumbra, distinguí a cinco o seis adultos, el mismo número de niños y un recién nacido que, sorprendentemente, dormía tranquilo en un rincón. Yo también tenía unas ganas irresistibles de dormir.

—Es una locura salir con este peligro... y con una niña... —murmuraba aún el hombre—. Malia, trae agua para la señora y la niña.

No tomamos nada más durante todo el día y toda la noche. Tampoco hablamos con nadie. ¿Por qué contar nuestra historia, que era tan similar a otras miles de historias que todos oíamos diariamente? Mujeres y niñas heridas, desamparadas; gente que se encontraba en medio de bombardeos y necesitaba cobijo; personas desesperadas que no tenían nada que comer ni que ponerse, que sólo llevaban consigo miedo y tristeza. Ninguna novedad en el Kabul de los años noventa.

Aquellos sótanos se construían tradicionalmente en las casas afganas para aislarlas y, por lo tanto, había mucha humedad. No eran sitios pensados para vivir, y los adultos ni siquiera podían ponerse de pie, porque tenían los techos muy bajos. Pero durante las guerras fueron albergue de muchísima gente durante días y noches. Personas que a menudo ni se conocían, como nosotras en aquella ocasión, y que probablemente no volverían a verse nunca más. Las conversaciones eran escasas, y la comida también. Todo el mundo resistía estoicamente las incomodidades y el mal olor, fruto de días sin ver agua corriente por ningún lado. El dueño de la casa salía de vez en cuando para evaluar el estado de la calle y, cuando el ambiente parecía bastante seguro, hacía salir a todos. Si sólo se trataba de una parada temporal, los mismos habitantes de la casa a veces se añadían a sus huéspedes en la búsqueda de un nuevo espacio donde refugiarse, en un barrio más tranquilo. Las calles estaban llenas de grupos de desconocidos que se unían para salvar la vida conjuntamente.

—¡Ya podemos salir! ¡Ahora! —gritó el hombre que nos había abierto la puerta.

—Gracias, muchas gracias. Que Dios te lo pague —dijo mi madre, con las manos en el corazón, y me empujó hacia la puerta.

El hombre no la miraba. Estaba asegurándose de que su familia saliera de la guarida sin perder tiempo, y cargando un saco con lo poco que habían decidido llevarse.

No nos sumamos al grupo. Mi madre había decidido continuar hacia el sur, alejándonos de las montañas.

Después de haber pasado mucho miedo, sientes un gran cansancio, un malestar que se te pega a la piel como si tuvieras fiebre.

El miedo hace enfermar, y no te acostumbras nunca a él. Y así, enfermas, cansadas y cogidas de la mano, caminamos en silencio un buen rato hasta que llegamos a un sitio donde había gente en las calles, por donde circulaban bicicletas y coches, y algunas tiendas estaban abiertas. Donde la vida parecía ajena a la guerra. Apartando la vista de la panadería, de la que nos llegaba el olor del pan caliente, y de los puestos de verdura, que nos recordaban el hambre que teníamos, buscamos una mezquita y entramos en ella. Vimos a unas veinte personas como nosotras, descansando sobre las alfombras y comiendo pan y lentejas. Mi madre hizo que me lavara en la fuente del patio, y después conseguimos que también nos dieran comida.

Más limpias y con el estómago lleno, hablamos con el mulá y le dijimos que buscábamos a mi padre. Éste era el sistema habitual mientras todos éramos nómadas, huyendo de los combates y separándonos y perdiéndonos de vez en cuando los unos a los otros. La consigna era, en estos casos: «Nos encontramos en la mezquita de un barrio seguro.» Lo más increíble, en una ciudad tan grande, es que solía funcionar. El mulá, durante la plegaria, anunciaba: «La familia Shinwari busca a Ahmed Shinwari», por ejemplo. Y a menudo el mismo Ahmed o alguien que lo conocía oía el llamamiento, y la familia podía reencontrarse. Si no, los que buscaban podían esperar allí todo el tiempo que hiciera falta, con la seguridad de que podrían alimentarse gracias a la comida que los vecinos llevaban para el mulá y quienes lo necesitaran. Además, las mezquitas eran lugares ideales para resguardarse del frío, porque tenían un sistema tradicional de calefacción subterránea que hacía que los suelos estuvieran calientes y la temperatura ambiente fuera agradable aunque estuviera nevando fuera.

Aquel día tuvimos suerte. Un conocido de mi padre, que sabía dónde estaba, lo avisó. Mientras esperábamos, ya tranquilas, mi madre habló con alguna mujer que le sonaba de vista, vete a saber de dónde, y yo me dediqué a mirar a unas niñas que saltaban a la comba. Ni siquiera se me pasó por la cabeza pedirles si podía jugar con ellas. El dolor y las quemaduras me lo habrían impedido... siempre y cuando las niñas no se hubieran asustado con mi aspecto y me hubiesen aceptado, cosa improbable teniendo en cuenta cómo me observaban. No podía acostumbrarme al rechazo, y cada mirada aviesa me desgarraba por dentro.

Mi padre tardó muchas horas en llegar. Y a mí me habría gustado darle un abrazo y contarle todo lo que nos había pasado, si no hubiera sido porque aquel día noté que su mirada era extraña, como si me avisara de que era mejor que no me acercara a él. Mi madre interceptó

la mirada y mis titubeos y, con cara de preocupación, me cogió de la mano y nos pusimos a seguirlo sin decir nada.

La relación entre mi padre y mi madre era difícil. Se conocieron cuando mi madre acompañó a su hermana y a su sobrino al hospital donde mi padre tenía su oficina. A él le pareció una chica resuelta y responsable, y también se sintió atraído por su mirada inteligente y pícara. Sin familia cerca, mi padre necesitó que unos amigos fueran a pedir su mano por él. Se pusieron de acuerdo muy pronto, y esperó deseoso el día de la boda. Pero su esposa no fue como la imaginaba. Era inteligente y trabajadora, sí, pero no sabía leer ni escribir, y no tenía ningún interés en hacer vida social, llevar vestidos bonitos y tener una vida activa fuera de casa, como algunas esposas de sus compañeros de trabajo. Y, para su gusto, era demasiado religiosa. Mi padre se sentía muy frustrado, y mi madre no soportaba que él la presionara para parecer alguien que no era. Por eso, después de muchísimas peleas, él acabó concentrando todas sus energías en Zelmai, su esperanza. Y de vez en cuando también velaba por que sus hijas fueran por el buen camino. O lo que era lo mismo: que no fueran como su madre.

Un campo en medio de la nada

—¿Nombre?

—Ghulam.

—¿Cuántos sois?

—Tres. Dos adultos y una niña.

—¿Venís de Kabul?

—Sí.

El hombre fue anotando todo lo que yo le decía, en un papel sostenido con una pinza oxidada en una carpeta metálica. Después miró un plano que tenía extendido sobre la mesa, lleno de rectángulos dibujados, rayas, números y letras que yo no entendía. Buscó con el dedo un punto y anotó algo a lápiz.

—Coged un paquete de allí y ya os podéis instalar en vuestra tienda, que es la número cuarenta y tres del sector C. Recordadlo: número cuarenta y tres. Sólo podéis coger agua del sector C. Sobre todo no intentéis hacerlo donde no os corresponde, ¿de acuerdo? ¡Siguiente! ¿Nombre?

Nos apartamos de la cola. Mi madre se acercó a un montón enorme de paquetes plastificados y etiquetados con las letras de las Naciones Unidas y cogió uno. Yo estaba deseando abrirlo y saber qué había. ¡Hacía tanto tiempo que no recibíamos un regalo de verdad! Antes, cuando terminaba el ramadán y celebrábamos la fiesta de Aíd, todos los niños teníamos juguetes nuevos o, como mínimo, algún vestido para estrenar cuando íbamos a casa de alguien a felicitarlo, o cuando venían amigos y familia a comer... ¡Qué emocionante era romper los papeles y ver qué nos habían comprado nuestros padres!

Pero ya hacía tiempo que los regalos no nos los hacían nuestros padres, sino las organizaciones extranjeras (las Naciones Unidas, que siempre hacía las cosas de color azul, la Media Luna Roja y muchas otras con combinaciones variadísimas de letras); y no eran los vestidos con bordados y lentejuelas que tanto nos gustaban, sino aceite, harina, arroz... Aun así, siempre suponían una buena noticia, y los niños nos poníamos contentos cuando los recibíamos, aunque hubiéramos tenido que hacer horas y horas de cola.

Aquel paquete plastificado, lo supimos poco después, contenía cuatro sábanas, una tetera y una olla de hojalata, y un hornillo muy rudimentario para cocinar, que funcionaba con gasolina. Con eso

teníamos que vivir en aquel enorme campo de refugiados de Jalalabad. Jalalabad es un oasis, una ciudad próspera rodeada de tierra fértil, pero el campo estaba situado lo suficientemente lejos como para que el oasis ni se oliera: el terreno donde se alzaba aquel pueblo de tiendas de campaña era puro desierto. Es decir: piedras, polvo, escorpiones, serpientes y un sol de justicia, sin un solo árbol que amortiguase sus rayos.

En cuanto entró allí, mi madre empezó a añorar Kabul. Le costaba soportar aquel campo tan lleno de incomodidades, se aburría entre vecinos que sólo hablaban pastún —una lengua que desconocía, aunque era la de su marido—, y sufría mucho por mí, porque el calor y la falta de higiene hacían empeorar día a día mis heridas, algunas de las cuales aún estaban abiertas.

Mi madre hizo lo que pudo para que estuviéramos lo mejor posible: fabricó colchones rellenando las sábanas con ropa vieja; consiguió que su hermana se instalara allí con toda su familia, incluidas mis hermanas pequeñas, que estaban con ella; aprendió a hacer intercambios..., pero no se adaptó nunca, y siempre soñaba con volver. Resistía sólo porque sabía que la estancia en aquel campo, a medio camino entre Kabul y Pakistán, era temporal, hasta que consiguiéramos que me atendieran en el prestigioso hospital de Jalalabad que gestionaba una ONG alemana. A diferencia de otros muchos habitantes del campo, refugiados que sólo pensaban en salir del país, nosotros esperábamos que los médicos me ayudasen para poder volver después a nuestra ciudad. Dejar el país era inconcebible porque mi madre no quería que Zelmai nos buscara un día en Kabul y no nos encontrara. Mi padre callaba.

La estancia en el campo no fue cuestión de días. Primero tuvimos que aprender cómo funcionaba todo, nos adaptamos al pequeño espacio que nos habían asignado, y después investigamos dónde estaba el hospital, cómo se podía llegar hasta allí y cómo podíamos conseguir el dinero necesario para hacerlo. Todo era complicado y requería su tiempo: teníamos que preguntar, observar cómo lo hacían los demás y arriesgarnos a intentarlo. Sin manual de instrucciones. Es cierto que cada bloque en que se dividía el campo tenía un representante y que es probable que una de sus funciones teóricas fuera informar, pero desconfiábamos profundamente de todo aquel que estuviera en cualquier posición de poder, y ni se nos pasó por la cabeza ir a verlo. Éramos hijos de la guerra, estábamos acostumbrados a espabilarnos solos y a empezar de nuevo.

Así pues, preguntando a unos y a otros, supimos que en el campo había una escuela, organizada por maestros refugiados, y una

mezquita, pero que aún no tenía paredes y que sólo estaba delimitada con grandes piedras. El otro punto importante que debíamos tener en cuenta era la fuente de la que nos había hablado el hombre que nos inscribió el día que llegamos. Aquella fuente era un inmenso depósito circular con cuatro grifos —uno para cada bloque— que regularmente llenaban los bomberos. Las colas para coger agua eran kilométricas, y pronto se convirtieron en mi principal ocupación. Pasaba muchas horas allí, avanzando centímetro a centímetro con mis dos bidones de gasolina vacíos y lavados a conciencia por mi madre cuando los recogimos, abandonados por algún vehículo que había pasado por la carretera próxima al campo. Yo aguardaba en la cola y, cuando ya estaba cerca del grifo, pedía a alguien que avisara a mi madre para que dejara un momento a mi padre y a las pequeñas y viniera a sustituirme, porque yo no podía cargar con el peso de los bidones llenos.

Para conseguir comida, había dos vías principales: una era acudir a la mezquita o a la tienda del representante del bloque el día que había reparto —normalmente un día después de que viéramos los camiones azules con las letras «UN» por la carretera—, y la otra era comprar en los puestos hechos de caña que la gente de Jalalabad y alrededores montaban en las puertas del campo. Solían ser campesinos que ofrecían fruta y verdura, leche o huevos. Productos frescos que eran un lujo en aquel lugar donde la mayoría habíamos llegado con una mano delante y otra detrás y que en principio no teníamos con qué pagarlos. De entrada, por lo tanto, sólo comíamos las cuatro cosas que nos daban las Naciones Unidas.

Pero, poco tiempo después, descubrimos que la harina que los refugiados recibíamos de la ONU —junto con lentejas, aceite, azúcar y té— era una moneda de cambio aceptada por todo el mundo. Así que a menudo mi madre nos reducía la ración de pan para comprar otros productos que nos hacían falta. Por ejemplo, de vez en cuando compraba yogur para mí o mis hermanas, que aún eran muy pequeñas —aunque el precio era altísimo: un vaso de yogur se pagaba a tres vasos de harina—, y a veces también tenía que negociar con la harina para conseguir otros artículos de primera necesidad, como ropa, un cucharón o un cepillo. Cada cosa suponía un pan menos, pero no nos quejábamos: por primera vez en muchos meses no pasábamos hambre. E incluso llegamos a criar gallinas. Lo que no pudimos resolver fácilmente fue la cuestión del combustible: para conseguir la leña que necesitábamos para encender fuego, teníamos que caminar dos horas bajo un sol de justicia.

En aquel campo encontré a gente que me rechazaba con cara de

asco debido a mi aspecto. Supongo que impresionaba, con la cara llena de costras que sangraban fácilmente, y la cabeza medio quemada sin cubrir. Un día, incluso, llegué a tener que soportar a unos niños que intentaban hacer puntería con piedrecitas en mi boca abierta por culpa de las heridas, sin moverme de la cola del agua. Encontré la misma hostilidad que en todas partes, y tuve que vivir momentos de mucha amargura. Pero, a pesar de esto, vivir en el campo me gustaba. Porque allí los niños éramos libres para correr por todas partes. Nosotros sí que nos acostumbramos pronto al campo, y no añorábamos Kabul, llena de normas y de miedo, de paredes y de bombas que podían hacerlas caer. Algunos, incluso, descubrieron un negocio al que me apunté en seguida: peinar los alrededores del campo para recoger trozos de bombas que habían caído hacía tiempo, y vender aquella chatarra en tiendas de Jalalabad. Aunque no ganábamos ni para pipas, nos esforzábamos con entusiasmo: cada céntimo era muy importante para nuestras familias. Pero un día, aquella tarea tomó un aire distinto para mí cuando un niño me dijo:

—Pero ¿qué haces?

—Recojo hierro, ¿es que no lo ves? —le contesté, sorprendida.

—¿Y qué harás con el hierro?

—Lo llevaré a Jalalabad, que allí lo compran.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Es que no ves que lo transportarán a Pakistán y allí harán con él más bombas que quizá caerán sobre tu cabeza?

Ni se me había ocurrido. Impresionada, vacié en el suelo la bolsa que llevaba y regresé a mi tienda. Cuando me alejaba, me volví y vi a aquel niño recogiendo la chatarra que yo acababa de abandonar.

El hospital de Jalalabad

Pudimos entrar en el hospital de Jalalabad como en cualquier otro sitio: después de hacer una cola más larga que un día sin pan. Mis tíos se quedaron al cuidado de mi padre y de mis hermanas, y mi madre me acompañó. Cogimos un autobús cuando aún era de noche, y a las siete de la mañana ya estábamos ante la puerta del hospital... con decenas de personas delante de nosotras.

Cuando por fin llegó nuestro turno, la enfermera que valoraba el estado de los pacientes me echó un rápido vistazo. Mis heridas, aún abiertas, estaban sucias. Tenía la mitad de la cara y del cráneo quemados, y no me crecía el pelo. Me faltaba piel en la barbilla y se me veían dientes y encías; tenía un agujero en el antebrazo, y el fuego había dejado un dedo pegado a la palma de la mano derecha y, por lo tanto, la tenía casi inutilizada. El cuadro debía de ser tan horrible que a la enfermera, a pesar de estar acostumbrada a ver heridos de todo tipo, se le escapó una expresión de espanto, y decidió saltarse la burocracia y hacerme pasar inmediatamente para empezar las curas.

Para mí, aquel hospital era como un sueño. Paredes limpias, habitaciones de cuatro personas con camas altas, comida variada tres veces al día... Lástima que las plazas eran demasiado escasas para tantos enfermos y heridos y, entre operación y operación —me hicieron cinco—, tenía que volver al campo poco después de recuperarme de la anestesia, cuando los médicos estaban seguros de que todo evolucionaba bien. De modo que tenía que esperar a la siguiente operación dentro de una tienda polvorienta en medio de un desierto, vendada como una momia y dolorida, bebiendo básicamente té y comiendo pan remojado. Los médicos dijeron que tenía que ir al hospital todos los martes para hacerme las curas y cambiarme las vendas, pero eso era casi imposible con mi situación familiar y teniendo en cuenta que subir al autobús gratis —no podía hacerlo de otra forma— dependía de la buena voluntad del conductor de turno. Y no todos estaban dispuestos a permitirlo.

Allí sufría mucho, pero también recibía algo infrecuente: elogios. Los médicos extranjeros y las enfermeras, autóctonas, siempre me felicitaban por ser una niña tan valiente, que iba sola al hospital y contenía las lágrimas, cuando la mayoría de los pacientes, y la parentela que los acompañaba, gritaban sin reprimirse. Yo siempre

pensaba que no era en absoluto valiente, pero que no me servía de nada llorar cuando no estaba mi madre para consolarme. Sólo me hacía sentir mejor el hecho de comprobar los pequeños avances que hacía: la mejilla que me reconstruyeron y que hizo que la cara recuperara una forma más normal; el dedo que tenía pegado y que, al separarlo, pude mover con libertad...

Me animaba ver cómo iba mejorando día a día y cómo podía comer o andar mejor, pero ya no me hacía demasiadas ilusiones de volver a ser como antes.

Después de las operaciones y las curas, tenía prisa por ir a dormir dentro del saco que me había cosido mi madre con retales. Todas las noches ella me cerraba por fuera, como si fuera un saco de patatas, para que no me molestara ningún animal de los muchos que corrían por el campo. Esta ropa de cama —que tenía que irse alargando conforme iba creciendo— era tan especial que se convirtió en una atracción por la que pasaron decenas de vecinos del campo.

Yo, en vez de angustiarme por estar encerrada, me sentía protegida y feliz.

Faringitis y huevos revueltos

No fui la única de la familia que probó los «lujos» del hospital. Una mañana, mi padre se despertó gimiendo. Estábamos acostumbradas a que actuara de forma extraña —a veces callaba durante días enteros, mirando hacia ninguna parte con los ojos vacíos; a veces quería pegar a mi madre; a veces se hacía daño a sí mismo...—, pero aquel día era diferente. Rechazó el desayuno y no quiso moverse de la cama. Al cabo de un rato empezó a temblar y a quejarse de que hacía mucho frío. ¡Frío, en aquel desierto que parecía un horno encendido desde las siete de la mañana! Me acerqué a él un poco temerosa —nunca sabía cómo podía reaccionar— y le toqué la frente: estaba hirviendo. No teníamos nada para darle.

—Nadia, tendrás que acompañar a tu padre al hospital.

Mi madre miró dentro de la gran caja de hojalata donde guardábamos la harina, a buen recaudo de los animales y el polvo. Era un lugar sagrado, el punto más importante de la despensa y, al mismo tiempo, nuestra caja de ahorros. Por suerte, hacía pocos días que había habido reparto de las Naciones Unidas, y teníamos suficiente harina para comprar los billetes de autobús e, incluso, alimentos frescos en la ciudad, que siempre resultaban más baratos que en los puestos que los campesinos montaban en nuestro campo. Mi madre salió a «convertir» la harina en billetes y, cuando regresó, mi padre y yo ya estábamos listos para ir de excursión: él abrigado con una manta, como si estuviéramos en el polo norte, y yo rezando para que todo saliera bien. No me hacía ninguna gracia ir sola con mi padre, pero ni se me pasó por la cabeza protestar.

Por suerte, el diagnóstico fue benigno: un simple dolor de garganta. Nada que no se pudiera curar con un antibiótico corriente. Cuando salimos del hospital, con el bote de jarabe bien guardado en el bolsillo de la camisa de mi padre, respiré tranquila. ¡También saldremos de ésta! Él ya empezaba a sentirse bien, gracias al antitérmico que le habían dado, y también había dejado de tener frío, o sea que pudimos comprar tranquilamente todo lo que teníamos previsto: cuatro huevos, un manojo de cebolletas, una coliflor y una botella de aceite para la lámpara que teníamos. Y con todo el cargamento tomamos el camino de vuelta.

Cuando el autobús abrió sus puertas delante del campo, mi padre

bajó antes que yo, que me entretuve un momento para coger la bolsa con las verduras y el aceite. Y mientras ponía el pie en el suelo, oí un golpe muy fuerte. Casi se me paró el corazón cuando me di cuenta de que habían atropellado a mi padre, que una vez más había cruzado sin mirar. Dos cochazos se habían parado un poco más adelante, y unos hombres bien vestidos bajaron de ellos. Me dijeron que eran guardias del hermano del gobernador de Jalalabad, que también viajaba en aquella comitiva. Todos corrimos hacia donde había ido a parar mi padre, y lo encontramos lleno de sangre y medio inconsciente. Yo casi me desmayé también: de miedo.

Los hombres del coche comprobaron que no estaba muerto, y se dispusieron a continuar su camino.

—¡Eh! ¿Adónde vais? ¡Volved! —les grité con lágrimas en los ojos.

Los hombres fingían que no me oían.

—¡Volved! ¡Volved, malditos!

Al ver que no me hacían caso, hice lo primero que se me ocurrió para detenerlos: tumbarme en la carretera, delante de su coche. Estaba cegada por la angustia, y aquella sensación me hacía ser más valiente, o más inconsciente. El hecho es que a los guardias les hizo gracia ver a una mocosa como yo plantándoles cara. Y en vez de apartarme de su camino de un manotazo, decidieron hacerme caso. Nos hicieron subir al coche. Yo saqué la cabeza por la ventana para calmar mi corazón desbocado. Por un momento me sentí poderosa.

Al cabo de un rato, mi padre y yo estábamos de nuevo ante la puerta de urgencias del hospital. Y por segunda vez en aquel día pude respirar aliviada. La sangre del pecho de mi padre, que tanto me había asustado, sólo era fruto de los cortes —no demasiado profundos— que le habían causado los cristales de la botella de jarabe cuando se había hecho añicos por culpa del accidente. Aparte de eso, sólo tenía un brazo roto y algún moratón. De todos modos, era tarde y el médico le aconsejó a mi padre que se quedara en el hospital a pasar la noche.

—¡Eso sí que no, de ninguna manera!

El médico y la enfermera me miraron atónitos. ¿Cómo podíamos rechazar una cama limpia, comida y medicamentos? ¿Es que teníamos un plan mejor? Seguro que era lo que más le convenía a mi padre —¡y lo que me habría gustado a mí, también!—, pero no podía dejar de pensar en cómo sufriría mi madre si no regresábamos aquella noche. Me puse más tozuda que una mula, y al médico no le quedó otro remedio que dejarnos marchar: ¡peor para nosotros!

Ya había anochecido cuando un hombre y una niña, sucios y andrajosos, mi padre y yo, recorríamos el camino hacia casa. Esa

segunda vez no quise arriesgarme y le di la mano desde el momento en que el autobús se detuvo y hasta que llegamos a la puerta de la tienda. Después de aquel día tan largo y espantoso sólo tenía ganas de meterme en la cama.

Lo último que recuerdo, antes de caer muerta de sueño, es un delicioso olor de huevos revueltos con cebolletas...

La hora de la verdad

Vivimos en el campo más de un año, pero lo que ganaba gracias a las curas de los médicos alemanes, que trabajaban con el apoyo de la Media Luna Roja, lo perdía por culpa del calor, el polvo y la suciedad que infectaban mis heridas. Y un día mi madre decidió que ya estaba harta: volvíamos a Kabul.

Es curioso que, pese a no tener casa fija, ni escuela, ni trabajo, aquella vida en la ciudad que era un caos ya nos parecía normal, casi rutinaria. Y la rutina incluía, por supuesto, las visitas frecuentes a los centros de salud, para arreglar los efectos de la falta de medicamentos, y de agua y jabón, en mi cuerpo. Algunas heridas no mejoraban lo suficiente, y poco tiempo después ingresé de nuevo en un hospital, y mis hermanas volvieron a vivir otra temporada con nuestra tía.

Yo me preparé para las molestias de la anestesia, el sueño interrumpido, el dolor y las horas de aburrimiento, pero lo que no sospechaba era que, muy pronto, entre aquellas paredes blancas se pronunciarían palabras que nos cambiarían la vida para siempre.

Era la octava vez que pasaba por quirófano y volvía a estar vendada de arriba abajo con vendas impolutas, bajo las cuales latían las cicatrices que me acababan de recoser. Mi cuerpo estaba agotado; toda yo estaba cansada de sufrir tanto. Y sólo me acompañaba mi madre, que, una vez más, tuvo que separarse de sus hijas pequeñas. Un pensamiento me martilleaba la cabeza: «Me moriré aquí. ¿Por qué no viene a verme nadie más?»

Mi padre vino un día, solo. Envejecía a marchas forzadas y, definitivamente, ya no era el padre que había conocido. Yo empecé mi sonsonete:

—Papá, dile a Zelmai que vuelva, por favor. No estoy bien, y me gustaría mucho verlo.

Mi padre se me quedó mirando fijamente, como si estuviera reuniendo valor, y me dijo:

—Nadia, Zelmai no volverá. Lo mataron.

Dudé unos segundos, intentando averiguar si aquello era una invención suya, porque hacía tiempo que parecía incapaz de mantener un discurso coherente. Pero no parecía que desvariara. Más bien parecía que contuviera las lágrimas. Me decía la verdad. Mi hermano, mi héroe, mi amigo ¡estaba muerto!

Escuché su relato sin apenas respirar y, cuando terminó, me dijo:

—No le digas nada a tu madre.

Me dejé caer en la cama. Sentía un frío glacial y un peso tan fuerte en el pecho que no me dejaba ni parpadear. Estaba paralizada, incapaz de hacerme cargo de la noticia y tampoco de mí misma. Entonces perdí la conciencia, y cuando la recuperé, no sé cuántas horas después, vi que donde había estado mi padre estaba mi madre. Parecía un sueño, pero el dolor del pecho me recordó que no lo había sido. Y no podía decir nada... Ahora sí que estaba sola, y sólo me consolaban mis pensamientos sobre la muerte: seguramente moriría aquel día, o el siguiente. Así que no valía la pena sufrir mucho.

Pero Zelmai era demasiado importante para poder pasar página.

La paz de los talibanes

—¡La guerra ha terminado! ¡Los muyahidines se han ido!

La noticia corría como un reguero de pólvora por el hospital. Los talibanes por fin habían acallado los cañones. Las luchas en las calles se habían terminado, y también la corrupción, las violaciones y el miedo a andar por la ciudad. ¡Ahora podrían volver del exilio los amigos y familiares a los que todos añorábamos! Con los talibanes, aquel 1996, se anunciaba la paz en Afganistán. Y para que no quedaran dudas sobre quién mandaba, se habían atrevido a hacer lo que los muyahidines no habían hecho: habían entrado en la sede de la ONU, donde vivía refugiado desde hacía cuatro años el ex presidente comunista Najibulá, y lo habían ahorcado. Para mi padre, que lo adoraba, supuso un golpe enorme; y mi madre me explicó que lloraba al verlo en el televisor de casa de mi tía.

—Con esto han puesto sal en la herida de tu padre... —decía, preocupada, mi madre. Pero para los demás, el ambiente era de fiesta. Incluso parecía que los heridos nos sentíamos un poco mejor. Teníamos ganas de salir y poder ver ese nuevo país que nos prometían...

—¡Soraya! ¿Sabes que la guerra ha terminado?

Soraya era la ayudante de mi médico, que era extranjero y necesitaba un intérprete. Era muy dulce: mi preferida en el hospital. A diferencia de todo el mundo, ella no parecía contenta.

—¿Qué te pasa, Soraya? ¿No te alegras de que estemos en paz?

—¡Por supuesto, Nadia! Pero... —Se acercó a mí y, en voz muy baja, añadió—: Es que tendré que irme. Los talibanes no quieren que las mujeres trabajen.

Fue la primera en aguar la fiesta.

Pronto quedó claro que no sólo impedirían que las mujeres trabajaran, sino que también quedaba prohibido que médicos hombres atendieran a mujeres. Detrás de Soraya y sus compañeras tendríamos que salir del hospital todas las chicas. Día tras día, conforme llegaban noticias sobre las políticas del nuevo gobierno, la inquietud fue tiñendo la euforia. «Dicen que es obligatorio que las mujeres vayan con el burka y que los hombres lleven una barba larga», «dicen que está prohibido que las mujeres hagan ruido al andar, y que no pueden reír en público», «dicen que están prohibidos la música, el baile y las

películas».

Al principio, las mujeres recibieron aquellas leyes como un mal menor ante el hecho de ganar seguridad a cambio. Yo misma había visto un día cómo un taxista intentaba atacar a mi madre, y cómo mi padre volvía sin pantalones de una comisaría a la que había ido a pedir ayuda porque los policías se lo habían robado todo. Creíamos que cualquier cosa sería mejor que el terror y la guerra, pero no podíamos sospechar el alto precio que tendríamos que pagar a cambio de esto.

No era una amante, era la tristeza

La ausencia de Zelmai era un ruido que lo interfería todo. A mí el secreto me pesaba muchísimo; y mi madre y mi padre, cada uno a su manera, vivían pendientes de él.

Mi padre no me visitaba casi nunca y pasaba los días entregado a su duelo. Mi madre lo esperaba en el hospital para que la relevase de vez en cuando, de modo que ella pudiera ir a ver a sus otras hijas, pero él nunca llegaba. Finalmente, mi madre iba a buscarlo y, nada más verlo, explotaba:

—¡Todo he de hacerlo yo! ¡Me dejas sola!

—¡Yo no puedo hacer nada! ¡Deja que Nadia se muera! ¡No puedo salir adelante yo solo con tres niñas y una mujer!

—No pienso dejar que Nadia muera. Si tú no puedes ayudarme, que venga Zelmai.

—Lo he mandado a un sitio.

—¿Dónde está? ¡Soy su madre, tengo derecho a saberlo!

Mi padre apretaba los dientes y le espetaba:

—Tú no tienes derecho a nada.

Volvía al hospital destrozada. Sufría por Zelmai, y sospechaba que si su marido la trataba tan mal, era porque tenía una amante. Las otras mujeres trataban de animarla:

—Ten paciencia. Los hombres son así. Ya verás cómo tu hijo está bien, y que él sólo sufre por que no le pase lo mismo que a Nadia.

Pero a mi madre algo le decía que su hijo no estaba nada bien; y eso la trastornaba hasta el punto de que le provocó problemas de corazón. Finalmente, durante una de estas discusiones tan agrias, mi padre le confirmó su peor presentimiento.

Entonces nos contó lo que había sucedido: pocos días después de que les robasen a ellos y a aquel taxista, Zelmai salió una tarde a comprar fruta y no volvió. Mi padre se pasó la noche esperándolo, pero sólo consiguió ponerse cada vez más nervioso. Al día siguiente fue por el barrio preguntando a todo el mundo, tenderos, mendigos, taxistas; después fue un poco más lejos, y nada. Tuvo que regresar a la casa en la que estaban entonces, con mis tíos y primos, reconcomido por la angustia. Pero antes de llegar se le acercó un hombre que, muy inquieto, le dijo simplemente:

—Hermano, tu hijo está muerto.

Muerto... El hombre le contó que había reconocido su cadáver. Al parecer, le robaron y lo mataron a balazos no muy lejos de casa. Llevaba dos días abandonado en la calle sin que nadie lo hubiera movido de allí. Mi padre cogió al hombre por el cuello, con ganas de estrangular al mensajero. Pero se contuvo, lo soltó y le dijo:

—Perdóname... Por favor, llévame a donde está mi hijo.

Mi padre, solo, se ocupó de Zelmai. Lo llevó al cementerio e hizo que lo enterraran sin avisar a nadie de la familia. Lloró todas las lágrimas que tenía, y se quedó seco.

Aquel día empezó a perder la cabeza. El mundo comenzó a molestarle, le parecía odioso entonces, cuando le habían arrebatado lo que más quería. No quería saber nada de nadie y se encerró en sí mismo, bloqueado por la desesperación. Se le hacía insoportable concebir aquella situación, de manera que simplemente decidió intentar ignorarla.

A mi madre en cierto modo se le quitó un gran peso de encima cuando supo que Zelmai estaba muerto. Sólo pidió una cosa: ir a ver su tumba. Allí lloró, lloró y lloró. Y de esta forma pudo empezar a salir adelante.

Yo también me sentí aliviada, porque Zelmai dejaba de ser un fantasma entre todos nosotros para convertirse en un recuerdo triste pero querido. La situación se había aclarado: ahora éramos una familia de cinco. Mi padre, cada vez más alienado; mi madre, que nunca había tenido responsabilidades fuera de casa; yo, que tenía once años; y mis hermanas, Rosiá, de seis años, y Orzó, de cuatro, a quienes había criado mi tía desde aquel día en que había caído la bomba en casa, dos años atrás, y que eran prácticamente unas extrañas para mí.

La decisión

Sentí que era yo quien debía hacer algo. Y una noche, poco después de que mi madre supiera lo de la muerte de Zelmai, encontré una solución que quizá nos ayudaría a superarlo. Ella dormía apoyada en mi catre del hospital, y mi inquietud —ahora me volvía hacia la derecha, ahora hacia la izquierda, y vuelta a empezar— la despertó:

—Nadia, ¿no duermes? ¿Qué haces con los ojos abiertos?

Las tripas me gruñían. Aquel día sólo había tomado un poco de agua de arroz, pero no estaba desvelada por el hambre. Llevaba días dándole vueltas a una cuestión, y ahora estaba decidida a coger el toro por los cuernos. Era el momento de tomar decisiones. Se me hizo un nudo en la garganta cuando dije por fin:

—He de hablar contigo.

Mi madre notó que el tema era lo suficientemente importante como para iniciar una conversación de madrugada. Se incorporó pesadamente y resoplando. Echó un vistazo a su alrededor y vio que la sala estaba tranquila. Por una vez podríamos hablar sin que nadie metiera baza.

—Mamá, no podemos vivir así, sin dinero. No me puedo casar, porque con estas quemaduras por todo el cuerpo nadie daría ni un duro por mí... Zelmai no está, y papá no puede hacer nada. O sea, que no me queda otro remedio que trabajar.

—Pero, hija, ¡si eres una niña! ¿Y acaso no has oído que los talibanes nos obligan a quedarnos en casa? ¿Cómo quieres trabajar?

—Tendré que hacerme pasar por un chico.

Mi madre se quedó muda unos instantes. Después dijo, resuelta:

—No.

Aquella noche discutimos mucho, sin alzar la voz. Ella se resistía a dejarme hacer algo tan peligroso. Ya que no era viable que yo pudiera casarme, mi madre habló de la posibilidad de prometer a una de mis hermanas. Con ello conseguiríamos algo de dinero. Pero las dos conocíamos historias terribles que habían empezado así. Como la de una prima mía de diez años que no hacía mucho habían prometido a un hombre de más de treinta al que le faltaba una pierna. En circunstancias normales, la boda no se habría celebrado hasta años después, cuando la chica hubiera crecido, pero aquel hombre dijo que la quería en seguida, porque en época de guerra no había tiempo que

perder. Los gritos y llantos de aquella niña disfrazada de novia aún resonaban en nuestros oídos y nos causaban escalofríos.

No nos podíamos arriesgar a que pasara tal cosa. Además, mi madre sabía tan bien como yo que si no trabajaba, tendríamos que pedir limosna y pasar hambre. O sea, que fue la última vez que se cuestionó aquella decisión. Ahora lo único que faltaba era encontrar la ropa adecuada y conseguir la complicidad de mi padre, cuya reacción no se podía prever, y de mis hermanas, que eran tan pequeñas que sería difícil que guardaran un secreto tan importante.

Cuando salió el sol, mi madre y yo ya no hablábamos, pero tampoco dormíamos: nos habíamos quedado en silencio con nuestros pensamientos. A mí de vez en cuando me asaltaban dudas como: «¿Qué pasará si alguien me reconoce por la calle?», o «¿Qué haré cuando la gente vea que no me crece el bigote ni la barba?». Pero rápidamente me las quitaba de encima. Lo único que tenía era el presente. Los problemas ya los resolvería cuando llegaran. Además, me consolaba pensando que los talibanes acabarían dejando trabajar a las mujeres, y entonces podría volver a ser yo misma. Mucho antes de que llegase a la edad en que a los chicos les crece el pelo en la cara, o eso esperaba.

Vida nueva

Los médicos extranjeros fueron los primeros en irse. El hospital se vaciaba.

—Hoy volverás a casa, ¿no te hace ilusión?

Miré a los ojos a la enfermera afgana, que tenía una vocecita fina y ridícula, como de dibujos animados. Me sonreía, mostrándome sus dientes torcidos, y me dio rabia que se hiciera la simpática ahora que me iba, que todas nos íbamos. Quizá no había sido demasiado amable con ella durante mi estancia en aquel hospital, pero a mí me dolía todo y acababa de recibir la peor noticia de mi vida. ¿Qué excusa tenía ella por haberme tratado como a un perro molesto?

Le sostuve la mirada hasta que se le marchitó la sonrisa, y no le respondí. Mi madre estaba a mi lado, inquieta, y al final fue ella quien se despidió rápidamente y le dio las gracias mirándome de reojo, como si tuviera miedo de que, de un momento a otro, yo fuera a saltar al cuello de la enfermera. No me faltaban ganas.

¿Cómo podía hablar de ilusión? ¿Para volver adónde, a qué casa? Yo estaba cansada de hospitales, pero la ilusión me parecía una palabra vacía, casi una ofensa. Además, empezaba a descubrir con sorpresa que salir me daba muchísimo miedo, que casi —casi— prefería volver al infierno familiar de las operaciones que enfrentarme a mi nueva vida. Ya no podría permitirme quedarme escondida bajo las sábanas y llorar durante horas por el dolor interminable, lacerante, de mis heridas, ni por la infancia que me habían truncado de una forma tan brutal.

Habíamos compartido muchas horas y muchas cosas con algunas personas de aquella sala de hospital. La más divertida era una niña que se había quedado ciega cuando le cayó un poste de electricidad sobre la cabeza. Ella y su tía, que era muy bromista, siempre estaban haciéndonos reír. Otras personas eran más tristes, como aquella a la que le habían cortado una pierna, u otra que siempre se quejaba del dolor que le producía la bala que tenía incrustada en la rodilla. Y, sobre todo, me daba pena Sarafshan: prometida desde su nacimiento, cuando creció se negó a casarse con el chico que le habían asignado y, una noche, la familia de él se vengó de la humillación cortándole la nariz. Aquella niña, que era del Nuristán, no entendía nuestra lengua y parecía muy desamparada, aunque su madre siempre estaba a su

lado.

Antes de separarnos, fue precisamente la madre de Sarafshan quien me ofreció comida.

—Si no tienes algo en el estómago, no podrás llegar a ninguna parte.

Saboreé las patatas con salsa que, bien aplastadas con un tenedor, me dio aquella mujer. Ella y mi madre se despidieron llorando y deseándose suerte. Yo miré a la niña para decirle adiós, pero ella volvió la cara, enfadada porque las dejábamos allí. Por los agujeros que quedaban entre las vendas que le protegían la nariz reconstruida, se veían dos ojos verdes llenos de lágrimas. Ya no volveríamos a vernos más.

Mi madre recogió las sábanas y los cuatro utensilios de limpieza y de cocina que tenía allí, y con ella y con mi padre salimos del hospital para ir a algún lugar. Cuando habíamos cruzado la puerta, me detuve. Quería ver la nueva Kabul, pero no encontré nada que anunciara una era más feliz. Casas destruidas, bicicletas, algún coche soviético que avanzaba renqueando, niños polvorientos y desharrapados, calles abiertas por las bombas y por años de desidia, el esqueleto de un hotel con los restos absurdos de un anuncio de Kodak... Alcé los ojos para buscar un punto de referencia, algo conocido que la guerra no hubiera borrado, que me demostrara que lo que yo recordaba de antes del ataque en casa era real, que no me había imaginado aquel pasado feliz. Sólo encontré el cielo azul, frío, indiferente. Si al menos hubiera visto mariposear una cometa..., pero no pude encontrar ninguna porque los talibanes, en su locura, también habían prohibido el juego más apreciado por los niños de la ciudad. Por mi hermano.

De repente, mi madre me tiró del brazo y me hizo gritar. Un par de burkas se volvieron, sobresaltadas.

—¿Qué haces? —me susurró, nerviosa, tras la red azul que le tapaba los ojos—. Vámonos de prisa, antes de que alguien se fije demasiado en nosotros.

¿Estar parada mirando al cielo podía llegar a ser un delito? Por lo que habíamos oído, podía serlo según el humor de los talibanes que te vieran aquel día: cualquier cosa podía ser una ofensa a Dios o a sus guardianes. Por suerte, no había ninguno cerca. De todas maneras, ¿qué podían ver en nosotros? Un hombre envejecido prematuramente, de mirada ausente; una niña menuda con la cara desfigurada por el fuego, y una mujer tapada con un burka. Un grupo que no desentonaba con el aire lastimoso de la ciudad.

Antes, cuando pensaba en el día en que, por fin, dejaría atrás las operaciones y volvería a casa, sólo podía evocar el camastro que

compartía con mi madre y el jardín donde reencontraría las risas de Zelmai. Pero aquel día, nuestros pasos, lentos e inseguros, nos llevaron a otra calle, lejos de la que me había visto crecer.

—Vamos a casa de tu tía a buscar a las pequeñas y a ver si nos podemos quedar allí un tiempo —dijo mi madre.

Mi tía puso cara de sorpresa cuando nos abrió la puerta y nos preguntó qué hacíamos allí.

—No sabemos adónde ir —contestó mi madre, cogiéndole las manos con la mirada baja.

De los siete hijos de mi tía, los cinco casados habían huido. Sólo quedaban con ella un hijo enfermo y otro joven que se había casado hacía poco y que sufría porque solía ir afeitado y los talibanes habían impuesto a todos los hombres una barba de un palmo. Los tres estaban a punto de trasladarse a un piso de la familia de la mujer de mi primo, donde creían que estarían más seguros que en aquella casa.

—Lo siento, chica —dijo mi tía a mi madre, con una de mis hermanas a cada lado—, pero en el piso al que vamos no cabéis. Si queréis, os podéis quedar aquí, en casa, y así nos la cuidaréis.

No teníamos otro sitio al que ir, de modo que nos instalamos allí unos días, mientras yo me recuperaba de la última operación que me habían hecho en el hospital. Pero mi madre se angustiaba, y yo también, cuando pensábamos que, si entraban ladrones, no podríamos hacer nada para defender la casa y que mi tía aún nos lo reprocharía cuando volviera, vete a saber cuándo.

Así pues, al cabo de tres días, cuando mi cara ya se había deshinchado un poco, dejamos el último espacio conocido y nos fuimos a buscar otro. Esta vez no era como en otras ocasiones, cuando buscábamos un techo temporal y todo nos parecía bien. En ese momento necesitábamos un sitio estable para los cinco. La guerra abierta se había terminado, de modo que hicimos lo mismo que muchos de los que se habían quedado en el país: preguntar a los vecinos de una calle qué casas estaban vacías, elegir la que estuviera en mejor estado, dar un buen puntapié en la puerta e instalarnos en ella.

Había montones de casas vacías. Huyendo de la guerra, miles de familias las habían abandonado de prisa y corriendo, llevándose sólo lo que podían cargar. Algunas les habían pedido a parientes o amigos que se las cuidaran, pero muy frecuentemente estos vigilantes también habían acabado emigrando a Pakistán o a Irán cuando no habían podido aguantar más. Entre los que se quedaban, el hambre era tan común que los saqueos a casas vacías o —en días de suerte— a tiendas recién abandonadas eran normales, y nadie se habría atrevido a

censurarlos.

Nosotros mismos habíamos sido víctimas de aquellos actos de desesperación: pocas horas después de que cayese la bomba en casa, y mientras estábamos en el hospital, alguien de nuestra calle nos vació la casa. No dejaron nada, y lo poco que ahora transportábamos a nuestro nuevo hogar era lo que otros vecinos más humanitarios nos habían regalado para que saliéramos del paso, y la comida que habíamos podido coger de casa de mi tía. El resto deberíamos conseguirlo como todo el mundo: buscando por las casas de los emigrados. La propiedad privada y las leyes que la defendían eran un lujo que no nos podíamos permitir. En ningún caso nos planteábamos si algún día podrían volver los dueños. Vivíamos al día. Y teníamos que resguardarnos del frío y comer. Aquel día, aquella noche, en aquel momento. En tiempo de guerra, el mañana no existe.

Después de rondar y de preguntar durante unas cuantas horas, encontramos una casa grande, de estilo tradicional: un edificio rectangular de paredes de barro con un patio en el medio. Tenía seis habitaciones y todo estaba en buen estado menos la cocina, que se había quemado, y las ventanas, que no tenían ni un cristal entero. Eran los efectos típicos de las bombas. Había vecinos alrededor y eso nos gustaba: nadie quería vivir solo. Decidimos quedarnos. A pesar de la precariedad, cuando cerramos la puerta me sentí feliz como una niña con zapatos nuevos. ¡Hacía tanto tiempo que no teníamos casa para nosotros! Y como habían terminado los ataques, mientras no volvieran los dueños o encontrásemos algo mejor, podríamos instalarnos en ella. Corrí arriba y abajo, explorando cada rincón, abriendo los armarios... Había de todo, incluso una radio pequeña.

Algo que nos hizo mucha ilusión fue que en el patio había un pozo y un huerto en el que aún quedaban espinacas y alguna tomatera viva. Inauguramos el nuevo hogar cenando verdura hervida en un fuego que habíamos encendido en el pasillo. Y como la noche era fresca, porque el otoño ya estaba avanzado, dormimos todos juntos, y bien apretados, en la misma habitación.

Al día siguiente empezó mi nueva vida.

Una vida inventada

Apenas sabía nada sobre los chicos. Al único que había conocido de verdad era a mi añorado hermano, Zelmai. Se reía de mí porque le parecía endeble y llorona, pero también me protegía siempre. Él quería ser como las estrellas de cine indias: guapo, fuerte, masculino, el chulo del barrio. También recordaba a mi padre tal y como era antes de que todo se estropeara. Era bromista, pero también serio y responsable. No era demasiado religioso, pero sí muy recto y respetuoso. ¿Cómo podía pretender parecerme a alguno de los dos?

Para empezar, debía soltarme de las faldas de mi madre y aprender a enfrentarme al mundo sola. Tenía que crear una carcasa lo más dura posible, y suprimir mis rasgos más femeninos. No podía hablar con la voz de un chico, pero sí que la impostaba para hacerla más grave y, sobre todo, cambié el tono por uno más imperativo, que me parecía más masculino. Con el tiempo aprendí a actuar con brusquedad y rudeza. Descubrí que tenía mala lengua, y amenazaba sin dudarlo cuando alguien me ofendía; incluso era capaz de atacar. No podía pelearme cuerpo a cuerpo con nadie, pero sabía tirar piedras con rapidez. Si notaba que me tenían miedo, me sentía aliviada. Quizá nunca tendría amigos, pero sobrevivir era mucho más importante.

Todo esto fue un proceso largo y muy difícil. Cualquier incoherencia, cualquier descuido en la representación de mi personaje podía ponerme en evidencia, y eso era un peligro. Durante todo el tiempo que fuera un chico, no podría relajar nunca la tensión. Y eso era algo terriblemente cansado. Durísimo.

Pero aquel primer día sólo pensaba en aprender a llevar el turbante para que no se me cayera nunca (a partir de aquel momento no me lo quité ni para dormir). La tela, basta, de color marrón, me la había dado mi madre. Cuando ella me lo puso por primera vez, fue como un ritual. Adiós a la niña, hola al niño. Todavía en la seguridad de estar entre cuatro paredes —llamarlo «casa» aún era prematuro—, ambas nos permitimos llorar. Mi madre me dio un beso en la cabeza, como si fuera una bendición, y salí a la calle a ensayar mi nuevo personaje.

En seguida encontré a un grupo de niños que jugaban con una pelota hecha con trapos. Cuando vieron mi cara y mi cuerpo vendados la detuvieron y se me quedaron mirando.

—¿Por qué me miráis así? —salté—. ¿Qué pasa? ¿No sabéis que aquí ha habido una guerra?

Los niños desviaron la mirada. Y un señor que pasaba intervino:

—Tiene razón este chico. ¿Cómo te llamas?

«¡Piensa, piensa!», me decía a mí misma. No se me había ocurrido inventarme un nombre de chico. Y, finalmente, dije el primero que se me pasó por la cabeza:

—Me llamo Zelmai.

Así fue como me quedé con el nombre de mi hermano. Y, sin ser consciente de ello, también así maté a Nadia para hacer revivir, en su lugar, a Zelmai. Una decisión que al principio me ayudó a inventarme un personaje, porque tenía el recuerdo de mi hermano como modelo, pero que a la larga se me haría difícil de sobrellevar, porque aquel Zelmai medio inventado quedaría adherido con fuerza a mi piel y a mi alma.

Aquel primer día, al ver que el engaño funcionaba, me atreví a ir más lejos y propuse a los niños de la calle:

—¿Queréis venir conmigo a ver qué encontramos por el barrio?

Todos dijeron que no, que sus padres no los dejaban ir a ninguna parte por miedo a que toparan con una mina antipersona. Y me fui yo sola a buscar cosas que pudieran sernos útiles en la nueva casa. Algunas calles parecían museos abandonados. Entre las ruinas, a veces se encontraban salas intactas, y, de no haber sido por el polvo que las cubría, bien podría pensarse que habían sido abandonadas por sus habitantes el día anterior. En una de estas estancias encontré un álbum de fotos. Me senté en el suelo y pasé las páginas lentamente: una niña con las trenzas muy tensadas me miraba seria con los ojos muy negros; unos recién casados ponían cara de haberse perdido mientras un montón de personas reía a su alrededor; un chico con bozo, que debía de ser el novio, posando orgulloso junto a un coche de fabricación soviética; una familia de pícnic cerca de un río... Imágenes que ilustraban la vida de los habitantes de aquella casa —pero que podía haber sido también la de mi familia— antes de que todo estallara. Mi madre me contaba que ella, de pequeña, iba a conciertos multitudinarios con su padre y que de joven siguió haciéndolo, incluso con su grupo de amigas y nadie más. Iban de excursión, bailaban y algunas fueron a la universidad.

Dejé el álbum donde lo había encontrado, pensando qué habría sido de toda aquella gente, y sintiendo una cierta nostalgia por aquella vida que no había vivido.

Sólo me llevé una chaqueta para mi hermana pequeña y un libro para mi padre, que aún lloraba cuando recordaba cómo los

muyahidines quemaron todos sus libros en inglés porque eran «infieles».

El primer trabajo

Al principio nos costó mucho adaptarnos al cambio. Mientras estábamos en casa, mi madre repetía como una letanía: «Zelmai, Zelmai, Zelmai», cuando hacía cualquier cosa; y yo me acostumbré a no quitarme la ropa para ir a dormir, ni tan siquiera el turbante. Con el disfraz de chico a la gente no se le ocurría dudar de mi sexo, pero estaba convencida de que sin aquella ropa todo el mundo vería al instante que en realidad era una chica.

Como no confiaba en mi familia, intentaba no ir nunca con ellos por la calle ni compartir el espacio con otras personas. Mis hermanas parecían incapaces de olvidarse de que era Nadia. Y a mi padre le entraba de vez en cuando la manía de recordar lo bonita que era su hija mayor... Con las pequeñas lo intenté todo: les expliqué cuán importante era que me llamaran Zelmai, y después de ver sus deslices las amenacé e, incluso, llegué a pegarlas. No me costaba en absoluto ser dura con ellas porque, cuando las veía tan delicadas y presumidas, con cabellos largos que podían peinarse, con orejas bonitas en las que podrían ponerse pendientes..., tan protegidas, tan inútiles..., la envidia me cegaba y la rabia empezaba a manar de mí sin control.

Fue así, a tortazos, como acabaron entendiendo que realmente no tenían ninguna hermana en quien poder confiar, porque yo era el cabeza de familia, y actuaba como lo haría cualquier hombre tradicional. Y aprendieron a obedecerme como niñas buenas —y a huir de mí siempre que surgía la ocasión—. Sabían, además, que mi madre me apoyaba. Ellas, muy unidas a nuestra tía, se fueron distanciando cada vez más de mi madre y de mí. Y nosotras, en cierto modo, las abandonamos; yo no quería saber nada de pánfilas, pues bastante tenía ya con lo mío.

En seguida salí a buscar trabajo. Dejando de lado el centro, aún había muchas zonas agrícolas en Kabul, y no muy lejos de nuestra casa había diversas propiedades. Entré en una de ellas y pregunté por el encargado. Era un hombre joven que me atendió con mucha amabilidad.

—¿Me podríais dar trabajo? Soy muy trabajador, vengo de una familia campesina de Isomolí —intenté convencerlo.

—¿Cómo se llama tu padre?

—¿Por qué me lo pregunta? ¡Mi padre es muy importante! —

empecé a mentir a la defensiva. Aún tenía mucho que aprender sobre el arte de inventar historias, pero en los últimos tiempos ya había adquirido el mal carácter. Él miraba mi cuerpo menudo y las vendas que llevaba, muy sucias. Supongo que, razonablemente, dudaba de mi capacidad de trabajo.

—¿Y qué puedes hacer tú, chico?

—Lo que me mande.

—Déjame pensarlo. Vuelve mañana y ya te diré algo.

Al día siguiente empecé a limpiar los campos de tomates y berenjenas con mi única mano útil, y al final del día regresé a casa rendida pero con cinco afganis en el bolsillo. Mi madre, que estaba lavando ropa vieja que había encontrado por la casa para hacer colchones y sábanas, me dijo que los ahorrara. Que no se lo dijera a mi padre, pero que mi tía le había dado algún dinero antes de despedirse y que de momento iríamos gastando aquél.

Al cabo de dos meses cogí todo lo que había acumulado y me fui al centro a comprar, acompañada por Fakir, un primo disminuido que venía a menudo a casa. En la puerta de una carnicería vimos que había una pequeña ternera atada, y Fakir y yo nos enamoramos de ella y decidimos salvarla de convertirse en un estofado. Hablamos con el carnicero para pedirle que nos la regalara: le dijimos que la cuidaríamos y que le daríamos la leche que produjera. Primero el hombre nos explicó, con paciencia, que no podía regalárnosla, porque, si no, perdería dinero, pero que si queríamos, nos la vendería. Conté el dinero que llevaba en el bolsillo, y la calderilla que llevaba Fakir, pero no llegábamos ni de lejos a la cantidad que nos pedía.

Tristes y desanimados, mi primo y yo nos fuimos, pero no podíamos dejar de pensar en ella y volvimos a verla un par de veces. Mientras acariciábamos la ternera, salió el carnicero:

—Ya os lo he dicho antes. Pagadla y será vuestra.

—Trabajo en el terreno del señor Alí, ¿no podría pagarle poco a poco?

—No.

—¿Conoce la tienda de alfombras que está cerca del campo de fútbol?

—Sí, ya sé cuál es.

—Pues era de mi padre.

—Así pues, ¡eres rico!

—No, ya no es suya.

—¡Qué le vamos a hacer...! —El pobre hombre perdía la paciencia.

Supongo que el carnicero acabó rebajando el precio del animal

para no tener que oírnos más. Y volvimos a casa con los bolsillos vacíos y la ternera atada a una cuerda, despacito. Mi madre sufría porque cuando llegamos ya era de noche, pero al ver la ternera se le iluminó la cara pensando en la leche y la carne que podría llegar a dar.

Al día siguiente llevé el animal al campo, lo até a un árbol y, durante los descansos del trabajo, amontoné las malas hierbas que encontré para dárselas. También le hice beber la leche que me daba mi jefe para desayunar, y yo sólo tomé pan. Al final del día, cuando me disponía a recoger las malas hierbas, un hombre me las quitó ante mi sorpresa. Intenté reaccionar y le pedí que me las devolviera, pero él, sin decir palabra, me arreó un sopapo que me hizo caer al suelo.

El jefe oyó mis gritos y corrió a ver qué pasaba.

—¡Este chico me ha insultado! —decía el hombre—. ¡Ha insultado a mi mujer!

No podía creérmelo. Me frotaba la mejilla, que me quemaba de la bofetada, y lloraba.

—Por lo visto, en su casa no lo han educado. ¿Cómo puede insultarme a mí, que podría ser su padre?

Intenté defenderme en vano. Y el señor Alí me despidió.

—¿No te da vergüenza? Ya puedes irte, porque hoy es tu último día de trabajo. ¡Fuera!

Desde el suelo, entre las tomateras, y protegiéndome la cara con las manos, vi la expresión indignada de aquel hombre, fuerte y corpulento, de piel oscura, cabeza rapada bajo la gorra y barba teñida de caoba, como la llevaban muchos pastunes. Me dio miedo la mirada durísima de sus ojos verdes, y no tuve más remedio que irme con la ternera hacia casa, con una sensación de injusticia que me ardía.

Cuando mi madre me vio llegar, me preguntó angustiada:

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué lloras?

—Es que la ternera no come, mamá...

—¡No pasa nada, hombre! Sólo necesita un poco de leche. Ya encontraremos leche, ¡no llores por esto!

Me acostumbré a disimular mis problemas, como habría hecho un hombre. No contaba que me hacían trabajar como un burro: prefería decirle que estaba muy contenta de trabajar al aire libre.

No me atreví a volver más al campo de Alí, porque no me había creído. Y también porque me había amenazado con que, si volvía, me cortaría las piernas.

En las tierras del señor Bismilá

Al día siguiente salí de madrugada de casa, como siempre, para que no sospecharan que me había quedado sin trabajo. Tenía que encontrar otro empleo con urgencia.

Di una vuelta por una zona, no muy lejos de casa, en la que había muchos huertos, esperando encontrar a alguien que necesitara a un ayudante.

Y así llegué, al mediodía, a un terreno donde había un cercado con animales, y cerca de allí, un chico de unos veinte años, con cara de aburrido, intentando coger peces de una balsa, rodeado de tres o cuatro niños que lo miraban. No muy lejos, otro chico que recogía tomates levantó la vista al oírme llegar.

—¡Hola! —saludé.

En aquel preciso momento, una de las vacas se escapó. La puerta debía de estar mal cerrada.

—¡Hola! —dijo, nervioso, el que recogía tomates—. Chico, por favor, ¡ayúdame a coger la vaca!

No me lo pensé dos veces y corrí tras el animal. Entre aquel muchacho y yo la atrapamos en seguida y la hicimos entrar en el cercado. El de la balsa no se había movido ni un milímetro, y el de los tomates lo miró y dijo entre dientes: «Este hijo de puta no hace nada, no vigila y no se mueve ni aunque lo maten.»

—¿Es tu hermano? —pregunté.

—¿Uosé? ¡Sí, hombre!... ¡Ya le gustaría! Ése trabaja para nosotros. Hazme otro favor: ve a la balsa y dile que Amid lo llama.

Le di el encargo al tal Uosé, y él me respondió, con sorna, que de acuerdo. No parecía que tuviera mucha prisa por cumplir la orden. Creo que nos caímos mal desde el primer momento.

Después busqué una piedra grande y se la llevé a Amid, que estaba intentando estacar la vaca. Aproveché para contarle que acababa de dejar de trabajar en otro campo porque allí me decían que mi ternera comía demasiado.

—Ah, pues si quieres tráela a pastar aquí —me ofreció él. Siempre y cuando no pisotee las verduras...

Al día siguiente la llevé, pero sólo estaba Uosé, que me dijo que lo ayudara si quería que mi ternera comiera:

—Arranca las malas hierbas. Y no te entretengas porque, si no,

vendrá el dueño y no habrás tenido tiempo de hacerlo todo.

Trabajé unas cuantas horas bajo el sol ardiente del verano hasta que vi llegar a un señor que en seguida se fijó en la ternera. Era el dueño:

—¡Qué bonita es esta ternera! Será una buena vaca, porque es de un tipo excelente. ¿Es tuya?

—Sí, tío, ayer Amid me dijo que podía dejarla pastar por aquí...

—¿Sabes qué vamos a hacer? Mañana pon tu ternera con los otros animales que tengo. Recoge hierbas y les das a todos de comer con ellas, y quizá te pague algo.

Así empecé un trabajo que me duró cuatro años.

Cuando llevaba una semana trabajando allí, el señor Bismilá tuvo su octavo hijo, que para él fue como un milagro:

—Zelmai, no sabes lo feliz que me siento —dijo sin disimular las lágrimas, ante mi sorpresa—. Después de la muerte de mi hijo Aziz, que era un buen chico, amable y generoso, y que nos lo mataron, me parecía que ya no podríamos tener ninguno más. Mi mujer ya es mayor, y las mujeres mayores normalmente ya no pueden tener más hijos... Es que mi mujer también es mi tía, ¿sabes? Es la hermana de mi padrastro, el hombre con quien se casó mi madre cuando mi padre murió. Ya no lo esperábamos, y Dios ha querido hacernos este regalo.

Desde el primer día, Bismilá me demostró mucha confianza. Y como sospechaba que Uosé no era muy honesto, decidió que a partir de entonces fuera yo y no él quien se encargara de vender verduras a los clientes del barrio. Su hijo Amid me sustituiría al volver de la escuela por la tarde.

Esto enfureció a Uosé, que se vengó obligándome a hacer las tareas más duras cuando estábamos solos. El dueño no solía estar por allí, porque tenía un empleo de oficinista en el Ministerio de Energía. Hasta entonces, el comercio le había dado beneficios a Uosé: solía quedarse una parte del dinero y, cuando le apetecía, le proponía a algún niño que le pagara *en especie* dentro de una caseta que había en el campo. Todo esto se terminó cuando yo llegué, y por este motivo decidió hacerme la vida imposible.

Al principio se limitaba a encargarme tareas pesadas; después intentó romper la buena relación que yo tenía con la familia del dueño. Y el día que descubrió que yo era amigo de una de las hijas, Uasimá, se animó a ir más lejos. Me anunció que la próxima vez que ella viniera a buscar verduras, él la seguiría y le daría besos en la boca, quisiera ella o no, y que yo no podría impedirlo. No pude quitárselo de la cabeza. Y, efectivamente, cuando Uasimá vino a recoger lo que le había encargado su madre, Uosé la siguió de regreso

a casa. La sangre me hervía de indignación. Entonces cogí una hoz y lo perseguí.

Cuando lo encontré, él le tenía las manos agarradas para poder besarla a la fuerza. Sin pensar en las consecuencias, le puse la hoz en el cuello mientras le gritaba a Uasimá que corriera hacia su casa. Entonces bajé la herramienta, aunque lo que me apetecía era clavársela en el cuello.

Por un momento creí que sería él quien me haría daño de verdad. Pero supongo que estaba demasiado sorprendido, y se limitó a amenazarme:

—No te creas que te salvarás de ésta, Zelmai.

Mi rabia se convirtió rápidamente en miedo. Sabía demasiadas cosas terribles de él. ¿Cuál sería la próxima?

Al día siguiente, cuando bajaba hacia el campo, oí una conversación entre Uosé y el dueño: el chico le decía que era yo quien había querido darle un beso a su hija. ¿Cómo podía ser tan ruin? Cogí una piedra del suelo y, cuando estaba a punto de tirársela a Uosé, el señor Bismilá me vio.

—¿Qué quieres hacer? ¿Besar a mi hija y hacerme daño? Si es así, será mejor que te vayas —me despidió dolido.

No estaba dispuesta a agachar la cabeza y soportar una nueva injusticia.

—Tío, pregunta a tu hija qué pasó. Yo no quiero hacer daño a su familia, ni besar a Uasimá. Y no permitiré que se digan mentiras sobre mí.

Funcionó: el dueño habló con su hija, que le contó la verdad. A Uosé lo amenazó con denunciarlo a la policía talibana, pero decidió perdonarlo: aquel chico vivía cerca, y no quería tener problemas con los vecinos. De modo que tuve que aceptar que no iba a perder de vista a mi enemigo, y lo que era aún peor: sabía que me odiaba más que nunca.

Hambre

Después de aquel incidente, el señor Bismilá aún me tuvo en mejor consideración. Sin embargo, lo que yo ganaba trabajando para él siempre fue demasiado escaso para que en casa pudiésemos olvidar el hambre. El invierno era la época más difícil, porque ni tan siquiera podía llevar verduras: algunas patatas de vez en cuando y nada más. A veces mis hermanas iban a casa de mi tía y allí tomaban una o dos comidas. Entonces, mi madre y yo hervíamos las hojas de coliflor que recogía en el mercado, procedentes de Jalalabad. Normalmente, estos restos estaban destinados al ganado, pero nosotros los comíamos como si fueran acelgas. Además, ya estábamos acostumbrados a comer lo que otros rechazaban: recuerdo que, durante la guerra, a veces mi madre me había dado los plátanos que los vendedores tiraban porque estaban demasiado maduros o demasiado macados. Entonces me los comía intentando no respirar, disfrutando de la textura suave del plátano e intentando sentir lo menos posible el sabor fuerte, casi alcohólico, que tenían.

Esta hambre permanente me causó problemas. Un día que mi madre no estaba, los vecinos se presentaron en casa con un platito de garbanzos guisados, siguiendo la tradición de dar a los vecinos una pequeña ración de lo que se cocina. Yo había llegado del campo sin fuerzas y muerta de hambre y, sin pensármelo dos veces, me zampé el platito acompañado de pan. No hice caso a mis hermanas, que también tenían hambre y lloraban.

—¡Se lo diremos a mamá!

—Idos a la mierda, yo trabajo todo el día y necesito comer.

Mi madre se enfadó muchísimo. Tanto que hizo que las pequeñas se fueran, y me pegó en el culo con un trozo de madera. Yo lloraba y chillaba y le pedía perdón, pero ella me daba más y más fuerte. Rosiá y Orzó, asustadas por mis gritos y por la actitud de nuestra madre, que parecía que no iba a parar nunca, fueron a avisar a los vecinos.

—¿Por qué pegas a tus hijos? Este chico trae dinero a casa. Si no puedes cuidar a tus hijos, ¡no los tengas!

Mi madre intentaba defenderse:

—¡No os metáis, es mi familia!

Sin embargo, soltó la madera y las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

Si para mí la vida era muy difícil, también debía de serlo para mi madre, que había perdido a toda su familia tal y como ella la entendía: el heredero estaba muerto; el marido había perdido la cabeza; las pequeñas se habían distanciado de ella; y su Nadia había desaparecido para convertirse en «el otro», como me llamaba mi tía, alguien que no era una chica, pero que tampoco era un chico. En este extraño grupo, mi madre apoyaba el poder que yo tenía como cabeza de familia, pero tampoco podía renunciar del todo a su papel de madre responsable... Nunca quedaba claro quién tenía la autoridad: unas veces mandaba ella sobre mí, otras era yo quien la mandaba a ella. A menudo intentaba protegerla, evitándole el sufrimiento de saber qué vida llevaba yo. Y, de vez en cuando, muy de vez en cuando, se convertía en una madre tradicional que consuela a una hija que lo pasa mal. Cuando me rendía y le confesaba que no podía más, ella me animaba: «¡Sí puedes! ¡Saldremos adelante!» Entonces entendía que podía permitirme aflojar. Y apoyaba mi cabeza en su pecho, y ella me acariciaba la mejilla y me secaba las lágrimas, mientras me decía:

—Tengo una hija, ¡pero vale más que siete hijos! Ya ves que hoy han venido los vecinos para que los ayudaras. Ellos sólo tienen hijos holgazanes, por eso vienen a buscar a mi león, ¡que eres tú!

Comprobaba de reojo si me había hecho sonreír, y entonces me cogía las manos y las observaba:

—Sí que eres como un león, ¡sí! Anda, vamos, que veo que ni siquiera has tenido tiempo de cortarte las garras.

¡Qué gran alivio sentía cuando mi madre me permitía ser una niña un ratito!

Sin embargo, aquel día de los garbanzos mi madre me trató como a una cría que no se había portado bien, y aquello fue un duro golpe para mí.

Por la tarde, cuando volví al trabajo, tenía el cuerpo tan lleno de moratones que no podía trabajar. Estaba triste y arrepentida por haber quitado la comida a mi familia. Y se me ocurrió pedirle a la mujer del señor Bismilá si podría darme de comer todos los días. Por intentarlo no perdía nada...

La dueña en seguida me dijo que sí, que le daba igual añadir un poco más de comida a la olla de su familia. Y así, a partir de aquel día, Uasimá me traía al campo, todos los mediodías, un bol de lentejas, sopa de carne o verduras, arroz, pan... Y, en cuanto la chica se iba, yo llevaba corriendo el bol a casa, donde le añadíamos agua caliente, y aquella comida para uno se convertía en una para cinco.

Un día, Uasimá me trajo el almuerzo cuando yo estaba con

algunos de los niños del barrio que venían a verme a menudo. No me atreví a llevarme la comida a casa porque temía que los niños lo contaran, y decidí que iría más tarde. Dejé el plato debajo de las berenjenas, y cuando fui a buscarlo a las cinco, famélica y sufriendo por mi familia, que debía de estar esperando, lo encontré lleno de hormigas. Tuve que tirarlo.

No se me ocurrió nunca pedirle a la esposa del señor Bismilá si podía darme un poco más de comida, o decirle claramente que me llevaría la comida a casa para compartirla. Mi madre nos había educado con la idea de que es mejor no pedir nada a nadie. Ella intentaba que la gente no supiera que pasábamos hambre. Aún más: se negaba a abandonar la tradición de ofrecer a los huéspedes lo mejor que tenía en casa. En aquella época en que no teníamos nada, eso equivalía a mandarme corriendo al campo para pedir un adelanto al dueño y comprar, como mínimo, té y caramelos para ofrecer a las visitas.

En aquella época me habría peleado con cualquiera por un trozo de pan, pero poco después dejé de comer por voluntad propia.

El largo ayuno

Cuando llegué al campo por primera vez, sólo tenía once años y nunca había hecho ningún trabajo duro. Una de mis primeras responsabilidades era cuidar los animales, y recuerdo que conducirlos del establo al cercado donde pastaban era un martirio. Se me escapaban continuamente, aplastaban las patateras, se comían las coles, y todas las culpas eran para mí. Dos años después, sin embargo, ya los dominaba por completo, porque había aprendido... y porque al haber crecido tenía más fuerza. Un día me di cuenta de que, mientras iba tras las bestias, el hijo del dueño se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —lo increpé, a la defensiva.

—Zelmai, ¡ya eres más alto que yo!

La mayoría de los niños se sienten orgullosos cuando oyen esto. Para mí era lo peor que podían decirme. Desesperada, tomé una decisión: desde aquel día dejaría de comer. Así me quedaría muy delgada y menuda, y nadie esperaría que un chiquillo así tuviera la voz grave o llevara barba, ¿no es cierto?

Al mediodía del día siguiente, el señor Bismilá me invitó a comer a su casa con Uosé.

—Gracias, tío, pero no puedo. Estoy de ayuno.

Uosé me miró como si viera un marciano. El dueño se sorprendió, pero sólo respondió:

—Lástima, mi mujer ha preparado unos garbanzos fantásticos. Zelmai, tú sí que irás al cielo. —Y se fue, dejándome con las tripas gruñendo. Uosé hizo un gesto de menosprecio y siguió al señor Bismilá.

Aquel ayuno duró medio año. Durante aquel tiempo, cuando sólo comía por la noche para no morir de hambre, siempre estaba cansada, triste y de mal humor. Si alguien se interesaba por mis problemas, lo rechazaba con aspereza. Tenía que estar sola, no podía permitirme que nadie se fijara demasiado en mí. Se me secó la piel, y empecé a sufrir dolores de estómago y de cabeza que me durarían años, y total, para nada. Sólo para que en el trabajo me consideraran un musulmán devotísimo.

Y esto empeoró aún más —si era posible— mi relación con Uosé, que no dejaba escapar ni una oportunidad para fastidiarme. Y casi lo consigue gracias a mi cabello. Bajo el turbante mantuve, durante un

tiempo el único reducto de mi coquetería: en el lado derecho, donde el fuego había respetado mi piel, el cabello seguía creciendo como siempre, negro, fuerte y ondulado. Me hacía una trenza y la escondía bajo el turbante. Y un día que la tela se me cayó un poco hacia atrás, Uosé vio que tenía el pelo largo. Los talibanes lo prohibían, o sea que, aunque no descubrieran mi feminidad, igualmente podía recibir un castigo.

—¡Zelmai, tienes el pelo largo!

Miré a mi alrededor, buscando una salida. No muy lejos vi a una mujer.

—¡Ostras, mira cómo anda aquella chica! ¡La seguiré! —improvisé. Tenía que huir, y si así, además, reforzaba la idea de que era un hombre, y encima muy macho, aún mejor.

—¡Zelmai, estás loco! Y tienes el pelo largo. Pienso decirlo, y te la cargarás.

No perdí el tiempo: fui en bicicleta a casa de mi tía y le pedí, con un nudo en la garganta, que me cortara el pelo al rape. Antes de que las tijeras hicieran «clac» en la raíz de la trenza, ya empezaron a caerme las lágrimas por las mejillas. Cuando regresé al campo, con el turbante convenientemente mal puesto para que dejara a la vista el pelo cortísimo, tuve que forzarme para sonreír. Y, sobre todo, cuando vi que Uosé me esperaba con un hombre al lado. Era un comprador habitual de nuestras verduras que no me hacía ninguna gracia, porque decían de él que tenía muy buenas relaciones con los talibanes y que era un delator. Ambos charlaban animadamente y me miraban. La cara que puso Uosé fue un poema cuando se dio cuenta de que el pelo largo había desaparecido, y que había quedado en ridículo. Entonces mi sonrisa dejó de ser forzada.

Su rabia hacia mí crecía todos los días. Su juego era muy peligroso y perverso. Intentó hacerme chantaje diciendo que contaría al señor Bismilá que sus hijas y yo nos veíamos —cosa que era cierta, aunque sólo como amigos—, y más adelante incluso intentó matarme soltando un perro salvaje dentro de la pequeña cabaña de pastor donde yo dormía de vez en cuando. Llegó un momento en que la situación me hacía sufrir tanto que enfermé.

Perdí el sentido de la realidad, y cuando mi primo me encontró por la calle como una sonámbula, vio claro que necesitaba un psiquiatra con urgencia. Mi madre había oído hablar de un médico que trabajaba en el centro. Le daba miedo lo que pudiera costar, pero no podía soportar la idea de que, además de mi padre, también yo me convirtiera en una persona inestable y de trato imposible. Recuerdo como en una nebulosa aquella sala austera con una cortina en el

medio para que las pacientes femeninas se colocaran detrás, la mesa y la silla de madera, el título colgado, al hombre de voz grave vestido de calle. Él me decía que le contara qué me pasaba, pero yo no podía sincerarme, porque tenía la mente nublada y porque no confiaba en nadie. No quiso cobrarnos nada y le dio unas pastillas a mi madre con la orden de que me las hiciera tomar sin falta, y me dio hora para al cabo de dos o tres semanas.

Me recuperé. Y cuando volví a la consulta, casi para cumplir el expediente, le conté al médico el estrés que me provocaba la persecución de Uosé y el rechazo que provocaban mis quemaduras, sin mencionar mis terrores más profundos. Él, constatando que estaba mejor, quiso restarle importancia y me dijo en un tono cómplice:

—¡Pues suerte que no eres una chica! Entonces sí que tendríamos problemas.

Era un comentario que me hacían a menudo y que me hería profundamente, pero reí. ¡Qué remedio! Y de repente pareció que a aquel hombre le venía una inspiración. Se puso a rebuscar en uno de sus cajones mientras me decía:

—Quiero darte una cosa, pero necesito que guardes el secreto.

Y aquel psiquiatra, insospechadamente, me hizo uno de los mejores regalos de mi vida: un *walkman*. En su interior había un casete de Ahmad Zahir, el único que tuve durante mucho tiempo. Zahir era el mayor ídolo de los jóvenes afganos, y sobre todo de las chicas, a las que les parecía muy atractivo. Su música era romántica y nos hacía soñar con cosas que nunca tendríamos: un enamorado sexi y bueno con el que diríamos: «Nosotros contra el mundo», y seríamos felices para siempre.

Él fue mi terapia preferida desde entonces. Al mediodía, cuando la gente comía, me ponía los auriculares y pulsaba el *play* para evadirme un rato del trabajo del campo y del resto del mundo en general. Me identificaba por completo con sus canciones más tristes: «*Estoy solo en la falda de la montaña / sin saber nada del mundo*», «*No puedo hacer nada por mi amor / sólo puedo querer a una escultura*». Aquel cantante de voz vibrante parecía leer en mi corazón. Mi vida era una mentira, no podía hablar con nadie ni tener amigos ni enamorados, estaba condenada a estar sola...

Ahmad Zahir, mal visto por los más conservadores por su fama de seductor y de frívolo, murió en 1979 en un accidente de coche más que sospechoso. Y así se convirtió en el primer mártir de la música pop afgana, y su mausoleo, donde habían esculpido las letras de sus canciones, era un lugar de peregrinación que competía, en cuanto a devoción, con otros dedicados a santos del islam. Mis primas eran

auténticas fans de Zahir, y había pasado muchos ratos de nuestras larguísimas tardes de verano familiares oyéndolas cantar sus canciones. Me las había aprendido todas, y gracias al casete que me había dado el psiquiatra, había vuelto a recordarlas. Con música, la vida pasaba mucho mejor.

Frío de invierno y de verano

Conforme fui haciéndome mayor, aprendí que no vale la pena luchar contra lo que es inevitable. Por eso dejé de hacer ayuno destructivo, pues no servía para nada, y empecé a adoptar otras estrategias para no llamar la atención. Así, cuando a los chicos de mi edad les creció la barba y el bigote, yo empecé a pintarme con hollín una sombra debajo de la nariz. De este modo, el bozo que tenemos todas las mujeres parecía mucho más consistente, y a nadie le pareció extraño.

Lo que no era tan fácil de disimular eran los pechos, que fueron creciendo pese a mis plegarias y aquel terrible ayuno. Lo único que podía hacer era fajarlos con una tela bien tensada. Usé una camiseta pequeña, muy estrecha. Era doloroso y no me solucionaba el problema totalmente, porque por más que los aplastase, los pechos no desaparecían. No tenía más remedio que disimular mis formas poniéndome siempre diversas capas de ropa, fuera verano o invierno. Con ello, añadí un elemento más de excentricidad a mi personaje, porque incluso en pleno verano, y trabajando en el campo, iba bien abrigada y siempre decía que estaba enferma o que tenía frío.

También tuve que evitar a cualquier precio los contactos físicos. Era preferible pasar por una persona arisca y antipática que permitir que nadie se acercara demasiado y menos aún que me abrazara, algo muy normal entre los hombres afganos.

Sin embargo, no lo tenía todo controlado. La mala alimentación y la falta de higiene durante demasiado tiempo nos pasaban factura a todos. Y mi madre tenía muchísimos problemas con los dientes. La ley talibana prohibía que los médicos hombres atendieran a pacientes femeninas, y también que las mujeres trabajasen. La consecuencia de todo ello era que, teóricamente, las mujeres no podían recibir atención médica, aunque, por suerte, la aplicación de la ley era más o menos estricta según los responsables del barrio. Y como yo tenía buenas relaciones con los que controlaban la zona donde vivíamos, mi madre pudo visitarse varias veces sin problemas.

Un día la acompañé al dentista. Mi madre quería que le diera la mano, pero yo tenía la cabeza en otra parte: me dolía la barriga. Era un dolor distinto al que había sentido hasta entonces, pero lo único que se me ocurría era que algo me había sentado mal y por eso tenía diarrea; así que dejé a mi madre echada en la camilla y me fui al

lavabo.

Casi me desmayo al ver que me caía sangre de la entrepierna. Cuando me convertí en chico, me daba miedo que la gente pensara que tenía una cara demasiado femenina, también temía el momento en que me crecieran los pechos, me preocupaba mi voz blanca, y también que no me saliera pelo en la cara. Con lo que no contaba era con la regla, porque no sabía ni que existía. Aquel día, por tanto, pensé que debía de estar muy enferma. No sabía muy bien de dónde salía la sangre, porque a duras penas conocía mi cuerpo, pero tenía claro que aquello debía de ser grave, y necesitaba hablarlo con alguien. Con mi madre, no, porque ahora estaba atareada con la boca abierta y, además, no quería que se preocupara. Y pensé en una de mis primas, una de las pocas personas que conocía mi verdadera identidad. Últimamente me tenía mucha confianza y me contaba cosas. Aquel día sería yo quien le contaría aquel secreto terrorífico.

Me monté en mi bicicleta y pedaleé, sintiendo cómo la ropa empapada se me pegaba al sillín, cosa que me causaba mucha aprensión. Y cuando estuve a solas con mi prima, rompí a llorar. Su temor terminó cuando, entre sollozos, le conté lo que me sucedía.

—No estás enferma, tranquila. No pasa nada. Espérame aquí.

Su voz calmada me serenó. No entendía nada, pero parecía que el problema no sorprendía a mi prima. Regresó con unas medias con la parte de las piernas cortada, y un trozo de tela. Mi primera compresa. Me la puse mientras ella me decía que eso pasaría cada mes y que, para evitar sorpresas desagradables, lo mejor era que me vistiera de oscuro cuando llegasen aquellos días. Mi prima no conocía muy bien cómo funcionaba el mecanismo de la menstruación, pero lo que me contó fue revolucionario para mí. Salí de casa dándole vueltas a dos informaciones inquietantes: la sangre sale de la vagina cada mes, y desde el momento en que empieza a salir, ya eres una mujer y puedes convertirte en madre. Todo eso me asustaba tanto o más que la idea de estar enferma. Planteaba un problema práctico muy importante para mi vida como chico, un riesgo y una incomodidad más. Y me impresionaban las ideas de sexo y maternidad. Sobre eso no quería saber nada en absoluto.

Volví de prisa al hospital, donde me esperaba mi madre, muy preocupada. Le di una excusa improvisada, como tantas otras. No pensaba contarle nunca que me había venido la regla y que ya sabía qué era. Ella no me había dicho nada al respecto, o sea que debía preferir no saber nada: aquella intimidad femenina estaba excluida de nuestra relación. De manera que se convirtió en un secreto: yo me fabriqué compresas con ropa vieja, y las lavaba y las tendía a

escondidas, por la noche. Y para llevar el control de los días en que tenía que venirme la regla, hacía marcas en una pared del campo donde trabajaba. No tenía claro el funcionamiento del calendario, pero sabía que, cuando había hecho veintinueve o treinta marcas, la sangre volvía.

No había nada que hacer. Mi voluntad no contaba en el curso imparable del cuerpo por crecer. No podía detener el reloj de ningún modo.

Pozos

En el ambiente donde trabajaba, lo más habitual era oír comentarios de menosprecio hacia las mujeres. Y yo, cuando oía decir que las chicas son débiles, no sabía si ponerme a reír o a llorar. A los once años trabajaba de campesina, y a los trece empecé a arreglar pozos, sacando la tierra del fondo y cargándola en cubos que pesaban como un muerto, hasta que volvía al brotar el agua subterránea. Y esto como trabajo complementario. Yo nunca he sido una persona corpulenta; siempre he sido menuda y, en aquella época, lo poco que comía y descansaba no me ayudaba a tener demasiada fuerza ni energía. Aun así, no tenía más remedio que aceptar todos los trabajos que me llegaban, que no eran precisamente de despacho. Y salía adelante, por supuesto.

Uno de los primeros en pedirme que le arreglara su pozo fue el señor Osmán —*el Comandante*, como lo llamábamos—. Era un hombre flaco, con una gran barba gris deshilachada y ojitos vivos, que venía a menudo al campo donde yo trabajaba a comprarnos hortalizas. Mi compañero de trabajo, Sherogá, y yo siempre decíamos que era rico, pero no debía de serlo, porque de vez en cuando lo veíamos sentado junto al dueño, Bismilá, quitándoles tierra a las zanahorias o cribando guisantes para ganarse el derecho a llenar el cesto. El hecho es que el Comandante no parecía pasar nunca hambre, siempre tenía tabaco para masticar y, como no tenía hijos, sólo tenía que compartir lo que ganaba con su mujer. En Afganistán, la mayoría de la gente tiene familias numerosísimas y extensas por mantener, y cualquier sueldo acaba repartido entre muchos estómagos. Tal era el caso de otro de mis compañeros de trabajo, Sherogá, el segundo de ocho hermanos. Su hermana mayor se había quedado viuda y, cuando volvió a casarse, como el nuevo marido no aceptó sus cargas anteriores, como es habitual, tuvo que dejar a sus hijos con los abuelos. Y en aquella casa de once miembros el único sueldo que entraba era el de Sherogá, que con veinticinco años sólo pensaba en métodos de todo tipo para conseguir más dinero.

Un día se le metió en la cabeza que el Comandante lo adoptara para poder disfrutar de toda la riqueza que se imaginaba que tenía, y empezó a adularlo.

—Comandante, usted es un gran hombre, un musulmán de

primera. ¡Yo lo quiero mucho! ¿No querría tener un hijo en su vida?

—Ay, ay, ay, Sherogá, a mí siempre me habría gustado tener un hijo —contestó el hombre poniendo los ojos en blanco—. ¡Pero a ti incluso ya te ha salido barba! ¿Qué harías en nuestra casa? No te adaptarías.

—¡Por supuesto que sí! ¡Yo podría cuidar de su mujer, Comandante!

Increíble, el Comandante dudaba. No podía permitir que Sherogá se aprovechara del pobre viejo, de modo que le trunqué los planes:

—Eh, Comandante, yo sí que sería un buen hijo para usted.

El señor Osmán pareció salir de un hechizo. Aquella loca idea de adoptar a alguien ya estaba olvidada. Se volvió hacia mí y me sonrió.

—Sí, me parece que te prefiero a ti, chaval.

Hinché el pecho como si me acabaran de dar una medalla. Y sentí la mirada asesina de mi compañero, a quien le había salido mal la jugada.

Al principio, Sherogá estaba celoso de la deferencia hacia mí, pero poco a poco se le fue pasando la rabia y siguió con sus métodos habituales para aumentar sus ingresos, que consistían en pedirme que le diera verduras o el dinero del dueño que yo gestionaba; y, si no conseguía convencerme —y nunca podía—, sus hermanos lo cogían directamente. Por suerte, no eran grandes cantidades y nunca llegó a ser un gran problema.

Un día, un crío de los que corrían por el campo me avisó: «¡Ha venido tu padre y te busca!» Desde el día que me «adoptó», cada vez que venía el señor Osmán bromeaban llamándolo «padre». Y él también:

—Zelmai, hijo mío, el pozo de casa se ha secado. ¿Podrías arreglármelo?

—¡Por supuesto, Comandante! Cuando quiera, me pongo con ello. Sólo le cobraré el precio normal por una jornada de trabajo, doscientos afganis.

No sé cómo pude decir esa cifra, que cuadruplicaba mi jornal, con tanto convencimiento y sin que se me escapara la risa. Lo reconozco: yo también habría hecho cualquier cosa por dinero. En casa siempre las pasábamos canutas...

Seguí al señor Osmán hasta su casa, a unos diez minutos del campo. El sol picaba y el trabajo era duro; por eso, mi padre postizo se sorprendió de que no me quitara ropa antes de ponerme a trabajar, como habría hecho cualquiera. Pero es que la ropa era mi protección; sin dos o tres capas —la primera opresiva, las otras laxas—, como ya había podido comprobar, mis pechos me habrían delatado. ¡Cómo los

odiaba!

Estuve cuatro horas sacando arena y piedras del fondo del pozo —el Comandante, desde arriba, vaciaba los cubos—, y esperando que, de un momento a otro, el agua volviera a subir y me mojara los pies, pero no había manera. Empezaba a estar muerta de calor y de cansancio, y si dejaba de trabajar en ese momento ya podía olvidarme de los doscientos afganis. ¡Y los necesitaba tanto!

—Zelmai, hago una pausa para ir a rezar —dijo de repente el señor Osmán—. Me sustituirá mi mujer, ¿de acuerdo?

El Comandante se alejó y oí que decía: «¡Mujer!, ve con cuidado, que no se le caiga el cubo en la cabeza, ¿eh?» Eso me dio una idea.

—¡Buenos días, tía! —le grité desde las profundidades del pozo—. ¡Ahora le preparo un cubo para que lo suba!

Até mal la cuerda, expresamente, y cuando la señora empezó a mover la polea, el cubo cayó y me dio en un lado de la cabeza. Chillé como si me estuvieran matando, y la pobre señora, asustadísima, fue a buscar al Comandante. Creo que incluso tropezó con el burka.

Salí del pozo gimiendo, llena de arena y barro. Debía de causar mucha impresión, porque decidieron pagarme el jornal entero y me mandaron a casa en seguida. Mi artimaña había funcionado, aun a costa de un pequeño moratón en la frente.

El epílogo de la historia fue el recibimiento de mi madre, cuando le puse con orgullo los doscientos afganis en la mano. Era mucho dinero, tanto que no dejaba de preguntarme cómo los había ganado. Yo le decía que eso no tenía importancia, porque no quería que supiera que había trabajado en un pozo, que se consideraba un trabajo peligroso.

—Así pues, ¡lo has robado!

—Que no, mamá, ¿cómo puedes decirme esto? Yo nunca robaría, ya lo sabes.

—Entonces, ¿cómo lo has ganado? ¿Cómo?

Mi padre, que presenciaba la escena, pero que parecía que no estuviera allí, aturdido por los sedantes, se sobresaltó con el tono de voz de mi madre, que subía por momentos.

Tuve que confesarlo.

—Ay, ay, Zelmai, ¿por qué me haces esto? ¿Acaso no sabes que es un trabajo muy peligroso? ¿Y si te desmayas y han de sacarte del pozo y descubren que eres una chica?

Me quedé mirándola. Estábamos tan obsesionadas con esta posibilidad que parecía que era lo peor que podía pasarme. A mí me daba más miedo que la muerte misma. Pensaba en la vergüenza que pasaría mi madre, y en las represalias que podría recibir por mi

engaño. Por no hablar del hecho de que se quedaría sin ingresos. Yo iría al cielo —estaba convencida de ello—, pero ¿quién protegería a mi madre desde la tierra?

Cine

A pesar del miedo, que estaba siempre presente, una tarde decidí regalarme un gran —y arriesgado— placer.

Casi tuve que pellizcarme para creérmelo: en medio de aquel ambiente opresivo de los talibanes, en las entrañas de aquel país gobernado por leyes puritanas en que todo estaba prohibido —especialmente lo que pudiera hacernos felices— sonaba la música de Bollywood. Las voces cascabeleantes de las cantantes, los colores de los vestidos, las caderas que se movían con indolencia, como si fuera posible estar alegre. No podía apartar la mirada de aquella pantalla que me hacía latir el corazón y me decía que aquellas sesiones de cine y diversión con mi hermano no las había soñado. Las películas indias, con sus canciones estridentes, amor y luchas, habían existido de verdad. Para mí encarnaban mi infancia, el tiempo de paz: la felicidad. Y podía volver a verlas.

Por supuesto, aún estaban prohibidísimas. ¿Cómo podían no estarlo si aparecían mujeres destapadas, que además reían, bailaban y se enamoraban, y hombres de barba afeitada, que no eran sus maridos ni padres ni hermanos, que también bailaban y las seducían?... Una colección de delitos que los habrían llevado a la cárcel o al cadalso directamente, pero incluso en una sociedad tan terrorífica había gente que se arriesgaba a desafiar las leyes para comprar una pequeña parcela de libertad. Y así, por todo Kabul se habían creado algunos cines clandestinos, un negocio arriesgado pero lucrativo para sus responsables.

Desde que un cliente habitual del campo me dio a conocer estos cines (en voz baja y porque confiaba mucho en mí), fui siempre que pude. De hecho, sólo esperaba que llegara el viernes, y aquel día me despertaba contenta pensando en el momento de ver la película. Incluso cuando me tocaba trabajar —pese a ser un día festivo—, lo hacía con alegría, y en cuanto podía, terminaba mi jornada con cualquier excusa para correr hacia la cita.

Conocí unos cuantos locales, pero todos tenían en común que eran sitios oscuros, roñosos y húmedos, muy a menudo sótanos de casas particulares. La pantalla de cine era un simple aparato de televisión que situaban en un mueble de comedor, con una cortina que podía esconderlo si se presentaban visitas indeseadas. Un entorno

desagradable e incómodo que no rebajaba de ningún modo el entusiasmo de la audiencia: un montón de hombres fumando como carreteros y que gritaban sin parar. Animaban como un solo hombre al protagonista cuando luchaba: «¡Pégale más fuerte! ¡Más fuerte!» Y cuando el chico y la chica se miraban con deseo, la euforia se desbordaba y gritaban entusiasmados.

En uno de los locales a los que iba más a menudo, el televisor se alimentaba gracias a la batería de un coche de línea que tenía el dueño. Y era habitual que, en medio de una escena emocionante, la pantalla se apagara de repente. «¡Oooh!», exclamábamos, frustrados. El dueño maldecía: habíamos de esperar a que pasara su hermano con el bus para cambiar la batería, y todos nos impacientábamos.

Pese al ambiente de unión que se vivía mientras duraba la película, la mayoría de los asistentes sólo se conocían de coincidir en esas sesiones, y procuraban mantener esta ignorancia cuando salían a la calle. Todo el mundo desconfiaba de todo el mundo, cualquiera podía delatarte, y por eso era mejor que no supieran nada de ti. Mientras el vídeo funcionaba, la seguridad la garantizaban un par de personas que hacían guardia en la puerta —para avisar si venían talibanes—, pero a la salida lo más seguro era simular que no sabías nada en absoluto de esos cines ilegales. A mí no me costaba demasiado olvidar, porque no tenía ningún interés en relacionarme con aquella gente, que yo veía sórdida y grosera. Unos perdedores a los que me daba miedo parecerme con el paso de los años, si todo seguía igual.

Sin embargo, pensaba que, si entre los jóvenes del barrio corría la voz de que yo me jugaba la vida frecuentando locales como ésos, tampoco estaría del todo mal. Era tan grande la obsesión que tenía por aparentar ser un chico, que creía que la mala fama me favorecía y que era mejor pasarme de duro y peligroso. Y así, dejaba que creyesen que fumaba hachís —aunque sólo lo hacía de vez en cuando, cuando me encontraba en medio de un grupo que lo hacía y no podía ser menos —, hablaba con menosprecio de las mujeres e insinuaba, sin confirmarlo, que iba a uno de esos cines ayudaba a dar buena imagen. Prefería ganarme el respeto de lo peor de cada casa, porque así no se atreverían a darme problemas.

Justo al contrario que con los mayores. Con ellos jugaba a ser un chico religioso y muy respetuoso con su madre. Se me daba tan bien este papel que muchos padres y abuelos me ponían como ejemplo a los adolescentes de la familia, que no podían creerse lo que oían.

¿Cuál de los dos Zelmai era yo? Quería creer que me parecía más al segundo, aunque, como a todos los adolescentes, a menudo me

metía tanto en mi papel de rebelde que la sangre me hervía de verdad, y supongo que aquel chico rústico e incluso brutal también era yo. Si se lo hubiesen preguntado a mis hermanas, molestas por cómo las controlaba, seguramente lo habrían tenido clarísimo. Y quizá mi propio padre también. Desde que vestía como un chico, me había convertido en su responsable, lo que quería decir que me aseguraba que se levantara y comiera, y me ocupaba de recortarle la barba, pero, al mismo tiempo, tenía la función de reñirlo si hacía algo que estuviera fuera de lugar. De hecho, cuando hacía enfadar a mi madre, ella lo amenazaba diciéndole: «Cuando Zelmai vuelva de trabajar, se lo contaré.»

Cocinera de los talibanes

No me entendía con Amid, el hijo del dueño del terreno. Quizá estaba celoso de la confianza que me tenía su padre, pero el hecho es que cuando Bismilá no estaba, él actuaba muchas veces como un déspota. Y el día que, después de catorce horas de duro trabajo, me pegó porque yo quería irme a casa, decidí que dejaba el trabajo. Ya podía irse al infierno.

Aquella noche no cené, y aunque mi madre y yo dormíamos juntas, no quise contarle nada. En el camastro, sentía cómo ella me miraba y chasqueaba la lengua, preocupada, y yo cerraba fuerte los ojos para ahuyentar el miedo a no encontrar otro empleo pronto.

Cuando oí el canto de los gallos del vecindario me desperté sobresaltada e, instintivamente, me toqué el turbante: sí, lo llevaba puesto. Que se me cayera mientras dormía o, aún peor, mientras estaba fuera de casa, continuaba siendo mi mayor obsesión. No podía bajar nunca la guardia y, cuando alguien me miraba con cara de haberme descubierto, agarraba casi sin darme cuenta el pequeño cuchillo que llevaba siempre en el bolsillo del chaleco. No era para atacar a nadie, sino para quitarme la vida antes de que lo hicieran los talibanes de la peor manera posible.

Aquel día de mayo, sin embargo, me metí en la boca del lobo yo sola. Después de abrir los ojos, me lavé en un periquete, hice la plegaria de la mañana sin entretenerme demasiado, tomé el té cuando aún humeaba y me comí el pan del desayuno mientras corría hacia el centro de Kabul. Objetivo: la plaza Chauk. Allí se concentraban los hombres que buscaban trabajo. Cuando llegué, aunque era bastante tarde, aún había dos o tres docenas de hombres. Algunos habían tenido suerte y estaban negociando con encargados que buscaban jornaleros para un día, dos o una semana. Las conversaciones eran cortas, porque había poco trabajo y muchísima hambre, y si no te ponías de acuerdo con los jefes, seguro que encontrarían quien aceptase sus condiciones, fueran las que fueran.

Iba pasando el rato, y la plaza se vaciaba. De entre los que quedábamos, la mayoría eran hombres demasiado mayores... y yo, un chico esmirriado y con la cara quemada. Lo tenía difícil, pero estaba decidida a conseguir un trabajo, el que fuera. No pensaba regresar a casa con las manos vacías, y menos aún volver a pedirle trabajo al

campesino. De repente oí:

—¡Buscamos a un cocinero! ¡Necesitamos a un cocinero!

Miré hacia quien voceaba la oferta, en lengua pastún. Me quedé helada: era un talibán sobre el camión que usaban de forma habitual, un Toyota *pick-up*, de los que tienen la parte posterior descubierta. En aquella ocasión no era la clásica estampa de los talibanes: media docena de hombres montados detrás, armados hasta los dientes y mirando alrededor intimidatoriamente y avanzando a poca velocidad para tener tiempo de pedir cuentas si alguien hacía algo que no les pareciera correcto, desde ser una mujer que iba sola por la calle hasta mirarlos a los ojos. El camión aquella mañana iba casi vacío, estaba parado en la plaza y los kalashnikovs reposaban en los hombros en vez de apuntar a la gente que pasaba. Podríamos decir que iban en son de paz, si es que esto es posible. Vi que algún transeúnte se estremecía de miedo, pero yo avancé decidida hacia ellos.

—¡Yo!

No había más voluntarios, de modo que el hombre me hizo subir en marcha, tirándome del brazo. Tuve que apretar los dientes para ocultar el dolor que me había producido el tirón.

Una vez en el camión, me miró de arriba abajo y me preguntó dubitativo:

—¿Tú sabes cocinar?

—¡Por supuesto! —respondí.

—¿Y qué sabes hacer?

—Pues... —pensé cuáles eran los platos preferidos de los pastunes, que conocía bien porque era la etnia de mi padre, y los enumeré—: sopa de verduras, sopa de carne, dulces de almendra y miel...

Al talibán se le iluminó la cara:

—¡Muy bien, muy bien! ¡Vamos!

Ni se me ocurrió preguntar cuánto me pagarían. Tampoco me detuve a pensar cómo me las apañaría para cocinar aquellas cosas, yo que nunca había preparado ni un huevo duro. Me apresuré a acomodarme al camión, intentando no fijar los ojos en los hombres que había dentro, y sintiendo la mirada de los que se quedaban en la plaza, que seguramente se preguntaban quién de nosotros, si ellos o yo, había tenido más suerte aquella mañana. De repente me di cuenta de lo impulsiva que había sido, y me vinieron al pensamiento aquellas historias que se contaban sobre cómo algunos abusaban de los niños..., pero ya era tarde para tener dudas.

El *pick-up* traqueteó durante quince o veinte minutos por las calles sin asfaltar de Kabul —mientras yo con una mano me agarraba para no caer y con la otra me sujetaba el turbante—, hasta que se detuvo

ante un edificio grande, de estilo tradicional, con paredes de barro, que nunca había visto. Los guardias abrieron las puertas y aparcamos en el patio interior. Cuando entramos en la casa, yo estaba empapada en sudor. En parte por los nervios y en parte por la cantidad de prendas de vestir que, como siempre, llevaba superpuestas.

El hombre que me había recogido en la plaza me explicó que al cocinero que habían tenido hasta aquel día lo destinaban a otro cuartel y que, por eso, necesitaban a otra persona. «Somos treinta aquí, y nos gusta comer bien», dijo, medio riendo, pero a mí me sonó como una amenaza. Mi mano jugaba, inquieta, en el bolsillo donde llevaba el cuchillo.

—Me gustaría conocer al antiguo cocinero, para saber cómo hace las cosas, qué costumbres tienen ustedes...

El talibán se lo pensó un momento.

—Es justo, lo llamaré para que te enseñe dónde están las cosas y cómo funciona todo. Hoy trabajarás con él y mañana ya lo harás tú solo.

El cocinero tenía un aspecto feroz. La barba le llegaba hasta el delantal, y los ojos, enmarcados por una amplia línea negra, eran tan brillantes que parecía que le llorasen. Una vez que me quedé sola con él en la cocina, decidí decirle media verdad:

—Tío, ayúdame. En casa somos muy pobres y necesito el trabajo. Por favor, enséñame cómo cocinas, te lo pido.

Él me miró largo rato y, por fin, dijo:

—De acuerdo. Siéntate y mira cómo lo hago, chaval, que mañana tendrás que espabilar.

Mi mano se relajó en el bolsillo. Estaba salvada.

Pasé todo el día encerrada en aquella gran cocina pelando verduras, desplumando pollos y tomando nota mental de las acciones del cocinero. A la hora de comer pude probar el plato que había ayudado a preparar: no estaba mal, pero mi madre cocinaba mucho mejor. Tenía que pensar en cómo lograr que me explicara sus recetas sin decirle para quién eran. Los talibanes la aterrorizaban, y pensar que yo trabajaba para ellos la habría hecho morir de angustia.

Cuando, finalmente, la cocina quedó limpia después de preparar la cena, me dijeron que ya podía irme a casa. Como pago, diez panes. Miré al portero:

—¿Cómo podré volver a casa? Me han recogido en la plaza Chauk, ¡y yo vivo aún más lejos!

El portero habló con el hombre que me había recogido por la mañana, y éste decidió que me acompañarían a mi barrio. Me hizo subir a uno de los camiones que estaban allí aparcados, a punto de

salir a patrullar, y les indicó dónde debían dejarme. Y así fue como todos me vieron llegar rodeada de talibanes que me despidieron cordialmente. Entre los vecinos que se sorprendieron por mis poderosas amistades estaba Bismilá, el propietario del terreno para el que había trabajado hasta el día anterior. Y antes de que cayera la noche, ya había enviado a su hijo a llamar a la puerta de mi casa. Cuando se fue, ya había aceptado sus disculpas, un mejor trato y un mejor jornal, y al día siguiente volví triunfante al campo. Seguro que los talibanes no echarían de menos a un cocinero que era tan poquita cosa, y yo, sin duda, no los añoraría.

Definitivamente, Dios me protegía.

En la cárcel

Sin embargo, el siguiente contacto que tuve con los talibanes no fue agradable.

Algunas veces recordaba a Amín, aquel viejo amigo de mi padre que me caía tan bien. Poco después de aquel viernes que vino a comer tan lleno de malos presagios le perdimos la pista. Y luego la recuperamos por casualidad.

Cuando estuvimos en el campo de refugiados, un día mi madre fue a Jalalabad porque necesitaba a un zapatero. Resultó que el que encontró era un antiguo inspector del gobierno, kabulí como ella y que hablaba darí. Mi madre no había aprendido el pastún, que era la lengua que más se hablaba en el campo y también en Jalalabad, y le apeteció conversar con aquel señor de su ciudad, y sobre los conocidos comunes que pudieron encontrar. Entre ellos, Amín. El zapatero le contó que el amigo de mi padre había combatido allí, en Jalalabad, y que por culpa de una bomba había quedado ciego de un ojo, y la metralla le había producido un agujero en la mejilla. El inspector-zapatero también le informó de que Amín y su familia seguían viviendo en la ciudad, donde trabajaba como mecánico.

Contentísima, mi madre había ido a contárselo a mi padre, pensando que se alegraría de haber reencontrado a su amigo —¡por fin una buena noticia!—, pero él no reaccionó; ni siquiera estábamos seguras de que supiera de quién le hablábamos. Aun así, lo buscamos y al cabo de pocos días nos invitaron a comer a su casa. La comida fue muy triste. Mi padre se sentía incómodo y, como si fuera un niño pequeño, no dejaba de tirar del brazo de mi madre y de decirle que nos fuéramos; ella le contó todo lo que nos había pasado, y Amín lloraba sin lágrimas y torciendo la boca. Ni siquiera los esfuerzos de su mujer, tan dulce como siempre, pudieron suavizar la situación. Nos fuimos en seguida, más desanimados de lo que habíamos entrado.

Cuando regresamos a Kabul, volvimos a perder el contacto, porque no pudimos dejarles ninguna dirección ni ningún teléfono; no teníamos.

Por eso me sorprendió muchísimo que, un día de ramadán, mientras trabajaba en el campo del señor Bismilá, un desconocido se acercara para decirme que Amín estaba en la cárcel, en Kabul, y que necesitaba ayuda. Supuse que me había localizado gracias a mis

primos, que trabajaban vendiendo golosinas en la estación de autobuses y eran fáciles de encontrar. También debían de haber sido ellos quienes le advirtieron que no preguntase por Nadia, sino por Zelmai.

Nunca había estado en la cárcel. Llegué a la hora en que el mulá llamaba a todos los internos a la plegaria del anochecer, y aproveché para rezar yo también. Después, un guardián me preguntó a quién buscaba. «A mi tío, Amín. Es un hombre medio ciego y con un agujero en la mejilla derecha.»

Me acompañaron a la «sala» de visitas: entre los de fuera y los de dentro había una pared baja de barro y, encima, una reja. Como yo era menuda, tenía que subirme un poco para poder ver algo y todo el rato estaba a punto de caer.

Casi no reconocí a Amín cuando lo vi, y él también tardó unos instantes en situarme, porque era la primera vez que me veía disfrazada de chico. Demacrado y con una barba descuidada, Amín me dirigió una mueca que quería ser una sonrisa:

—Estoy contento de verte, Zelmai *jan*.

Mientras se comía a bocados el pan de patata y los dátiles, las comidas típicas del ramadán que le había llevado, me contó que lo habían detenido cuando había ido a Kabul a buscar un pedido.

Lo acusaban de trabajar en su taller con materiales rusos, y si no hacíamos nada, se pudriría allí. Me pidió que fuera a buscar a sus hermanos para que lo sacaran de aquel lugar y que me diera prisa, porque no podría aguantar mucho más.

Al día siguiente le pedí al señor Bismilá que me diera el día libre y un adelanto porque necesitaba ayudar a un amigo de mi padre. Y después fui directamente a coger el autobús que me llevaría de nuevo a Jalalabad, por primera vez después de nuestra estancia en el campo de refugiados.

Cuando llegué a la dirección que me había dado Amín, encontré a su familia celebrando la boda de un sobrino suyo, y a punto de comer. Fui directamente a la sala de los hombres, y no me dejaron decir nada hasta que no me hube hartado de comer. Después pedí hablar con un hermano de Amín, y le conté la situación.

—Ya veíamos que tardaba mucho, pero sólo pensamos que las piezas que había ido a buscar debieron de haberse demorado... —El hombre estaba muy nervioso—. Por favor, no se lo cuentes a nadie, no estropeemos esta boda. Espérate aquí, ahora vengo.

El hermano de Amín, abrigado con un *patú* —la manta que hace de abrigo—, salió a la calle y volvió con malas noticias:

—Han cortado la carretera que va a Kabul. No pueden pasar los

coches particulares ni los autobuses.

—¿Qué voy a hacer? ¡Mi madre no sabe que estoy aquí, he de volver en seguida a casa!

—No te preocupes, se me ocurre una solución.

Hicimos el trayecto acompañados por dos amigos en una furgoneta cargada con coliflores, que me cubrían, y nadie nos impidió el paso. Cuando llegamos a Kabul, nos paramos en el mercado y descargaron las coliflores —ya se me estaban clavando por todo el cuerpo—, y mientras dos de ellos intentaban venderlas, Salim, uno de los amigos, me acompañó a casa.

Mi madre, cuando se recuperó del susto de verme entrar en casa con un desconocido, invitó a los amigos y al hermano de Amín a quedarse mientras estuvieran luchando por su liberación. Fueron unos días de actividad y de abundancia: para compensar nuestra ayuda, aquellos hombres nos llenaron la despensa con carne y otros alimentos que no habíamos visto desde hacía años.

Al cabo de tres días, Salim y compañía tuvieron que volver a Jalalabad a buscar documentos que pudieran servir de ayuda en el juicio, y yo me comprometí a ir a ver a Amín a la cárcel mientras ellos estuvieran fuera, pero sólo pude hacerlo una vez más.

Aquella segunda vez, vi a Amín todavía más hundido. Las condiciones de la cárcel eran muy duras, y él ya no era un hombre fuerte, ni de cuerpo ni de espíritu. Yo intentaba animarlo, encaramada en el murito de las visitas para que pudiéramos vernos, y le contaba anécdotas de cuando era pequeña y él venía a casa y hacíamos aquellas sobremesas que no se acababan nunca. Mientras recordábamos, me pareció oír que se había terminado la hora de las visitas, pero hice caso omiso. Y el segundo aviso fue más contundente: me pegaron con un bastón en los tobillos y me hicieron caer al suelo de golpe. Me enfadé tanto que en cuestión de segundos cogí una piedra muy angulosa, la lancé contra el talibán que me había pegado y me puse a correr hacia la salida.

El hombre, como era de esperar, empezó a insultarme y a maldecir mientras me perseguía, pero, por suerte, en la puerta había muchos familiares de presos que volvían hacia casa y pude mezclarme entre ellos. Ya en la calle, un tendero que me vio correr me hizo señales para que me acercara, y me indicó que podía esconderme detrás de una fotocopiadora. Esperé allí acurrucada un buen rato, con el corazón latiendo desbocado, y tomando conciencia de lo que acababa de hacer. Sin embargo, para el tendero, aquella locura irresponsable —lanzar una piedra contra un talibán armado dentro de una cárcel— fue una acción contra los opresores. El hombre quedó

muy contento al haberme ayudado a escapar, y me fui de allí como un héroe.

Al cabo de unos días, sus amigos y su familia consiguieron sacar a Amín de la cárcel. Lo primero que hicieron fue ir a mi casa para celebrarlo, con dulces y pan que preparó mi madre. Cuando se fueron, nuestra despensa volvía a estar casi tan llena como cuando mi padre y Amín aún reían juntos.

La nueva familia de Samira

La tranquilidad no duró mucho. Unas semanas después, mientras arrancaba malas hierbas, vi cómo una mujer con burka azul se abría paso entre las matas que había junto al huerto. Le costaba avanzar, y por eso tenía que arremangarse un poco la tela, densa y pesada. Cuando estuvo cerca de mí, oí un hilo de voz que me decía: «¡Zelmai, hermano!» Era Samira, la segunda hija del dueño. Le salía esa voz porque la tenía ahogada por el llanto. Sentí el impulso de abrazarla, pero habría sido imperdonable, y muy peligroso, así que, simplemente, le dije:

—¿Nos sentamos?

Nos sentamos en el suelo, una junto a la otra, pero a una distancia prudente, por si alguien nos veía. Ella se levantaba continuamente el «casquete» del burka para secarse las lágrimas.

—Zelmai, pasado mañana me casaré y me iré muy lejos, a Pakistán... Y no conozco a nadie allí. Estaré tan sola...

—Seguro que han buscado a una buena familia para ti, tranquila... Y yo, cuando pueda, iré a verte, ¡te lo prometo!

No podía consolarla. Era muy poco creíble que pudiera visitarla, y no tenía ni idea de cómo serían sus suegros ni el resto de la familia política a la que debería querer y servir a partir de la boda. Intenté distraerla:

—¿Qué te parece si mañana vamos al centro y te compro mi regalo? Podemos ir con tu hermana, Uasimá.

Ella se sorbió los mocos y se enjugó las lágrimas. Me lo tomé como un sí.

Aquel mismo día pedí un adelanto a su padre, y al siguiente nos dieron permiso a las tres para salir a comprar. Si algún talibán nos paraba, diríamos que yo era el hermano de las dos chicas. Después de mirar y remirar en las tiendas, encontramos un vestido de tela roja, brillante y llamativo, que le gustó muchísimo, y se lo compré.

La fiesta se había terminado. Conforme nos acercábamos a la casa de las chicas, se nos iba apagando el buen humor e íbamos quedándonos silenciosas. Yo me sentía tan triste por perder a aquella amiga que fui directamente a mi escondite: el campo de maíz. Las plantas estaban tan altas que quedaba oculta del todo y podía gritar y llorar sin miedo a que me descubrieran, como hacía cuando me sentía

mal. Y la boda de alguien siempre era una mala noticia, sobre todo para las chicas. Ya lo decía mi madre: «Las mujeres mueren dos veces: el día que se casan y el día que dejan este mundo. Y las dos veces van vestidas de blanco.»

Cuando me hube desahogado y salí de entre las plantas, casi choqué con Zarif, un vecino.

—¿Qué tal, Zelmai?

—Bien. Tengo prisa —contesté rápidamente.

—¡Huy, Zelmai! ¡Me parece que te has pasado con el hachís, compañero!

—¿Que me he pasado? ¡Si no he fumado nada!

—¡Vamos, anda, a mí no me engañas, con esta voz tan ronca y con estos ojos tan rojos!

—Te digo que te equivocas. Déjame en paz.

Suerte que Zarif no quiso buscarme las cosquillas. La verdad es que su acusación era creíble. De vez en cuando, unos talibanes del barrio me invitaban a fumar con ellos a cambio de compartir el té que me daba la dueña para desayunar. Yo me ponía muy nerviosa en aquellas reuniones, pero no podía negarme a participar en ellas, y tenía que seguirles la corriente.

Quizá aquellos días de la boda de Samira me habría sentado bien ir un poco colocada, pero no lo hice. El señor Bismilá me hizo responsable de los huertos y del ganado mientras duró la celebración. Eso me ayudó a combatir la tristeza, porque con tanto trabajo apenas tuve tiempo de pensar.

Cabe decir que también hubo otra cosa que me distrajo: Uasimá. La hija menor del señor Bismilá tenía catorce años como yo, y era guapa y alegre. Cuando el trabajo me resultaba pesado, cuando los días eran largos y aburridos, cuando me sentía más atrapada, Uasimá era como un soplo de aire fresco. Casi a diario buscábamos algún momento para charlar, escondidas en el campo de maíz, y hacía que me olvidara de los problemas. Reíamos mucho y conectábamos de una manera especial. Ella estaba abiertamente enamorada de mí, y yo..., supongo que, de algún modo, también. Secretamente hablábamos de cuándo nos casaríamos. Claro está que yo sabía que aquello era imposible, pero era tan tentador imaginar un futuro juntos, una familia feliz, que ante ella prefería olvidar que yo era una chica. Me ponía en la piel de aquel Zelmai que yo había inventado, que había crecido en mí, y la quería honestamente.

La tarde del día de la boda de Samira fui a casa de mis jefes con la excusa de devolver la tetera vacía del desayuno. En realidad, quería ver a la novia y descubrir qué cara tenía su marido. Al entrar, ya oí las

canciones alegres y el sonido del pandero de las mujeres. Y cuando andaba por el pasillo, un brazo tiró de mí con fuerza: era Uasimá. Reprimí un grito cuando vi que se ponía el dedo en los labios para pedirme silencio. De otro tirón —por suerte, en el brazo menos quemado—, me hizo entrar en una habitación vacía y cerró la puerta. En el suelo, sobre la alfombra, había unos manteles pequeños y unos cuantos platos con comida de la boda.

—Uasimá, ¡muchas gracias! Pero me parece que tú deberías estar con los invitados, y yo, con las vacas de tu padre...

—No va a pasar nada si estás cinco minutos aquí, tranquilo. Come.

Uasimá estaba preciosa, como nunca la había visto: llevaba un vestido largo de color turquesa, el pelo recogido y joyas doradas en el cuello y las orejas. También se había maquillado: los párpados de color verde pálido, los labios de color cereza madura. Me miraba con los ojos ardientes, y empecé a sudar.

—Te quiero, Zelmai —me dijo en voz baja.

Casi me atraganté.

—Será mejor que me vaya, Uasimá. Sólo faltaría que nos encontrasen aquí solos...

Discutimos un poco, en voz baja, pero en seguida me di cuenta de que Uasimá había preparado aquella situación hasta el último detalle, y que no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente. La situación era muy excitante, pero no podía olvidar que en cualquier momento podía aparecer alguien. Por eso le di un beso en la mejilla y le dije:

—Uasimá, yo también te quiero, pero he de irme en seguida. No te tocaré hasta que nos casemos.

Uasimá me sonrió y me cogió suavemente la mano.

—Ahora aún te quiero más.

La tensión se había roto. Con gestos hábiles convirtió los manteles en un fardo y me lo dio, para que pudiera acabar de comérmelo en el campo.

Comí en un sitio medio escondido, porque no quería que nadie viera aquel festín e hiciera preguntas. Aún tenía el corazón acelerado, pero me sentía bien. La familia de Uasimá me había dado trabajo y me había acogido. Como decimos en Afganistán, me habían ofrecido «sal y agua», y por eso ofenderlos sería el peor de los pecados. Para el señor Bismilá, Uasimá y yo éramos casi como hermanos. Y a sus ojos así tenía que seguir siendo.

Al cabo de un rato, mi compañero de trabajo de entonces, a quien llamaba *Lalá* («hermano»), me preguntó muy emocionado qué había visto. Yo no había visto a nadie excepto a Uasimá, pero preferí hacer

la comedia:

—¡Buf, buf! ¡Qué mujeres! ¡Parecían ángeles!

—¿No llevaban chador?

—Nada de nada, llevaban el pelo suelto.

—¿Y el cuello?

—¡Se les veía todo, iban bien escotadas!

—Calla, calla, no sigas...

—¡Una chica me ha mirado, me parece que le he gustado!

A mí se me escapaba la risa, pero Lalá estaba muy exaltado y no se dio cuenta:

—Esto no me lo puedo perder.

Lalá trabajó muy duro aquel día. Y por la noche, él tenía que quedarse a vigilar el campo mientras yo tenía que volver a pasar por casa del dueño a hablar con él.

—Zelmai, si me quedo aquí solo, tendré miedo...

—Mira, hagamos una cosa: nos atamos un hilo los dos, y si tienes miedo, tira y yo vendré a buscarte.

Me fui con el hilo atado a la cintura.

Poco después, Lalá apareció en la casa con el hilo hecho un ovillo. Una vez allí, se puso a servir comida a las mujeres, esperando que nadie le dijera nada, pero el señor Bismilá lo sorprendió y le echó una buena bronca. Después me buscaron a mí:

—¡Zelmai! —dijo Bismilá—, dice este chico que tú lo has mandado aquí a servir.

—Eso no es verdad —dije intentando parecer serio—. ¡Lalá, te he dicho que no te movieras del campo!

Cuando Lalá y yo salimos de la casa, nos pusimos a bromear:

—Qué chicas más guapas, ¿eh?

—¡Y qué pechos!

—¡Sí, no veas!

El viaje a Pakistán

Dos meses después de la boda de Samira, empezó el Aid al-kabir, la Fiesta del Sacrificio del Cordero. Son tres días en que se hacen regalos a los niños, la gente se pone sus mejores galas para encontrarse con familiares y amigos, y se sacrifican animales, normalmente corderos, por todas partes. Luego se reparte la carne entre los pobres y la gente más próxima. Es, sin duda, la fiesta preferida para todo el mundo en mi país, lo más parecido a una fiesta mayor o a la Navidad cristiana, pero aquel año yo no estaba contenta y mi jefe tampoco. Fui a su casa y lo encontré solo y marchito delante de la ventana tomando té. En seguida se dio cuenta de mi cara larga:

—Zelmai, ¿por qué estás tan apagado?

—Es que estoy triste porque Samira ya está lejos, tío.

—Sí, chico, yo también la echo de menos. Precisamente estaba pensando en que iré a verla con mi hijo menor, Ahmed.

—Iré con vosotros —dije sin dudarlo.

A mi madre le dije simplemente que no iría a dormir durante dos días y traté de que no me mirara mucho a la cara porque habría descubierto mi excitación. ¡Estaba tan emocionada! Nunca había salido del país —a duras penas había salido de Kabul—, y por fin vería con mis propios ojos la ciudad fronteriza de Peshawar, tan presente para nosotros, donde miles de refugiados vivían como en Afganistán, pero con las libertades pakistaníes... ¡Estaba impaciente por ver a Samira, pero también por escuchar música, ver las tiendas llenas y las mujeres andando con tranquilidad por calles incólumes! Además, quería conocer el camino de salida por si alguna vez decidíamos tomarlo.

La cuestión de la maleta fue fácil: sólo tenía dos conjuntos de ropa, y lo que llevaba aquel día estaba muy sucio y apestaba a plantas y animales. Por lo tanto, sólo podía ponerme el otro. Y como chaqueta, la única opción era mi única cazadora, gris por fuera y amarilla por dentro. Estaba vieja y roñosa, pero no tenía alternativa para protegerme del frío intenso de aquellos días, y también de posibles miradas a mi pecho incipiente.

Y así, ligera, sin equipaje de ningún tipo, me dirigí hacia la estación de autobuses, donde había quedado con el señor Bismilá y su hijo Ahmed, que entonces tenía dos años. Aún no había salido el sol y

la estación era un hervidero de actividad. Ahmed lloriqueaba porque quería un chicle y a mí me daban pena los niños que los vendían, porque eran tan pobres como yo, pero estaban mucho más desesperados, dispuestos a pedir limosna e, incluso, a robar en vez de conservar la dignidad aunque fuera pasando un poco de hambre.

Y en medio del griterío de los vendedores y de los conductores, que anunciaban el destino de sus autobuses, oímos a alguien que llamaba al patrón. Era un chico joven con una mujer cubierta con el burka:

—¡Tío Bismilá! ¡Qué suerte haberlo encontrado! Iba a acompañar a mi madre a Peshawar a ver a mi tía. ¿Por casualidad no van a Peshawar, también? Si ella pudiera ir con usted, me ahorraría el viaje...

Y así, aquella señora, que era parienta lejana de Bismilá, se añadió a nuestro pequeño grupo. Si alguien nos preguntaba algo, aparentaríamos que todos éramos una familia unida como tantas otras. A las seis de la madrugada, el autocar arrancó.

El camino se hizo larguísimo. La carretera estaba en muy mal estado, destrozada por las bombas y, para rematarlo, llovió a cántaros un buen rato. Después de muchos botes sobre el asiento por culpa de los baches, paramos en el pueblo de Surubí, donde había unos cuantos establecimientos precarios en los que se podía comer. Era un lugar curioso, porque los puestos estaban junto a un estanque pequeño rodeado de vegetación, que era como un oasis en medio de montañas peladas y secas.

Decidí no comer. En el bolsillo llevaba poquísimo dinero, y quería guardarlo por si en Peshawar encontraba algo que me hiciera ilusión. Mi jefe quería invitarme, pero yo no quería que me lo pagara todo; así que le dije que no me encontraba bien y que prefería descansar. Intenté distraer el hambre tirando piedrecitas al lago, donde había dos o tres embarcaciones hechas con neumáticos con unos hombres encima que intentaban pescar sin demasiado éxito. Fue como una especie de tortura, porque me llegaba el olor de lo que parecía *kebab*, caldo de carne e incluso el delicioso arroz kabulí, con pistachos, carne y pasas. «Seguro que, cuando lleguemos, Samira me dará algo de comer», pensaba para consolarme.

En la frontera se me pasó el hambre de golpe. El autobús acababa allí el trayecto, y teníamos que andar hasta el lado pakistaní después de enseñar el pasaporte. El problema es que ni la señora ni yo teníamos pasaporte. El señor Bismilá nos miraba con impotencia mientras cruzaba la línea con su hijo. Yo le hice un gesto con la mano para decirle que estuviera tranquilo, pero la cabeza me iba a cien por

hora: ¡tenía que encontrar una solución, no pensaba dar la vuelta entonces, cuando ya estaba tan cerca!

De repente me fijé en los chicos que, con un carro, llevaban los paquetes de los viajeros afganos hacia Pakistán, y viceversa. Y me arriesgué.

—¿Tía, tiene veinte afganis? —la mujer asintió—. Pues vamos.

Acordé con un porteador que me dejaría el carro a cambio de los veinte afganis, y le dije a la señora que se sentara y se sujetase fuerte. Entonces empecé a empujar el carro corriendo y gritando: «¡Emergencia, emergencia! ¡Dejad pasar!» No me detuve ni miré atrás. Simplemente, avancé por el camino de los porteadores confiando en que ningún guardia de fronteras se arriesgaría a dejar desatendido su puesto para detenerme. Tuvimos suerte.

Cuando llegamos, entre las miradas de curiosidad y de aprensión de la gente, el señor Bismilá no podía cerrar la boca de la sorpresa, y la señora nos pidió ir a tomar un poco de agua antes de continuar el viaje, porque se le había secado la garganta de miedo.

A las cinco de la tarde entramos en Peshawar con otro coche de línea. Ahmed se había dormido en el regazo de su padre, con la cara pegajosa por la caña de azúcar que había estado royendo. Yo, en cambio, estaba desveladísima, y no podía dejar de mirar a derecha y a izquierda: ¡Había mujeres sin chador, pósteres de cantantes afganos, puestos de casetes y de películas! Era como un sueño. Abrí la ventanilla todo lo que pude, aguantando el aire frío, para que entrara lo que añoraba desde hacía cinco años: la música en la calle. Estaba loca de alegría, y no podía parar de señalar aquí y allí al señor Bismilá, que también sonreía contento. Empecé a hacer cálculos y a pensar si, con el poco dinero que tenía, podría comprar algún casete y cómo me las arreglaría para entrarlo en Afganistán. Tenía ganas de llevármelo todo. Aquella libertad y aquella abundancia me embriagaban.

Finalmente, nos despedimos de la señora que había hecho el viaje con nosotros y llegamos a casa de Samira mientras ella estaba haciendo la plegaria de la noche. La esperamos un rato, pero después su suegra sólo dejó que entraran a verla su padre y Ahmed. Yo me moría de ganas de abrazarla, pero claro, los padres de su marido desconfiaban porque en mí sólo veían a un chico que no era de la familia. Finalmente, Samira insistió tanto en que habíamos crecido juntos y que yo era como un hermano para ella que accedieron a que nos saludáramos. Sólo un momento y sin ningún tipo de contacto físico, por supuesto, pero yo me sentí feliz. Samira estaba muy guapa, señal de que las cosas no debían de irle del todo mal con su nueva

familia.

Después me hicieron ir a la sala de los hombres y, poco después, empezaron a traer bandejas de humeante comida. Con las emociones se me había olvidado, pero de repente me volvió el hambre acumulada: ¡llevaba más de doce horas sin probar bocado! Me tocó compartir una bandeja con el chico que tenía al lado, cuatro o cinco años mayor que yo. Sufría porque no quería que viera lo sucias que estaban las mangas de mi cazadora, pero no podía quitármela porque me hubieran visto la forma de los pechos; así que intenté comer discretamente —en vez de abalanzarme sobre los montones de carne y arroz, que era lo que me pedía el cuerpo—. Aquel chico, sin embargo, estaba empeñado en que me hartara: «¡No seas tímido! ¡Come, come!» Al final me relajé y disfruté del ambiente alegre y opulento de la casa. Mi compañero de cena, que me presentaron como Maruf, un primo del marido de Samira, anunció, cuando ya estábamos tomando el té y comiendo dulces:

—¡Qué bien que hayáis venido! Mañana, como es el Aid, mataremos una vaca y saldremos a repartir la carne. Así, Zelmai, podrás conocer un poco Peshawar, y sobre todo este barrio, que es cien por cien afgano.

Yo me moría de ganas de ir a pasear y, sobre todo, de escuchar música. En aquella casa no se podía porque el suegro de Samira era un hombre muy religioso y no le gustaba, pero Maruf me dijo al oído: «Cuando mi tío se vaya mañana, ¡ya verás qué casetes tengo!» Decididamente, con aquel chico me entendería.

Cuando las mujeres hubieron retirado la comida, extendimos jergones en el suelo y nos dispusimos a dormir. Aquella noche fuimos siete, y estuvimos muy distraídos, porque los dos hombres más viejos roncaban, y los chicos se reían de ellos. Aquel ambiente distendido me gustó, pero al mismo tiempo me hizo sentir una cierta añoranza porque en mi familia hacía mucho que lo habíamos perdido, y quizá para siempre.

Al día siguiente, poco después de la salida del sol, llegó otro pariente joven, y él, Maruf y yo salimos a dar una vuelta. Los dos chicos habían emigrado a la ciudad cuando eran muy pequeños, y estaban acabando el bachillerato. Eran como de otro mundo, hablando de los estudios y de los compañeros de clase. Yo los escuchaba sólo a medias, porque tenía los cinco sentidos concentrados en aquello que veía a mi alrededor. Todo me parecía familiar, pero lejano: era como el Kabul de cuando era pequeña, con los edificios en pie, las tiendas llenas y mi querida música sonando a todo trapo. No tenía suficientes ojos para mirarlo todo y decidir qué me compraría con los pocos

afganis que llevaba. Finalmente encontré una novela romántica, *Nashmá de Shiraz*, que recordaba haber visto por casa hacía muchos años. Cuando la leía mi tío en voz alta, mi madre se escandalizaba y decía que era inmoral, pero cómo reíamos disimuladamente cuando la protagonista va a bañarse al *hammam* y su enamorado suspira «¡Ojalá fuera jabón!».

Como me daba vergüenza que me vieran con el libro, y seguramente tampoco podría pasarlo por la frontera, busqué algo cortante para hacerme un bolsillo secreto en el forro de la cazadora y así poder esconderlo. Una cuchilla vieja y oxidada que encontré por el suelo cumplió el cometido. Alegre como unas castañuelas, me reencontré con Maruf y el otro chico, que no sabían dónde me había metido.

Pasamos el día disfrutando del Aid, que llenaba de fiesta las calles. Los tenderos hacían su agosto, había una feria con atracciones igual que cuando era pequeña y, como entonces, los niños jugaban con los huevos duros pintados, típicos de aquellos días. Todo eran buenos deseos: «*¡Eid mubarac rusá uanamás qabul!*» («Te felicito el Aid, que Dios acepte tus plegarias y tu ayuno»), se decía todo el mundo con una sonrisa, y daban un par de rupias a sus hijos para que intentaran ganar un coche o un casete en la tómbola, que animaba el ambiente con la música tan alta que parecía que los altavoces fueran a estallar.

Vi cómo la familia de Samira mataba una vaca, toda una demostración de poder económico —pocas familias se podían permitir el sacrificio de un animal tan grande—, y después ayudé a repartir carne entre vecinos, conocidos y desconocidos. Y por la noche volví a participar de una comida pantagruélica con la carne del animal y muchísimos otros platos que hacía años que ni olía.

Aquello era como un sueño, pero no podía quedarme en él: si tardaba mucho más en volver, mi madre sufriría demasiado, así que la mañana del segundo día me despedí de todo el mundo, incluidos Bismilá y Ahmed, que se quedaban unos días más, y me dirigí hacia la parada de autobuses. Me había hecho el propósito de no perderme ningún detalle de las calles por las que pasáramos camino de la frontera, pero, poco tiempo después, el cansancio me venció y me dormí.

Me desperté cuando llegamos a las puertas de Torkham, ciudad fronteriza que era un batiburrillo de gente circulando entre taxis, minibuses y tiendecitas dedicadas a abastecer de cualquier cosa que pudiera necesitar un viajero. Y detrás de esto, la imagen de bienvenida al país era la de los talibanes registrando el equipaje de la gente y destruyendo minuciosamente aquello que les parecía inmoral. Un

elemento que no faltaba nunca era la música: casete que encontraban, casete al que le sacaban la cinta para inutilizarlo.

Aquellos líos de cintas ondeando al viento se habían convertido, tanto como sus banderas blancas, en un símbolo de los controles talibanes en cualquier punto del país. Y yo, siempre que tenía ocasión, los cogía. Cintas mezcladas, carcasas rotas..., me las ponía en el bolsillo rápidamente, y ya en casa las sometía a una cirugía minuciosa para salvar lo que pudiera. Con el esmalte de uñas barato de mis hermanas pegaba los centímetros de cinta que me parecían en mejor estado, y la enroscaba con paciencia en algún casete que todavía estuviera más o menos entero. Después lo ponía en mi viejo aparato Toshiba de segunda mano —o de tercera, o de cuarta— y apretaba el botón de *play* con emoción. El resultado era, invariablemente, una colección de melodías que se interrumpían en cualquier momento, mezclas de canciones románticas y ritmos estridentes para mover la cintura, aderezadas con «crecs» y «crocs» cuando el lector del aparato pasaba por encima de los pegotes de esmalte rojo y que a menudo me obligaban a hacerlo avanzar con el dedo, pero era música, y la música era libertad.

Éramos una legión en Kabul los que estábamos dispuestos a casi todo para escuchar música. De hecho, aquel Toshiba destartalado lo había comprado en un mercado clandestino, pero muy conocido en la ciudad, de aparatos de música y casetes de segunda mano. Como la mayoría de los aparatos provenían de los controles de los talibanes, necesitaban unas cuantas reparaciones para volver a ponerlos en circulación. La mayoría tenían arena por todas partes, porque mucha gente los había enterrado para esconderlos, y se tenía que sacar a conciencia. Y, a falta de piezas de recambio, se había impuesto la imaginación: si un aparato funcionaba, pero tenía parte de la estructura rota, se cubría con una funda de tela de colores hecha a medida. Así, por el mismo precio, teníamos radiocasetes personalizados. «Tuneados», podríamos llamarlos.

Yo tuve suerte aquel día que volvía de Pakistán. No me descubrieron la novela romántica que había escondido en la cazadora, y además pude reunir unos cuantos casetes aprovechables. Mientras esperaba la llegada del bus que me tenía que llevar a casa, oí cómo se rompía algo cerca de mí, y cómo una mujer se lamentaba hasta que el hombre que la acompañaba la alejó rápidamente, cogida por el brazo. Lo que se acababa de romper era una botella de aceite aromático. Sin pensarlo dos veces, empecé a ponérmelo por todas partes, casi me revolqué sobre la mancha que había quedado en el suelo. Me hacía mucha ilusión porque nunca me había perfumado, y además pensé

que así podría disimular la peste a sudor. Pero en seguida me di cuenta de que había sido una mala idea. En primer lugar, porque el aceite atrajo el polvo, y en seguida estuve mucho más sucia de lo que ya lo estaba. Y en segundo lugar, porque, cuando subí al autobús, alguien exclamó: «¡Qué olor más fuerte de perfume de mujer!» Mi pesadilla: alguien podría atar cabos y descubrirme.

Cuando el autobús hizo una parada, busqué una fuente e intenté lavarme, pero no había manera: el aceite repelía el agua con tozudez y la cosa no mejoraba en absoluto. La única solución era comprar alguna prenda de ropa para cambiarme. Por eso decidí bajar en Jalalabad, que conocía bien después del tiempo que pasamos en el campo de refugiados, y sabía dónde podía encontrar ropa de segunda mano a buen precio. No fue fácil: el conductor del autobús insistía en que tenía que pagar igualmente el trayecto hasta Kabul, y yo sólo quería pagar lo que costaba llegar hasta allí. Al final, dejé el dinero de la mitad del billete y salí corriendo. ¿Por qué no había nada que me resultase fácil?

Para tranquilizarme y recuperar el buen humor, fui a buscar las calles donde estaban los vendedores de animales vivos. Me quedé encantada mirando los loros que hablaban dentro de las jaulas: «¡Salaam! ¡Salaam! ¡Tienes la nariz grande!», y sin darme cuenta, se me hizo tarde. Tenía que comprar ropa y buscar un autobús que me llevara a casa rápidamente.

Al final, hice el trayecto cuando ya había oscurecido, y de una forma muy peligrosa: para ahorrarme el dinero del billete normal, le pedí al conductor que me dejara ir en el techo del autobús. Primero se negó, porque dijo que era demasiado arriesgado, pero finalmente accedió.

Llegamos a Kabul entrada la noche, y a mí me costó recuperarme del frío y del miedo que había pasado, tanto rato aferrada resistiendo las sacudidas que en cualquier momento podían enviarme a la cuneta. A la hora que era, ya no funcionaban los autobuses, y no quería gastarme dinero en un taxi para volver a casa, de manera que me puse a correr. Los zapatos, de goma, se pegaban al barro, pero no quería detenerme. Y ya cerca de casa, empezaron a seguirme y a ladrar los perros de los campos próximos. Les tiré piedras, como me había aconsejado mi madre muchas veces, y me dejaron en paz.

Cuando llegué a casa, mi madre salió con una lámpara de aceite y me vio: sucísima, sudada, reventada. Poco después, algo más limpia, tras lavarme con el agua de fregar los platos —que se reutilizaba una y otra vez—, expliqué mi aventura a mi madre. La alegría, los banquetes y la abundancia de Peshawar ya me parecían ciencia

ficción.

A pesar del cansancio, me puse a arreglar las cintas, el testimonio de mi primer viaje al extranjero.

Mulá Zelmai

Algunos ruidos de mi infancia se incrustaron en mis pesadillas. Como el que hacían las bombas silbando y explotando después, de día y de noche, por todas partes, durante la guerra civil. Cuando las oía, sentía como una punzada que me recorría el cuerpo y me lo llenaba de un terror eléctrico y paralizante. Y después, en la época de paz de los talibanes, se me añadió otro sonido terrorífico: el de los chillidos de los condenados por robo, cuando los talibanes les cortaban las manos. Lo hacían en plazas o en antiguos campos de deportes, después de una ceremonia que representaba un juicio. Como este espectáculo lo hacían para aleccionar, si les faltaba público iban a capturarlo, y alguna vez me habían obligado a ir a contemplarlo. Los talibanes salían como perros buscando presas, y si tenías la mala suerte de pasar cerca de allí los viernes después de la plegaria de la tarde, te forzaban a seguirlos. Con un bastón nos amenazaban para que no tuviéramos la tentación de escaparnos, como si fuésemos corderos y nos llevaran al matadero. En aquel momento mutilaban a otro, pero cualquier otro día podía tocarnos a nosotros. El corazón me latía con fuerza y desviaba la mirada cuando llevaban a aquellos pobres desgraciados al centro de la plaza, con las piernas flaqueando, blancos de miedo y pidiendo clemencia. Pero los talibanes, que se definían como ejército de Dios, aplicaban felices y convencidos el ojo por ojo. Y después de recitar fragmentos del Corán, y la sentencia dictada por un tribunal religioso-militar, unos médicos encapuchados les cortaban las manos con largos cuchillos afilados. Pocos días después, mientras circulaba en bicicleta por la ciudad, veía aquellas manos, ya ennegrecidas, colgadas de cables eléctricos para que no olvidáramos nunca qué nos pasaría si nos atrevíamos a desafiar las leyes. Ver aquellos restos medio podridos me hacía estremecer, porque podía imaginar muy bien cómo estarían sufriendo aquellos hombres. Aceleraba todo lo que podía, pero parecía que los chillidos me perseguían.

Estaba muy enfadada con Dios. ¿Cómo podía ser que Alá, que era una parte tan importante de nuestra vida, promoviera tantas injusticias y crueldades? Si era cierto que los talibanes seguían la ley divina, yo quería desapuntarme.

Pero, por supuesto, eso era impensable, y más aún en aquella época. Todos los chicos estábamos obligados a asistir a clases de

religión en la mezquita, que entonces era lo más parecido que había a una escuela. La mayoría salió tal y como habían entrado —como máximo habían aprendido a leer un poco el Corán, sin entenderlo ni hacerse ninguna pregunta—, pero yo tenía ganas de aprender y quería dar un paso más.

El primer día de clase pensé que no lo lograría. Cuando entré, vi a muchos niños, divididos en tres grupos según la edad (al menos unos eran más altos que otros) y sentados ordenadamente. Todos tenían el Corán delante y balanceaban el cuerpo rítmicamente mientras leían. El efecto general era de un zumbido constante. Aquello parecía una colmena llena de abejas obedientes, con el mulá sentado en el suelo delante de todos, como si fuera la abeja reina.

Yo no sabía nada. Mi madre era una mujer muy creyente, pero no había tenido tiempo de enseñarme muchas cosas. Además, se suponía que yo era un chico, y ése era un territorio que ella no podía pisar. Así pues, no tenía más remedio que pedir ayuda al mulá si quería aprender a ser un buen musulmán. Lo observé durante unos días para armarme de valor e intentar averiguar si era un hombre accesible. Estudié sus gestos, su aspecto. Era viejo, llevaba una barba blanca larguísima y siempre iba vestido completamente de blanco. No vi que riñera ni pegara a nadie, era de pocas palabras y parecía afable. Finalmente me atreví a acercarme, aunque sólo acostumbraban a hacerle consultas los mayores.

Tenía los ojos cerrados, como si durmiera, de modo que tímidamente le dije:

—Se...señor mulá, por favor, querría hacerle una pregunta. ¿Qué plegarias he de decir mientras me lavo?

Cuando abrió los ojos, me sorprendieron porque se le veían relucientes, aunque no se los pintaba de negro como hacían muchos religiosos. Me sonrió con calidez, y el rostro le resplandeció. Me di cuenta de que había tenido suerte. Era un hombre conservador, pero no dogmático, era sabio y bondadoso, y ante mis preguntas, seguramente impropias para un chico de mi edad, en vez de enfadarse —como yo me temía—, se mostró contento de hacerme de maestro. Pacientemente, me enseñó las prácticas, y me corrigió mientras yo aprendía a leer las suras del Corán. También me tradujo muchos trozos del árabe a mi lengua, el darí, y así hice mi gran descubrimiento: como ya sospechaba, Dios no manda pegar a las mujeres en la calle si no van acompañadas, no prohíbe jugar con cometas, no está en contra de que la gente ría o cante, ni está a favor de la violencia... Me convencí de que quien decía eso era porque era un ignorante o una mala persona.

Hice las paces con Dios.

El estudio del Corán me gustaba mucho, y no había día que no fuera a la mezquita, antes del alba, para hablar un rato con el mulá. Me convertí en una persona de su confianza. Tanto, que su ayudante tenía celos de mí. Creía que me quedaría con sus privilegios: tener un sitio donde dormir y poder quedarse la comida que la gente llevaba a la mezquita. Me costó convencerlo de que no tenía ningún interés en ocupar su puesto. Yo sólo quería aprender, impregnarme de la voz bonita y grave del viejo mulá que me daba esperanza...

Un día que salí a comprar comida, oí una voz de niño que gritaba:

—¡Mulá Zelmai, mulá Zelmai!

«¡Qué curioso! —pensé—. No conozco a este mulá que se llama como yo.» Antes de que tuviera tiempo de volverme para ver quién gritaba, sentí que una mano me cogía por el hombro y hacía que me detuviera. Era el hijo del tendero que me acababa de vender las lentejas de la cena:

—Mulá Zelmai, te has dejado el cambio —me dijo mientras me daba unas monedas.

—G...gracias, chico —balbuceé, cogiéndolas.

¿Mulá? ¿Yo? Al día siguiente se lo expliqué, risueño, a mi mulá, pero él no rió.

—Todo el mundo sabe que eres una persona muy religiosa y que me fío de ti. Además, sabes más cosas del Corán que la mayoría, Zelmai. ¿Por qué no me echas una mano hoy? Me gustaría que te quedaras a mi lado mientras dirijo la plegaria de la mañana. Me duelen las rodillas y no creo que pueda hacer todos los movimientos. Hazlos tú por mí.

Cumplí tan bien como pude el encargo que me había hecho. Para mí era muy emocionante encontrarme delante de todos los hombres, y al lado del mulá, y quería que él estuviera contento conmigo. Mientras duró la plegaria, me esforcé para mantener una cara muy solemne.

Más adelante, incluso llegué a tener la llave de la mezquita. Sin embargo, un día, esta confianza tuvo consecuencias indeseables. Mientras estaba en la mezquita leyendo el Corán que me había comprado para mí sola, vi que dos talibanes se acercaban al mulá. Sin alzar los ojos del libro, y sin dejar de murmurar, agucé el oído.

—Mulá, ¿ya has hecho la lista de los hombres del barrio?

—Sí, la tengo aquí.

—Pues, vamos, dile a tu ayudante que los haga entrar a todos en la mezquita para la plegaria de la mañana.

—Mi ayudante tiene más de noventa años, no creo en absoluto que pueda perseguir a nadie...

—Pero tienes estudiantes, ¿verdad?

—Sí que los tengo. —El mulá respondía con una parsimonia inusual, como si quisiera alargar el momento o, directamente, ponerlos nerviosos.

—Pues llama a algunos, ¡venga!

—De acuerdo...

—...

—¡Zelmai! ¡Hawad! ¡Siddig!

Levanté la vista, fingiendo sorpresa. Los tres me miraban a mí y a los otros chicos.

—¡Venid!

Puse un punto en el libro y me levanté del suelo. Cuando me acerqué a ellos, uno de los talibanes me puso una vara en la mano, y les dio otras a los demás.

—Id a buscar a los hombres y los chicos del barrio, y a los que se nieguen a seguiros, les arreáis un buen golpe en los muslos. Nosotros iremos detrás, para que nadie se atreva a plantaros cara.

Miré al mulá buscando su aprobación, y vi que tenía la mirada baja, como si no se sintiera cómodo con el encargo.

—De acuerdo.

Así fue como me encontré haciendo de policía religiosa ocasional. Con la vara en la mano, con una misión tan santa, pude notar la sensación embriagadora de ser un Trabajador Oficial de Dios, del Bien... y también de la autoridad. Durante un rato no me daban miedo los talibanes, y la gente no se atrevía a despreciarme por ser pobre y tener la cara desfigurada. Quería creer que lo que hacía estaba bien, y por encima de todo, me gustaba sentir el respeto de todo el mundo. Por una vez no era yo el que tenía miedo. Incluso me permití vengarme, con un buen golpe de vara, de algunos chicos que se habían reído de mí. Y empecé a volverme sin vergüenza cuando alguien me llamaba «mulá Zelmai».

Claro está que eso no era lo que yo amaba de Alá. Había buscado al Dios de paz, de amor y de justicia, y me había dejado seducir por aquello que lo estropeaba. Formaba parte de los que lo imponían a garrotazos. Los musulmanes vanidosos, autoritarios y violentos. No quería verlo, pero volvía a estar perdida.

En aquella ocasión fue el hermano de mi jefe, el señor Khalil, quien me abrió una puerta. Khalil formaba parte de una hermandad sufí, una rama mística del islam muy antigua que, aunque no era muy del agrado de los talibanes —puesto que escapaban de su control y

buscan el contacto directo con Dios—, la toleraban porque no podían negar su pureza religiosa.

Amid, el hijo de mi jefe, de vez en cuando me explicaba cosas de la comunidad de su tío, y nos reíamos los dos de aquellas prácticas tan extrañas. Amid imitaba los sonidos guturales que hacían en sus ceremonias:

—¡Gnnn! ¡Gnnn! ¡Gnnn! ¡Parece que se atraganten!

Amid no me gustaba, pero en aquel caso estaba de acuerdo con él, y desconfiaba de aquellos hombres que dedicaban horas y horas a hacer cosas tan raras.

Una madrugada, el mismo señor Khalil me habló de su hermandad. Era verano, y me había contratado para vigilar la inmensa montaña de trigo que acababan de segar. Quería evitar robos y, por eso, necesitaba a alguien que montara guardia en el campo toda la noche. Hacerlo era muy peligroso, porque la chispa más pequeña podía encender la montaña de trigo en un momento y, aunque pagara generosamente, no había ningún voluntario para hacer el trabajo. En esos casos, ya sabía que podía contar conmigo: yo aceptaba todos los encargos, sin importarme el riesgo o las horas de insomnio. Tenía que llevar comida a casa, eso era lo único que contaba, y con lo que me pagaba al mes no tenía ni para empezar. La vida se había encarecido mucho desde que se había terminado la guerra, y yo necesitaba el sobresueldo de esos encargos especiales, que cobraba en especie: un saco de trigo, una lata de aceite, o un paquete de azúcar o un poco de carne seca del cordero o la ternera que habían matado en invierno. Y menos mal que en aquella época no teníamos invitados en casa, porque habríamos debido quitarnos de la boca lo poco que teníamos para sobrevivir.

Aquella noche era tranquila, y de no haber sido por el cansancio, incluso habría estado contenta: era agradable estar al aire libre en aquellas horas en que la tierra empezaba a reponerse de los efectos del sol achicharrante. No hacía ni frío ni calor, y me entretenía mirando las estrellas en el cielo despejado de principios de julio. Entonces vi que se acercaba el señor Khalil, y me puse en guardia. ¿Qué quería a aquellas horas? En décimas de segundo hice un repaso mental de todas las razones desagradables que podía tener para dejar a la familia en casa y venir a verme en plena noche: que había descubierto que era una chica y quería amenazarme; que le gustaban los chicos y quería abusar de mí... Estaba tan nerviosa que, después de saludarlo tan correctamente como pude, le pedí que me excusara porque tenía que rezar.

Con las manos temblonas, extendí el *patú* en el suelo, a unos

metros de Khalil, y me puse a rezar. De hecho, puse el piloto automático porque necesitaba pensar. ¿Qué quería aquel hombre? ¿Qué podía hacer si me atacaba o me descubría?

Pero sus intenciones nada tenían que ver con mis temores.

—Zelmai, eres un chico muy especial. Me has contado que eres el menor de cuatro hermanos, y aun así trabajas mucho para tu familia. Eres realmente una persona muy religiosa, que rezas y observas el ramadán sin que nadie tenga que obligarte. Incluso veo que, mientras ayunas, trabajas horas y horas y eres capaz de pasarte noches sin dormir...

Yo escuchaba... ¿Adónde quería ir a parar?

—He hablado de ti al maestro de mi hermandad, la *tariqa*. Le he contado lo que haces, y me ha dicho que le gustaría conocerte, porque cree que eres un niño tocado por Dios, un *baraqat*. Por eso puedes comer y dormir poco y trabajar mucho. Haces cosas milagrosas gracias a Dios.

Me di cuenta de que Khalil me miraba con veneración.

—Ve un día a la *tariqa*, por favor. Y si alguna vez necesitas algo, no tienes más que pedírmelo.

—No, no necesito nada —dije, con mi tono arisco habitual.

—Por supuesto, seguro que no necesitas nada de mí porque Dios te protege, pero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras. Yo no tengo hijos...

El señor Khalil se echó a llorar, emocionado. Yo también empecé a llorar. Él me miró, pensando que me había conmovido, pero no: yo no creía que fuera ningún santo ni ningún mago. Yo sólo era una chiquilla de catorce años que tenía unas ganas terribles, casi dolorosas, de dormir.

La casa de las velas

Desde aquel día, el señor Khalil empezó a saludarme siempre con una cierta deferencia, de tal modo que parecía que compartiéramos un secreto. Eso provocaba la curiosidad de mis compañeros en el campo, y una gran incomodidad por mi parte. No quería, en absoluto, llamar la atención; no me gustaba que me tomara por una especie de santo; y en ningún momento me planteé ir a conocer a su maestro de la *tariqa*. Pero mi destino era acabar yendo, porque poco tiempo después, saliendo de la mezquita, reencontré a un antiguo compañero de trabajo, que se puso muy contento de verme y, tras hablar unos minutos, me invitó a participar un día en la reunión de su *tariqa*. Después de comprobar que, a pesar de compartir filosofía, no era el mismo grupo que el de Khalil, acepté la invitación.

El viernes por la mañana fui a la dirección que me indicó mi amigo: una casa del centro, hecha de barro al estilo tradicional, que aparentemente había resistido intacta a la guerra. Llamé a la puerta y me abrió un hombre muy, muy arrugado al que no le quedaban muchos dientes.

—Buenos días, señor. Soy un amigo de Massud, Zelmai.

—Bienvenido, Zelmai. Entra, por favor.

El hombre, tocándome levemente el hombro con su mano huesuda, me guió por lo que debían de ser las habitaciones de su casa —una casa sencilla— hasta una sala con la puerta cerrada. La abrió y me hizo un gesto para que lo precediera. Al instante, los ojos se me empequeñecieron para poder ver algo en aquella habitación medio en penumbra, gracias a las cortinas rojas, bastante opacas, que cubrían las ventanas. Cuando la vista se me acostumbró, comprobé que era una sala no muy grande, con las vigas de madera visibles en el techo, y el suelo cubierto de alfombras que, mucho tiempo atrás, debieron de ser bonitas. En las paredes había pósteres con fragmentos de textos religiosos y, distribuidas estratégicamente, distinguí cuatro o cinco velas —la única fuente de luz artificial que vi—, que habían goteado sobre los restos de muchas otras velas fundidas. Quizá aún estaban blandas, porque hacía poco rato que había salido el sol, y en la sala se conservaba el olor dulce de la cera. Me encantaba mojar los dedos en la cera cuando aún estaba tibia, pero no tuve tiempo ni de pensar en hacerlo, porque en cuanto entré, los cuatro hombres que estaban

sentados en el suelo se levantaron para saludarme con una sonrisa en los labios. Yo sólo conocía a Massud, el más joven del grupo, pero también los otros me acogieron tan afectuosamente como si nos conociéramos de toda la vida. Uno a uno, me cogieron las manos entre las suyas, me dieron la bienvenida y agradecieron que los acompañara. A mí, que estaba acostumbrada al estilo rudo del campo, aquella calidez me llegó al corazón. Era como si hubiera entrado en otro mundo, y en seguida supe que me sentiría muy a gusto. Me daba vergüenza recordar cómo nos reíamos con Amid de las *tariqas*, diciendo que eran una guarida de locos. Nunca me había sentido tan bien nada más entrar en un lugar.

Después de presentarme, me invitaron a sentarme entre ellos, en corro. En silencio, escuché cómo explicaban las sensaciones y las visiones que habían tenido durante los rezos de la noche. Estaban juntos desde medianoche, cuando habían empezado a recitar sus plegarias rítmicamente, sin detenerse, como una especie de mantra budista, y eso los había llevado, al cabo de un rato, a un estado mental que favorecía vivencias y sueños muy especiales. Al amanecer, y después de un desayuno para recuperar fuerzas, cuando yo llegué, era el momento de contar sus experiencias: uno decía que había visto a un hombre vestido de blanco que se acercaba a él e irradiaba paz, otro estaba conmocionado porque se había visto a sí mismo sangrando... El maestro de la comunidad —el hombre que me había abierto la puerta — interpretaba el significado de cada sueño. Algunos contaban cosas realmente chocantes, pero nadie se reía: todos escuchaban a los demás, y especialmente al maestro, con gran respeto, y tras sus comentarios, parecían quedarse tranquilos.

Yo también quería vivir una experiencia tan intensa, quería sentir que formaba parte de todo aquello al menos por una vez, y le pregunté al maestro si me dejaría ir el próximo jueves por la noche. Él me explicó que normalmente los niños iban acompañados del padre o de un abuelo, y en cualquier caso no era conveniente que pasaran la noche entera rezando, como los demás. Me recomendó que aquel día fuera a dormir muy temprano, y que me presentara a la reunión a las cuatro o las cinco de la madrugada.

Dejemos hablar al corazón

Mi madre se sobresaltó cuando oyó que me levantaba a las dos y media. Con una rápida caricia tranquilizó a mi hermana pequeña, que también había abierto un ojo.

—Mamá..., mamá, no pasa nada, tranquila —le susurré—. Hoy he de ir a trabajar más temprano, pero volveré a la hora de siempre.

—Pero...

No quería contarle adónde iba porque temía que no lo aprobara. Yo misma tenía algunas dudas, porque, aunque me habían parecido buenas personas, esas prácticas aún me resultaban extrañas. El sufismo es un movimiento muy antiguo, pero lo suficientemente heterodoxo para asustar a quienes, como yo, habíamos crecido en un mundo dividido entre el bien y el mal, el religioso y el infiel, el orden y el caos. Todo era blanco o negro, y teníamos miedo de todo lo que ponía en duda esos límites tan claros. Podía ser pecado o delito —en aquellos momentos, se confundían, y no sabíamos dónde empezaba una cosa y acababa la otra—, e igualmente teníamos miedo del castigo divino o humano, que también a menudo venía a ser lo mismo. El viernes pasado, había oído hablar de comunicarse con Dios sin intermediarios, de vivirlo con intensidad, de paz y de amor. No oí hablar de obligaciones ni de textos para memorizar, ni vi varas ni ojos furiosos. Era una propuesta para vivir la trascendencia con libertad, dos palabras que me cosquilleaban el estómago: cosquilleo de emoción y de vértigo al mismo tiempo.

Completamente desiertas a aquellas horas tan tempranas, las calles destruidas de Kabul resultaban absolutamente fantasmagóricas a las cuatro de la madrugada. Pero yo ya estaba acostumbrada a la desolación, y aquel día sólo tenía una cosa en la cabeza: estaba a punto de vivir una experiencia que quizá me cambiaría la vida. Necesitaba volver a encontrar la armonía con el mundo, conmigo misma. Tenía asuntos pendientes con Dios, y quién sabe si aquella *tariqa* me ayudaría a resolverlos.

Me abrió la puerta el maestro, como la semana anterior. Aquella vez me sonrió, pero no me dijo nada mientras entrábamos. Conforme nos acercábamos a la sala, oíamos el sonido grave y rítmico de los hombres rezando. Un sonido bajo, gutural, que me impresionó. En la sala de la reunión, el aire era denso, cargado, y tuve la sensación de

entrar en un lugar antiquísimo. El grupo se sentaba en el suelo y recitaba, sin parar, aquel extraño mantra con los ojos cerrados. Con cada «mmm» movían el vientre y la cabeza hacia adelante, soltando el aire por la nariz con fuerza. Al pasar cerca de ellos, fui con mucho cuidado por miedo a despertarlos. Parecían estar muy lejos, perdidos en su interior.

El maestro me hizo una señal para que lo siguiera hasta un rincón. Nos sentamos uno frente a otro, con ademán grave. Al cabo de unos dos minutos, oí:

—Zelmai, gracias por haber venido. ¿Por qué has vuelto? ¿Qué buscas?

—Quiero estar más cerca de Dios.

—Esto es muy difícil de conseguir, no creo que puedas hacerlo.

—Sí, seguro que podré.

—Zelmai, es muy, muy difícil.

—Lo conseguiré.

—Yo no soy nadie. Sólo puedo contarte mi experiencia. Dime qué quieres.

—¡Quiero ser bueno! Quiero dejar de sentir rabia y de tratar mal a los demás. De gritar y de prohibírselo todo a mis hermanas, de hacer sufrir a mi madre, de querer hacer daño a todo el mundo.

—Concéntrate, cierra los ojos. Puedes conectar con Dios y pedirle lo que quieres. Dios está contigo, y en todas partes.

El maestro me explicó que, para llegar a un estado de comunión con Dios, había que repetir todo el rato lo mismo: «Dios es único, Dios es único, Dios es único...»

—Pero no se dice con la boca, sino con el corazón. Por eso no se oyen palabras, sino este sonido que sale de dentro.

Aquella repetición incesante, según él, hacía que nos liberáramos durante un rato del mundo material y de las preocupaciones mundanas y pudiéramos ir más lejos, en un plano espiritual. Justo lo que yo necesitaba.

Primero me costó concentrarme. Tenía miedo de no hacerlo bien y de perder el ritmo, pero al cabo de un rato, el recitado empezó a salir solo, y en algún momento dejé de pensar. Fue como si entrara en un sueño ligero: oía el sonido de los demás, que me acompañaba, y el mío, pero me olvidé de su presencia y, en cierto modo, también de la mía, y sentí lo que debía de ser mi alma flotando suavemente. Aquel murmullo, hipnótico, tranquilizador, funcionaba.

Al día siguiente por la mañana, al salir de aquella casa de barro que las bombas habían respetado, sentí que estaba en paz.

Los noventa y nueve nombres de Dios

Fuera, sin embargo, el mundo seguía siendo igual de hostil. Y aquella placidez se me acabó rápidamente. Desanimada, la semana siguiente fui a hablar con el maestro.

—Soy malo, maestro. La gente no me entiende, me tratan mal y, cuando me hacen daño, no puedo controlarme y los ataco con amenazas, insultos o piedras...

—Dios no nos permite hacer daño a nadie. Has de responder siempre bien. Y cuando sientas que te hierve la sangre, recuerda que es culpa del demonio. Piensa en Dios y detente antes de herir a alguien. Te ayudará repetir uno de los nombres de Dios.

Según el islam, Dios tiene noventa y nueve nombres. Cada uno es un atributo: el Clemente, el Misericordioso, el Pacificador, el Indulgente, el Justo, el Sabio, el Amoroso... El consejo del maestro fue que escogiera el nombre que más se adecuara a cada situación difícil y que lo dijera con convicción, para que Dios me diera la fuerza que necesitara:

—Zelmai, si sufres porque eres muy pobre, no dejes que el demonio te haga envidiar lo que tienen los demás. Piensa en Al-ganí, *el Rico*, y te sentirás mejor. Cuando te sientas débil, piensa en Al-qabí, *el Fuerte*. Y si crees que los demás actúan con egoísmo, pronuncia Arrahmon, *el Generoso*.

Me hice una armadura con todos aquellos nombres. Como si fueran jarabes, los tomaba cuando sentía que me crecía la rabia, la tristeza, la impotencia... Si alguien me despreciaba, escogía uno de los frascos rápidamente y tomaba el primer trago con furia, con desespero, para parar el golpe. Pasado el primer momento, dejaba que la palabra se me fundiera en la boca, una y otra vez, hasta que los malos sentimientos se disipaban.

Después de aquel primer maestro tuve otros en otras comunidades no tan místicas. Lo que tenían en común era que se trataban de sitios donde todo el mundo era bienvenido y respetado, en los que se creía en un Dios amoroso que propugnaba la paz. Conocí a hombres sabios y me sentí aceptada, aunque muchos de los que iban eran personas acomodadas, y yo vestía como un chico pobre del campo.

Y de vez en cuando me permitía olvidar mis inquietudes religiosas y mis responsabilidades como jefe de mi familia y hacía lo que me pedía el cuerpo: cosas de adolescente. Y aprovechaba el viernes para jugar con las palomas que había en casa, o salir a pasear con mis amigos y contarnos chistes. Incluso algunos días jugábamos con las cometas, aprovechando que los mulás que controlaban el barrio eran permisivos con esto. Como a algunos de sus hijos también les gustaba mucho y estábamos lejos del centro... Nada que ver con aquellos combates de cuando éramos pequeños, con cometas sofisticadas, la expectación de todo el vecindario y la gloria del vencedor, pero eran cometas, y nosotros éramos jóvenes.

Al-gafur, *el que lo perdona todo*.

«4 kilos de yogur»

«4 kilos de yogur.» Ésta fue la primera frase que escribí y una de las cosas que más feliz me ha hecho en la vida. Sé que lo más normal habría sido estrenarme con vocabulario familiar, como «mamá», «papá» o, incluso, mi nombre, que es lo que hacen los niños pequeños cuando empiezan a formar palabras, pero es que yo ya no era pequeña. Tenía quince años cumplidos, y bajo el habitual montón de ropa, mi cuerpo ya era el de una mujer.

En Afganistán, tres cuartas partes de la población es analfabeta. Y de esta mayoría abrumadora formaba parte mi madre, que nunca aprendió a leer ni a escribir. Convivía con los libros de mi padre de la misma manera que con los jarrones que teníamos para decorar los estantes; eran objetos que no le despertaban curiosidad alguna. Mi madre también formaba parte de la gran mayoría de personas que pensaban que, para una mujer, los estudios no sirven de nada. Creen que, total, en Afganistán, las mujeres no salen de casa ni tan siquiera para ir a comprar, que es una tarea tradicionalmente masculina y, por lo tanto, no necesitan leer los carteles, ni comparar precios ni, por supuesto, necesitan aprender un oficio porque nunca trabajarán fuera de casa. Para cocinar, lavar y criar a los hijos, las enseñanzas de las madres, hermanas y suegras bastan. Y el resto de cualidades de una mujer —ser sumisa y complaciente con el esposo, eficiente para la familia e invisible para el resto del mundo— tampoco requieren obtener ningún título. Como dice mi madre, «hay que aceptar que si dicen que la leche es negra, es negra».

En casa estaba muy claro que Zelmai tenía que formarse, y mi padre era exigente con él y dedicaba todos los esfuerzos necesarios para empujarlo a vencer la pereza. A mí me llevaron a la escuela un poco por inercia, porque iba mi hermano, pero le saqué mucho provecho. Incluso mi madre, durante el curso, se animó con mi entusiasmo e intentaba echarme una mano, aunque fuera más voluntariosa que acertada y provocó las burlas de mi padre.

Duró poco aquella etapa escolar, truncada por la guerra, pero fue suficiente para descubrir que me encantaba aprender y que lo hacía con facilidad. Y conforme me fui haciendo mayor, entendí que estudiar, además de un placer, era una necesidad. Como chico que era, y sobre todo como mujer libre que quería ser, tenía que formarme a

cualquier precio. Y llegar hasta la universidad, si podía ser. Recordaba a menudo que mi padre siempre decía que la ignorancia de los hombres era la base de la maldad y de las guerras. Y yo añadía: también de la marginación y el engaño.

Sin embargo, durante muchos años, la escuela estuvo fuera de mi alcance. Y cuando veía a gente que escribía, que tenía bolígrafos y papeles, se ganaban mi respeto instantáneamente. ¡Qué suerte tenían de saber tanto! Me sentía ignorante incluso ante la media docena de chiquillos que se reunían en el campo para jugar cuando salían de la madraza, la escuela religiosa, que era la única que permitían los talibanes. Me llamaban «Comandante», y yo procuraba demostrar autoridad ante ellos, pero sentía una envidia inmensa porque ellos podían estudiar, aunque fuera con aquellos mulás estrechos de miras que hacían de maestros... Cuando llegaban al campo, se apresuraban a quitarse el turbante, blanco o negro, que les obligaban a llevar en la escuela, y a veces, los viernes los convertían en fardos para guardar los dátiles que cogíamos: yo, subida a una palmera, y ellos, abajo, preparados para cogerlos.

Me gustaba preguntarles qué habían hecho aquel día, y a veces me recitaban plegarias que les hacían aprender, o me leían escritos que les habían ordenado hacer, y aunque procuraba mostrar seriedad, como si les hiciera un examen, me fundía por dentro. Todos se quejaban de que estudiar era una lata, y me decían que yo tenía suerte de estar todo el día en el campo, pero yo me habría cambiado por ellos mil veces. Tenía una vida muy dura y a veces dudaba cómo afrontar los problemas sin recurrir a la violencia. Por eso aquellos niños que venían a verme y a jugar al campo se inventaron para mí otro nombre además de Comandante: «señor Loco».

Un día, Amid me dijo que había llegado a Kabul su primo, que sabía escribir los nombres de persona en inglés. Yo estaba emocionadísima. Cuando el chico vino al campo, lo saludé con gran respeto, aunque iba sucio y no parecía muy listo, y le pedí que escribiera mi nombre en inglés: «Zel-mai.» El chico miró mis manos.

—¡Si no tienes ni papel ni boli! ¿Cómo quieres que lo haga?

—¿Y si lo escribes con una piedra en el suelo? Después lo copiaré en un papel.

Rodeé la palabra con piedras para protegerla..., pero, cuando volví de casa del campesino con un bolígrafo y una libreta, alguien la había pisado.

Maruf

Fue otro pariente del señor Bismilá quien me encaminó definitivamente hacia los estudios: Maruf, el chico que había conocido en el viaje a Pakistán. Él y yo habíamos vivido en mundos aparte: su familia tenía dinero, y él, que se había criado en Pakistán, estudiaba bachillerato. Sin embargo, estas diferencias no fueron ningún impedimento para que nos cayéramos bien en seguida y nos hiciéramos amigos. ¡Me hizo sentir tan orgullosa que alguien con estudios como él se interesara por un pobre empleado ignorante como yo! Maruf no era una persona que se diera importancia.

Al cabo de unos meses, cuando terminó el curso, Maruf regresó a Kabul junto con su familia, y a menudo venía a verme. Amid estaba celoso de nuestra amistad, y yo lo estaba de que Amid fuera a la escuela. Nuestra relación siempre era difícil, y Maruf se dio cuenta de ello en seguida.

—No sé cómo soportas a Amid y este trabajo —me decía—. ¡Aquí te explotan!

Hablaba claro, era libre y me aceptaba tal y como era. Aquello era nuevo para mí, y me gustaba. Fue un momento de esos en que la vida está a punto de dar un vuelco, aunque yo no lo sabía.

Maruf no tenía ningún problema en arremangarse y echarnos una mano en los trabajos del campo. Así, mientras trabajábamos, podíamos charlar horas y horas. Por eso me preocupé cuando Maruf, un día, me contó que a su padre no le gustaba que estuviera sin hacer nada durante las vacaciones, y que a partir del día siguiente tendría que trabajar en una tiendecita que había abierto para él. Yo no estaba dispuesta a perder a mi primer amigo de verdad y, en cuanto oí que el señor Bismilá decía que nosotros le proporcionaríamos el yogur, en seguida me ofrecí para hacer yo el transporte. Lo dije con de pasada, como si me diera igual e, incluso, con un poco de pereza, pero por dentro hervía de excitación. Si el jefe me decía que sí, podría salir del campo de vez en cuando y pasar un rato con Maruf... ¡y lejos de Amid! Por desgracia, la esposa del jefe sólo hacía yogur dos o tres veces por semana, si no tenían invitados en casa y no necesitaban la leche que daban las vacas.

Todas las mañanas, mi primera tarea era llevar las dos vacas, el asno y los cuatro corderos del corral que tenían los dueños en la parte

inferior de su casa hasta el campo donde pacían. Como iba muy temprano, la señora me daba el desayuno: una tetera llena, un poco de azúcar y pan, guardado dentro de un fardo. Y así iba yo, vigilando que las bestias no se desviaran del camino y, a la vez, que no se me cayese el té. Siempre era difícil, porque la vaca se sentía irresistiblemente atraída por el maíz; los corderos tenían un carácter de mil demonios y a la mínima se peleaban; y el asno, cuando menos me lo esperaba, decidía correr en sentido contrario al camino que seguíamos. Una vez estábamos allí, sujetaba los animales a trancas y barrancas y les buscaba comida. Y cuando por fin ya estaban atados y servidos, yo podía buscar alguna piedra grande para sentarme y desayunar con tranquilidad.

Y ya con el estómago lleno, deshacía el camino e iba hasta la casa del señor Bismilá:

—¡Tía! ¿Tenéis yogur para Maruf, hoy?

Si lo habían preparado, se me iluminaba el día, aunque el trabajo que me esperaba era tan duro o más que el de pastorear los animales. El yogur se transportaba dentro de una especie de cubo metálico, y pesaba mucho. Tardaba un cuarto de hora en llegar hasta la tienda, y tenía que pararme de vez en cuando porque las manos se me dormían.

Cuando llegaba, resoplando, me recibía la voz alegre de Maruf:

—¡Ya ha llegado mi amigo Zelmai! —y me hacía sonreír—. ¿Cuánto yogur me traes hoy?

Nuestro yogur de vaca, recién hecho, tenía mucho éxito en la tiendecita de mi amigo. Él lo vertía en una gran jarra que tenía sobre una mesa baja, y servía a los clientes la cantidad que querían en bolsas de plástico. En cuanto yo le decía los kilos que llevaba (tres, cuatro, cinco...), Maruf se lo apuntaba y hacía sus cálculos.

Mientras él trabajaba, yo descansaba en un sofá hecho con retales y miraba a mi alrededor. La sala, con paredes de barro, era pequeña. El padre de Maruf, que era carpintero, le había hecho los estantes con cajas de fruta. Y allí, bien colocados, tenía paquetes de galletas, crema de leche en cartones que venía de Pakistán, azúcar, té, globos... Lo que más me llamaba la atención era el bote de los caramelos. Porque los caramelos me encantaban, pero quizá me gustaba aún más lo que tenía escondido detrás: un aparato de música que poníamos en marcha cuando no había nadie. Aquella tiendecita era un pequeño refugio, un lugar donde me sentía muy cómoda. Notaba que con Maruf me podía relajar, porque me apreciaba y no me juzgaba. ¡Ojalá hubiera podido ser yo misma sin mentiras!

Vuelven las bombas

—¿Sabes qué he oído, Zelmai? —Aquel día, el señor Yosuf, habitual de la mezquita del barrio, que siempre estaba al corriente de las últimas noticias, estaba un poco aturdido—. Pues que unos árabes han derribado unas torres muy altas en América, y que ha muerto mucha gente.

—Ah.

La noticia corría como la pólvora, pero a nosotros, que habíamos vivido siempre entre la muerte y la destrucción, aquel ataque no nos impresionaba especialmente. No teníamos ni idea de qué era Al-Qaeda, nunca habíamos oído nombrar a Bin Laden, y no teníamos ninguna opinión sobre política internacional; por eso, las conversaciones derivaban naturalmente hacia los horrores que habíamos vivido en primera persona y que teníamos clavados en la retina:

—No puedo olvidar aquel día en que vi un brazo de mujer, despegado del cuerpo, en la puerta de mi casa, después de una explosión.

—Pues yo... ¡uf! Un día pasé por una calle en la que había tantos muertos y heridos que en el suelo se había formado un riachuelo de sangre.

—Lo que yo he visto es peor... Aún tengo pesadillas todas las noches, ¿no veis mis ojeras?

No éramos conscientes de la magnitud del conflicto y no sospechábamos, ni de lejos, que todo aquello tendría consecuencias directas para nosotros. ¿Qué pintábamos en ese lío entre un árabe rico y Estados Unidos?

Durante las semanas siguientes empezamos a oír que Estados Unidos hablaba de devolvernos la libertad, y que los talibanes sacaban pecho, pero estaban nerviosos. Yo, que no había visto nunca a un americano y que no sabía de qué libertad hablaban, seguía sin hacer caso a todas aquellas historias que me parecían muy lejanas.

Poco a poco supimos que la factura de aquel atentado la pagaríamos en Afganistán. Los talibanes, que habían acogido al autor del atentado, eran los malos de la historia y se tenían que ir para que los americanos pudieran cumplir su venganza, y nosotros —decían— pudiéramos vivir más felices. Todo aquello me sonaba muy extraño,

pero iba en serio: la muestra llegó en forma de bombardeo al corazón de Kabul.

Así pues, quizá sí que habría cambio de régimen, porque así era como cambiaban los gobiernos en mi país: con sangre.

Aquellos ataques fueron horribles, porque, a diferencia de las batallas de la época muyahidín, se hacían desde aviones y no podíamos saber dónde caerían las bombas. Yo estaba convencida de que no saldría de aquello, y me refugiaba en la mezquita siempre que podía, porque era donde me sentía más segura. Allí recibíamos noticias y consignas: había que resistir y rezar. Y una mañana, el mulá nos anunció que los talibanes dejaban el gobierno, pero no por miedo, sino para evitar que siguieran matando a niños inocentes. O al menos ésa era la versión oficial.

Y de repente se supuso que éramos libres.

Al día siguiente, la calle tenía exactamente el mismo aspecto, con las mujeres tapadas, los niños jugando o trabajando, los coches hechos polvo y los animales y las bicicletas circulando como podían. Sólo noté un pequeño cambio: de la verdulería del barrio salía... ¡música! Me acerqué y no pude evitar la tentación de hacer un comentario malicioso sobre la ley talibana que prohibía la música.

—Ve a denunciarme a la policía, ve —me contestó, como si le hubiera picado una abeja. Me di cuenta de que el hombre no las tenía todas consigo—. Pero es la radio, ¿eh? ¡Yo no he puesto música!

No quería denunciarlo en absoluto —no sabía ni a quién debería dirigirme—, pero me di cuenta de que no se me borraría tan fácilmente la huella del pensamiento talibán. Estaba impregnada de aquel proceder, como la mayoría en Afganistán.

Era tan extraño que nos dijeran que, de repente, aquel régimen que parecía tan bien establecido se había terminado... Los mandos, ciertamente, huyeron, pero los talibanes de nivel bajo —como algunos de mis vecinos— simplemente se quitaron el turbante, dejaron de pintarse los ojos y algunos se afeitaron la barba —otros no, porque todavía pensaban que la situación podía cambiar—. Muchos de ellos, poco después, ya circulaban por las calles con el uniforme del nuevo ejército afgano.

Los cambios fueron muy lentos y tímidos. El país se desemperezaba después de quitarse aquel corsé, pero también volvían a aflorar la corrupción y la inseguridad, y pocas mujeres se atrevieron a quitarse el burka. El sistema policial había echado raíces y no era fácil deshacerse del miedo.

Hassan, un hombre del barrio que había vivido medio escondido porque era un antiguo funcionario que había sufrido mucho durante la

época talibana, vino al campo. Llegó con un coche de buena marca y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se han acabado cinco años de prisión, Zelmai. ¡Soy muy feliz! Si necesitas algo, lo que sea, sólo has de pedírmelo.

Para concederme el deseo, en vez de un cochazo habría necesitado una lámpara mágica.

Todo sigue igual

Poco a poco empezaron a abrir escuelas, academias y cibercafés, la cultura dejaba de ser clandestina, llegaban extranjeros y nos abríamos al mundo: corría aire fresco. Pero mis sentimientos ante el cambio político eran contradictorios. Eran los talibanes quienes me habían obligado a vivir en una mentira, pero una parte de mí se resistía a aceptar la nueva situación.

La verdad es que, como chico, no tenía ningún problema en aquella sociedad con normas rígidas pero previsibles. Si evitabas los conflictos con la autoridad, no te llevabas chascos. Habían puesto a raya la corrupción, los abusos y la inseguridad ciudadana. Yo había aprendido a tratar con ellos y, cuando conseguía dominar el terror a ser descubierta, me movía como pez en el agua.

Habían llegado cuando yo tenía once años, y se iban cuando tenía dieciséis. Durante aquel tiempo, yo me había hecho mayor y casi me costaba recordar cómo era la vida antes y qué esperaba de mi futuro. ¿Qué tenía que hacer ahora? Aquel personaje que había adoptado temporalmente ya formaba parte de mí, ya no podía simplemente cambiar la ropa de chico por la de chica. Mucha gente me conocía, y no podía decirles: «A partir de ahora soy Nadia.» Habría supuesto romper todas las relaciones, perder el trabajo y condenarme directamente al ostracismo, o a algo peor.

Como Zelmai, mi vida tenía valor. Era una persona digna de tener en cuenta, alguien que tenía opinión, que podía ayudar, que tenía un lugar en la sociedad. Y era libre de hacer lo que quisiera. ¿Ahora tenía que renunciar a todo? ¿Tenía que ponerme un chador, encerrarme en casa a cuidar de mi familia y acostumbrarme a no tener voz ni voto? En Afganistán, las mujeres son seres inferiores y sumisos. Simplemente: me negaba a serlo.

Debía continuar fingiendo, quizá para siempre.

Letra a letra

Un día le pedí a Maruf que me dejara escribir el número de kilos de yogur que llevaba. Con mucha dificultad dibujé un tres. Torcido, enorme. Y al revés.

Maruf se me quedó mirando. Me sentí avergonzada, pero de repente me di cuenta de que no se reía de mí, sino que me observaba sin verme, como si tuviera la cabeza en otra parte.

—Zelmai, ¿por qué no te apuntas a la escuela?

La escuela, mi sueño. Últimamente, el nuevo gobierno no dejaba de hacer propaganda para que la gente estudiara. Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Qué tenía que hacer? ¿Me pondrían con los pequeños? ¿Con niños o con niñas? Maruf cortó mis dudas:

—Yo te ayudaré. Hala, ve, regresa al trabajo, y no digas nada a nadie, ¿eh? Ya hablaremos de ello la próxima vez que vengas.

Camino del campo, andaba como si tuviera alas en los pies. Estaba tan contenta que incluso me sorprendí a mí misma cantando.

—¿Qué haces, Zelmai? ¿Cantas? —me dijo Uosé, que me oyó.

—¡Qué dices, tonto! ¡Estoy rezando!

Desde aquel día, cada vez que iba a la tiendecita, Maruf me enseñaba un rato a leer y escribir, para que, cuando empezara la escuela, estuviera un poco preparada y no me pusieran con los más pequeños. Y así fue como un día escribí: «4 kilos de yogur», mi primera frase. Me pareció que había dado un paso gigantesco hacia la libertad. Ya era capaz de leer las etiquetas, los letreros de la calle, los libros... Fue como si nunca hubiera visto bien y, de repente, me hubieran puesto gafas. El mundo ya no tenía la misma cara. ¿O era yo que había cambiado?

Como era invierno, no había mucho trabajo: aparte de alimentar a los animales, sólo tenía que limpiar los establos y ponerles tierra seca, llevar el estiércol al campo... Puesto que las jornadas eran tranquilas, el dueño no se quejaba si me entretenía mucho rato en casa de Maruf.

Y por la noche me habría gustado seguir practicando, pero sólo teníamos una lamparita de aceite que no iluminaba mucho y que, además, estaba muy solicitada. De modo que acabábamos yendo a dormir como las gallinas, en cuanto oscurecía, lo que resultaba especialmente duro en invierno, cuando parecía que las noches no

terminaban nunca. Un día decidí que no podíamos seguir así y que teníamos que conseguir una lámpara mejor. Mi madre me dijo que fuera paciente, porque una lámpara valía más de lo que podíamos pagar, pero a mí se me había acabado la paciencia. Tanta oscuridad me deprimía.

Para comprar la lámpara pensé en ofrecerme a mi tía para limpiarle la casa, que era grande y siempre le gustaba tenerla como los chorros del oro. Ella dijo que me estaría muy agradecida si le sacudía las alfombras: un trabajo pesado y desagradable porque estaban llenas de polvo. Pero yo sólo pensaba en la lámpara y en cómo cambiarían las noches en nuestra casa.

Cuando hube acabado, esperaba que mi tía me pagara algo, pero simplemente me acompañó hasta la puerta con una sonrisa y me dio las gracias. ¡Qué frustrada y burra me sentí! Incluso tenía ganas de llorar. Al final, aun sabiendo que mi madre se disgustaría, le pedí a mi tía el dinero que necesitaba. Se resistió, pero al final me lo prometió para la semana siguiente.

Cuando finalmente tuvimos la nueva lámpara, la pusimos en medio de la habitación, esperando que oscureciera para encenderla; estábamos muy impacientes, y no apartábamos la vista de la ventana esperando a que llegara la noche. Cogí una cerilla y de vez en cuando le preguntaba a mi madre:

—¿La enciendo ya?

—Aún no, todavía se ve.

—... ¿Y ahora?

—¡Aún no!

Aquel día nos olvidamos de la vieja lamparita de aceite y nos reunimos en torno a la nueva lámpara. Mi madre la contemplaba, yo escribía y mis hermanas dibujaban con las libretas que les había comprado. Fue como una fiesta.

Sesión doble

La sed por ver películas era tan grande, que pocos días después de la caída de los talibanes volvió a abrir una sala de cine de las de verdad, la Shahr-e Nau, y se llenó hasta los topes desde la primera sesión. Yo me moría de ganas de ver a mis actores de Bollywood a tamaño gigante y poder comentar, al salir, la película sin miedo, y quería proponerles a un par de amigos míos y de Maruf que fuéramos en seguida, pero, claro está, en el cine, una atracción tan importante de Kabul, seguro que había muchas medidas de seguridad para evitar que alguien pudiera entrar y cometer un atentado. En aquellos días, con el objetivo de desestabilizar el nuevo gobierno, los atentados eran frecuentes. Probablemente habría guardias de seguridad que cachearían a los espectadores por si llevaban armas, y eso era demasiado arriesgado para mí. Por lo tanto, quedé con mis amigos en ir al cine por la tarde, y, sin decírselo, decidí que también iría a una sesión anterior para ver si corría el riesgo de que me descubrieran. Por la mañana me planté en la puerta de la sala. Mientras hacía cola, empecé a sudar: tal y como sospechaba, un hombre corpulento y armado comprobaba que todo aquel que entraba lo hacía con buenas intenciones. Por suerte, no era muy riguroso y no cacheaba a la gente por la parte de delante. Estaba salvada.

No había estado nunca dentro de un cine de verdad. De hecho, hasta el día anterior no sabía exactamente qué era, porque, aunque antes de los talibanes ya había salas, mis padres no solían ir y no me habían llevado. Maruf, que sí que había ido alguna vez en Peshawar —a escondidas de su padre, que lo desaprobaba por razones religiosas —, me explicó cuatro cosas para que no me impresionara demasiado: «El local es muy grande y está lleno de sillas, y también está muy oscuro, ¡no tengas miedo!»

No tuve miedo en absoluto: disfruté intensamente de la película. Y por la tarde me encontré otra vez ante la puerta, con Samim y Sharif. Los dos venían excitadísimos, aunque se habían criado en Pakistán, como Maruf, y no habían estado tan privados de imágenes como los que nos habíamos quedado en el país. Así que ellos charlaban animadamente, y yo me iba poniendo cada vez más nerviosa a medida que nos acercábamos a la entrada. ¿Y si el guardia notaba los pechos y me delataba ante de todo el mundo?

Al cabo de unos diez minutos nos encontramos delante del mismo hombre que me había controlado por la mañana. Me reconoció en seguida:

—Caramba, chaval, ¿tanto te ha gustado la película que vuelves el mismo día?

Yo le espeté, agresiva:

—¿Qué dices? ¡Si a ti no te había visto nunca!

Me volví hacia mis amigos y puse los ojos en blanco, como queriendo decir: «Este hombre está loco, no hay que hacerle caso.» Por suerte, aquel loco tenía mucho trabajo y pocas ganas de follones, y no insistió. Pagué, por segunda vez aquel día, los cincuenta afganis de la entrada. Dentro de la sala, mientras todo el mundo empezaba a dar palmas y patalear siguiendo el ritmo de la música, yo di un largo suspiro de alivio.

En la escuela

Avanzaba rápido en el conocimiento de las letras, y ya estaba ansiosa por empezar el curso. Cuando llegó la primavera, la radio empezó a emitir anuncios del gobierno en los que se animaba a las familias a inscribir a los niños y las niñas. ¡Había llegado el momento! El propio Maruf me escribió una solicitud de ingreso, que empezaba diciendo: «Yo, Zelmai, hijo de Ghulam, pido entrar en esta escuela.» Todo era perfecto, excepto que yo no quería entrar en la escuela como Zelmai, que era un nombre de chico. Quería estudiar como chica. Por eso compré un papel blanco —no teníamos ninguno, en casa— e intenté copiar exactamente el texto que había escrito Maruf, pero cambiando «Zelmai» por «Nadia». Puse mucha atención al copiarlo, pero tenía mala letra, me equivocaba y, al final, rompí el papel; así que al día siguiente tuve que comprar otro y volver a empezar. Esta vez quedó un poco mejor, lo doblé con cuidado y lo puse dentro de un sobre marrón y lo dejé junto a la cama.

Al día siguiente, al despertarme, busqué el sobre con la mirada. ¡Tenía tantas esperanzas puestas en aquel trozo de papel! Y después de tomar el té, me lo guardé en el bolsillo del chaleco —un poco doblado, pero no mucho—, y fui en bicicleta hacia la escuela que había escogido. Decían que era una buena escuela, y, casi más importante que eso, estaba lo suficientemente lejos de casa como para no temer que alguien me reconociera. En mis calles, de momento y quizá para siempre, tenía que continuar siendo Zelmai.

De lejos vi a muchísimos padres y madres que hablaban entre ellos formando pequeños corros, y niñas arregladísimas bajo sus pañuelos blancos de colegialas que corrían excitadas arriba y abajo. Desde el otro lado de la calle, aún montada en la bicicleta e intentando no llamar mucho la atención, miraba emocionada el espectáculo: yo quería estar allí, ser una más de aquellas niñas despreocupadas y a punto de entrar en sus clases.

Pronto aquella ilusión se convirtió en una amarguísima decepción.

Esperé con paciencia a que las alumnas entraran en la escuela y a que los padres se dispersaran para acercarme. Cuando todo estaba tranquilo, llegó el momento de ir a inscribirme. Poco faltaba ya.

Cuando crucé la puerta y me encontré en el vestíbulo, vi a una

maestra: ¡sin burka y con los labios pintados! Hacía siglos que no veía a una mujer así, qué bonita me pareció... Ella, sin embargo, no parecía tan fascinada al verme: puso cara de susto y ahogó un grito antes de echar a correr hacia una sala.

—¡Espere un momento, por favor! —grité.

¡Pam! Cerró la puerta de golpe y me dejó sola, con la sangre helada. La cosa no empezaba nada, nada bien.

Como no sabía qué hacer, me quedé plantada en el vestíbulo unos minutos que me parecieron horas, hasta que vi que la puerta se abría lentamente, sólo un palmo, y detrás, la cara de aquella maestra que quería comprobar si yo aún seguía allí. Aproveché para acercarme rápidamente, temiendo que volviera a cerrar la puerta:

—¡Por favor, por favor! ¡Quiero hablar con usted, quiero estudiar!

La mujer, no sé si por miedo o por lástima, abrió la puerta un poquito más. Me puse en su lugar y me vi con sus ojos: un chico vestido como un campesino pobre y dejado, con la cara lamida por el fuego, que se presentaba a una escuela de chicas. Un terrorista en potencia como los que, casi a diario, perpetraban matanzas por todo el país. Lo único que no encajaba era que yo lloraba.

Me acerqué a ella, intentando controlar las emociones que me desbordaban:

—Por favor.

—Espera.

La mujer volvió a desaparecer y yo esperé, esperé y esperé, nerviosa porque no sabía cómo acabaría todo aquello. Al cabo de mucho rato me hicieron pasar al despacho de la directora, donde también estaba la secretaria.

—¿Qué quieres, chico?

—Quiero estudiar. Soy... soy una chica.

La directora callaba, como si estuviera pensando. La secretaria desconfiaba:

—Y por qué te vistes de chico, ¿eh? ¿Qué quieres realmente? ¿Quién eres? ¿Por qué te haces pasar por un chico?

Y yo repetía todo el rato la misma cantinela: quiero estudiar, quiero estudiar, soy una chica y quiero estudiar en una escuela de chicas. No avanzábamos, y no podía soportar más los ataques. Finalmente me rendí:

—Sólo quiero estudiar. Si no me queréis, me voy.

—Pues vete —respondió la secretaria, con un aire triunfal. La directora, impasible, no añadió nada.

Me fui hacia el campo, con las lágrimas empañándome los ojos. Poco antes de llegar, me los sequé y, al ver a Bismilá, conseguí decirle

con voz firme que dejaba el trabajo.

—No puede ser, Zelmai, si eres como de la familia... Hoy pareces muy enfadado, pero ya se te pasará. Espera a estar más tranquilo para tomar decisiones, ¿de acuerdo?

—No, lo siento, pero lo tengo claro. Necesito cambiar mi vida.

Me costó mucho esfuerzo no echar a correr cuando salí de aquella casa, que me había acogido y alimentado durante tanto tiempo. No me arrepentía de la decisión tomada, pero me sentía muy triste porque dejaba atrás a gente a la que quería mucho, que se había convertido en una segunda familia para mí.

Con mi nueva libertad, que en aquellos momentos tenía sabor de vacío, me fui al mausoleo de un hombre santo, Alí Malang. Estaba sobre una colina, y al ser un lugar tranquilo, muy poco frecuentado, era uno de mis refugios preferidos cuando quería estar sola y pensar. Llegué allí con tanta angustia que, después de sentarme bajo un árbol, sólo podía pensar en dejarme morir allí mismo.

¿De qué había servido tanto esfuerzo y tanto sufrimiento? Había tenido que soportar dolores físicos y emocionales inimaginables que me habían robado una infancia feliz y sin preocupaciones; me había negado a mí misma para alimentar a mi familia; había engañado a decenas de buenas personas para proteger a la gente que quería, y ahora que por fin tenía al alcance de la mano la posibilidad de salir de este pozo, me lo negaban.

Cerré los ojos y traté de serenarme mientras esperaba el fin de todos mis sufrimientos. La muerte me parecía una idea muy dulce.

Pero una conversación interrumpió mis pensamientos: unos hombres, no muy lejos de donde yo estaba, hablaban de lo que acababan de robar. De repente tuve miedo de que quisieran beber agua de la fuente que estaba junto a mí. Debía de estar más aferrada a la vida de lo que me imaginaba, porque el miedo a que me hicieran daño me hizo reaccionar y alejó de mí las ideas de suicidio.

Volví a casa, cansada pero decidida a continuar. Y sin saber cómo, me encontré pensando en el silencio de la directora, con esperanza. No podía rendirme.

Al día siguiente volví a la escuela y esperé a que acabaran las clases, al mediodía, para entrar, directamente, al despacho donde había estado el día anterior. Vestida de chico, y como si no hubiera pasado nada, le acerqué la solicitud. Sorprendentemente, la directora me dijo:

—Hablemos. ¿Tú quieres estudiar con las chicas?

—Por supuesto. Soy una chica.

—Pues tendrás que vestirte como una chica.

—¿A usted qué le importa cómo me vista?

Le importaba. Y para mí, aquél era un punto sensible. Exploté:

—¿Por qué hacéis tanta propaganda de que la gente estudie si después no se puede? ¿Por qué no me queréis ayudar?

Di un fuerte golpe sobre una mesa de cristal, que cedió y se rompió. Yo también sentía el corazón hecho añicos, y entre lágrimas y mocos empecé a lanzar amenazas cargadas de impotencia:

—¡Si no me dejáis estudiar, os mataré, no dejaré que ningún niño estudie, seré el peor de todos! ¡Si me vuelvo mala, será por vuestra culpa, porque no me habéis dejado aprender!

Di media vuelta, secándome la cara con la punta del turbante. Y entonces noté la mano de la directora en mi hombro.

—Espera.

Hizo que me sentara y me explicó que me dejaría estudiar, pero que le daba miedo que si las familias de las alumnas creían que un chico estudiaba con ellas, las llevaran a otra escuela.

—Si esto sucede, no asistiré a las clases, sólo a los exámenes.

—Muy bien. Así no habrá ningún problema.

Y, de este modo, volví a la escuela ocho años después de haberla dejado a la fuerza.

Libretas y bicicletas

Tuve mucha suerte. Después de hacer un examen de nivel, me mandaron al último curso de primaria, a un grupo de siete chicas, adolescentes como yo, que no sólo me aceptaron, sino que se convirtieron en amigas mías. Juntas estudiábamos y también nos reíamos mucho: incluso llegamos a jugar a la pelota dentro de la clase levantando el polvo del suelo, que no estaba embaldosado...

Mis compañeras eran de familias acomodadas; durante la época en que los talibanes prohibieron la educación femenina, algunas habían estudiado con profesores particulares —dos eran hijas de maestros— y otras habían ido a la escuela en Pakistán. Yo era la única autodidacta, y también la única que no tenía dinero para comprar libretas. Me las hacía yo misma, cortando y cosiendo papel que servía para hacer bolsas, y que vendían a peso. Al principio, los maestros miraban con recelo aquel material tan rudimentario, pero pronto me gané su respeto porque sacaba muy buenas notas —mis amigas siempre me fotocopiaban los apuntes—, y procuraba hacer los trabajos limpios y con buena letra.

Tenía ventajas eso de tener amigas ricas. Refiné mi modo de hablar, que era rudo como el de todos los trabajadores del campo. Conocí mundos que me resultaban muy lejanos, como el de Susan, que hablaba inglés, soñaba con casarse con un extranjero rubio de ojos azules y a quien le encantaba la música de Shakira; o el de Mariam, que tenía una madre farmacéutica —en las antípodas de la mía— y que vivía con todo tipo de lujos, como un televisor en su habitación, alimentado por energía eléctrica, tan rara en aquella época en las casas particulares.

También me ayudó porque entonces, aunque me lo pasaba muy bien, sufría por la economía de mi casa, y ellas me regalaban el panecillo que nos daban todos los días en la escuela. Estaban demasiado bien acostumbradas para aceptar pan que no fuera del todo blanco. Y para mí y para mi familia era una gran ayuda recibir diariamente siete panecillos. Muchos días eran lo único que comíamos.

Por primera vez formé parte de un grupo de chicas, aunque yo fuera un miembro extravagante, y eso hacía que me sintiera muy feliz, pero cuando salía de la escuela y me cambiaba el pañuelo blanco por

el turbante, de repente volvían los problemas: mientras mis amigas se iban a comer copiosamente y a hacer la siesta al tiempo que veían los videoclips de la MTV india, yo tomaba unos mordiscos de pan mientras iba a buscar trabajo para las tardes. El que encontraba más fácilmente era reparar pozos. Y por culpa de eso, todos los días llegaba a clase cansada, dolorida y con las manos llenas de callos que me dificultaban escribir.

Mariam, dulce y tímida, una de mis mejores amigas, se dio cuenta:

—¿Por qué estás tan cansada, Nadia?

—Es de tanto estudiar...

Mariam me miró incrédula —no teníamos muchos deberes—, me cogió la mano y yo di un salto de dolor. No me gustaba que conocieran mis miserias, pero ella insistió en saber cómo pasaba las tardes.

—¿Por qué no dejas los pozos y te pones a vender algo? ¡Es menos peligroso y menos duro!

—Sí..., me gustaría tener un taller de reparación de bicicletas, porque se me da bien arreglarlas, pero ya me dirás de dónde saco el dinero para comprar el local y el material...

Al día siguiente, Mariam llegó a la escuela un poco tarde, cuando todas estábamos ya sentadas y acababa de entrar el profesor. Me miró con una sonrisa radiante y, con las manos, me hizo una señal que quería decir que después teníamos que hablar. Y cuando acabó la clase, me lo dijo por fin:

—Mi madre te quiere dejar el dinero para montar el taller. Dice que vayas a mi casa para que lo habléis.

Aquella casa era como un palacio. Y desde que entré en la sala de estar y vi que en el gran televisor daban dibujos, no pude apartar mi mirada de la pantalla. Me habría sentado en el sofá con las hermanas de Mariam, pero no me atreví.

—Nadia, ¿me estás escuchando?

—Sí..., no, gracias, no quiero dinero —respondía, hipnotizada por las imágenes y sin prestar atención a lo que me proponía la madre de mi amiga. Por eso apagó la tele, seria (las niñas casi no se atrevieron a protestar), y me obligó a mirarla.

—Nadia, te haré un préstamo para que montes tu taller. Ya me devolverás el dinero cuando puedas.

Acepté.

Los días siguientes iba por la calle con los ojos bien abiertos, buscando un lugar adecuado para montar el negocio. Y, en una calle ancha por la que pasaba a diario para ir a la escuela, lo encontré: era

un puesto de madera muy sencillo que había bajo un árbol, donde colgaba un cartel que decía: «Se vende.» La zona era comercial y con mucho tráfico: coches, autobuses, bicicletas, burros, vacas y personas eran un río mezclado que no se detenía. Había suficiente clientela potencial.

Tuve que regatear mucho con el dueño, que también tenía una tienda de objetos de segunda mano —muebles, alfombras, radios...—, pero al final nos pusimos de acuerdo y firmamos un documento que improvisamos allí mismo. Sin apenas darme cuenta, acababa de convertirme en propietaria y empresaria. Corrí a casa y recogí todo lo que me pareció que podía servirme para el taller: un destornillador, una llave inglesa, una palangana metálica para poner agua y comprobar si una rueda estaba pinchada, y una caja de fruta que serviría para que los clientes se pudieran sentar mientras esperaban. Lo único que compré fue una bomba para hinchar ruedas, una tarea muy pesada. El letrero «Arreglamos bicicletas» lo pinté con caña y tinta sobre el cartón de una caja que encontré por la calle.

La primera tarde no entró ni un solo cliente, y me desanimé. ¿Y si no salía adelante? Suerte que me hacían compañía algunos de los niños de mi tropa del campo.

—¡Tranquilo, Comandante! ¡Seguro que pronto te harás rico!

El segundo día gané cinco miserables afganis por hinchar un par de ruedas, a los que hay que descontar el importe del té que ofrecí al cliente —uno de los niños se lo trajo de la tetería de la esquina—. Al menos pude estrenar la bomba.

El tercer día tuve el primer encargo decente: un joven me dejó su bicicleta nueva, que tenía que engrasarse. Uno de mis «aprendices», Rasolá, me ayudó, y en unas horas la tuvimos a punto. El cliente quedó muy contento de la rapidez y el buen trabajo, y pude poner doscientos afganis en la caja. Aquel día, Rasolá recibió la primera propina.

Con la euforia del momento, decidí invertir lo que me quedaba del préstamo de la madre de Mariam en la matrícula de un curso de caligrafía. En un país en que los ordenadores aún son casi una rareza —incluso la electricidad es un lujo de minorías—, escribir con buena letra se valora mucho, y es un punto importante en el currículum para conseguir algunos trabajos.

Dábamos clase una hora diaria, me lo pasaba muy bien y pronto comprobé que tenía mucha maña. No le pasaba lo mismo a Khalil, el chico que se sentaba a mi lado. El pobre sudaba para formar las palabras: no era su fuerte. En cambio, era un especialista en mecánica de bicicletas. Un día, después de clase, me lo explicó, y aquello fue

providencial para los dos. Le pedí que me enseñara un poco, pero él tuvo una idea mejor:

—¿Qué te parece si nos asociamos? Tú podrías ocuparte del taller cuando salgas de la escuela, como hasta ahora, y yo podría trabajar por las mañanas. Así tendremos siempre abierto y no perderemos a ningún cliente. Puedo aportar herramientas que nos irán muy bien. E iremos a medias con las ganancias. Sobre lo de aprender mecánica, yo te enseño un poco y tú, a cambio, me enseñas caligrafía. Así me ahorraré el dinero del curso. Acabo de casarme, mi mujer está embarazada y andamos muy apurados...

Khalil resultó ser un socio excelente. Honesto y buen trabajador, se convirtió en seguida en el puntal del taller y, para ser justa, hay que decir que la mayoría del dinero lo ganaba él, pero nunca se quejó. De todos modos, el negocio sólo daba para ir tirando, y nunca pude devolverle el crédito a la madre de Mariam.

La bici

Después de las clases de caligrafía, empecé a ir a clases de inglés, gratuitas gracias a la intercesión de mi amigo Maruf, que parecía empeñado en hacer de mí una persona formada. El profesor y dueño de aquella pequeña academia era su amigo Waiss.

Tras la primera clase, y con la cabeza llena de *I am, you are, he is, she is*, maravillada por la novedad y las promesas que me aportaba —el mundo exterior funcionaba en inglés y estaba decidida a entenderlo—, Waiss vino a buscarme.

—¿Qué te ha parecido la clase? ¿Querrás seguir?

—Sí, sí, me ha gustado mucho, gracias...

—¿Dónde vives, Zelmai?

La pregunta, en otras circunstancias, me habría puesto en guardia. Prefería no dejar huellas en ningún sitio, era más seguro. Pero Waiss era amigo de Maruf, no tenía sentido mentir o escaquearme. Así que le respondí y experimenté un insospechado alivio por el hecho de confiar en alguien.

Los dos vivíamos en el mismo barrio, y él me propuso que volviéramos juntos hacia casa, cada uno con su bicicleta. Durante el trayecto, él avanzaba con precisión; yo, errática e insegura, y tenía que parar a menudo para no chocar con nadie, pero a Waiss le dije que me paraba para ceder el paso. Lo cierto es que no me hacía ninguna ilusión admitir que aún no se me daba muy bien montar en bici, aunque ya hacía tiempo que la tenía y que era, con mucho, mi propiedad más preciada.

La compré, por impulso, un día que me había enfadado —para variar— con el hijo del dueño del campo. Aquella vez me pegó porque se me habían escapado las vacas, y yo, rabiosa y humillada, decidí dejarlo plantado otra vez. Confiaba en que, cuando lo supiera el señor Bismilá, me pediría que volviera, como cuando lo dejé y trabajé un día como cocinera de los talibanes. Por lo tanto, no me molesté en ir a buscar otro trabajo: cogí el dinero que Amid me pagó por el jornal y me fui hacia el centro. Paseando, pasé por la calle donde se ponen las personas que quieren vender la bicicleta. Y de repente lo vi claro: me compraría una. En Kabul es, seguramente, el principal medio de transporte, porque muy poca gente tiene coche; así que me iría muy bien para desplazarme y también para aumentar un poco mi estatus.

Regateé mucho y conseguí un buen precio por una bicicleta preciosa, de color gris metalizado, que, como todas, tenía detrás del sillín un asiento para llevar a un pasajero. El vendedor me animaba a probarla, pero yo simulé que la examinaba y que ya me parecía bien.

Me la llevé, a pie, más contenta que unas pascuas. Y cuando ya estaba llegando a casa, oí los gritos de mis amigos del campo: «¡Guau, Comandante! ¡Tienes una bici! ¡Enséñanos cómo va!» Mientras venían corriendo a admirarla, me agaché y abrí el paso del aire de la rueda para deshincharla. Así tuve una buena excusa para no subirme delante de aquellos niños a los que me gustaba impresionar. Desde que tuve el triciclo que me regaló mi padre cuando era pequeña, no había montado en ningún utensilio con ruedas y temía hacer el ridículo. En cambio, todos ellos, que eran mucho más pequeños que yo, sabían montar en bici sin ningún problema.

Al día siguiente me levanté cuando todavía era de noche y salí a hacer prácticas por las calles desiertas. Puse una piedra grande para subirme en la bici, e intentaba coordinar pies y manos para avanzar un poco. No sospechaba que costara tanto: me caí decenas, centenares de veces antes de empezar a mantener el equilibrio. Cuando amaneció, tenía las rodillas peladas y la bici algo fastidiada, pero ya era capaz de pedalear sin caerme. El problema era que aún me costaba arrancar y, sobre todo, que no sabía bajar de la bici. Volví al centro, hacia el campo de fútbol, y después regresé para ir a trabajar. Por el camino hice caer a un hombre que llevaba una caja de plátanos, y también choqué con una mujer, pero no podía permitirme parar y me escapé de las quejas y los insultos. ¡Me sentía feliz!

Cuando llegué cerca del campo, encontré al señor Bismilá y no tuve más remedio que detenerme lo mejor que pude.

—¡Eh, Zelmai! ¿Por qué no has venido hoy a trabajar a tu hora?

—¿No le ha dicho nada Amid? Lo siento, tío, pero ayer me trató muy mal y me pegó. Yo así no quiero volver.

—¡No, hombre, no te vayas! ¡Qué hijo más animal que tengo!... Ya hablaré con él, pero tú quédate. Entra en casa, tómate un vaso de leche y después puedes quedarte a comer.

Mientras hablábamos, llegó Amid, y su padre le lanzó una mirada furibunda.

—Amid, mañana Zelmai volverá a trabajar con nosotros, y las cosas tendrán que cambiar. ¿Has visto su bicicleta?

—Sí... Felicidades, Zelmai.

Todo salió mejor de lo esperado.

Los días siguientes me dediqué a decorar la bicicleta a conciencia: le pegué papeles brillantes, puse una cinta verde que ondeaba cuando

corría mucho, e incluso compré un claxon que hacía una musiquita que a los viejos del barrio no les gustaba, pero que a mí me encantaba. La hacía sonar y todo el mundo sabía que Zelmai había llegado... Y en invierno me fabriqué unas «cadenas» para las ruedas, hechas con cuerdas de plástico, para poder avanzar por la nieve. Mi bici era inconfundible.

Con el tiempo aprendí a llevar pasajeros, y a menudo me tocaba acompañar a mis primas al médico, recogía a conocidos que esperaban el autobús o que no podían pagar un taxi... Incluso a veces transportaba a dos personas al mismo tiempo.

Pero cuando, años después, pedaleé al lado de Waiss, me di cuenta de que tenía una manera de llevar la bici muy burda. Y también en eso decidí mejorar.

Llega el amor

El segundo día de clase de inglés me enamoré.

Cuando llegué a la sala, con paredes de cemento, me senté en la única silla vacía que quedaba. A mi lado había un chico que no estaba en la clase anterior. Lo primero que pensé de él, por la manera tan apagada en que me había devuelto el saludo, fue que era muy tímido.

Acostumbrada a la rudeza de los hombres, me llamó la atención aquella actitud, y, disimuladamente, lo observé todo lo que pude. Era guapo, delgado, de piel muy clara, nariz respingona y ojos grandes y expresivos. Iba muy arreglado, con pantalones azul marino y camisa azul cielo, todo muy bien planchado. Sólo le faltaba la americana... Sin embargo, las manos no eran las típicas de los chicos de buena familia, como Maruf, sino callosas, de alguien que trabaja con las manos. Tampoco parecía que tuviera mucha facilidad para el inglés, pero se esforzaba. Parecía algo mayor que yo, que acababa de cumplir diecisiete años.

Cuando terminó la clase, Waiss me presentó a Ajmal como amigo suyo y de Maruf. Bromearon, y después Ajmal se volvió hacia mí sonriendo y me dijo:

—Tienes una letra muy bonita.

Me llegó al corazón.

Minutos después, en nuestra excursión desigual hacia casa, Waiss me contó que Ajmal se ocupaba de una zapatería junto con su hermano. Que le tocaba trabajar mucho, y que por eso tenía poco tiempo para estudiar y él le echaba una mano. También me contó que los viernes solían quedar con algún amigo para ir a dar una vuelta o a tomar algo, y que, si quería, podía apuntarme e ir con ellos. Dije que sí intentando disimular mi emoción.

Aquel viernes quedamos después de la plegaria de la tarde en la puerta de una mezquita próxima a la academia de inglés. Y allí conocí al que faltaba del grupo: Afzal. Simpático, inteligente y bromista, era el que iba más adelantado de todos en los estudios, excepto Maruf, que era mayor que el resto. Cuando no estaba en clase, trabajaba como sastre en una tienda que compartía con el hombre que le había enseñado el oficio.

Él, como el resto, iba vestido al estilo occidental: tejanos y camisa, con el pelo limpio y bien cortado, y sin nada que les cubriera

la cabeza. Yo, en cambio, iba como siempre: con ropa vieja de colores oscuros y tostados, y con el turbante que me enmarcaba la cara, como hacía la gente humilde y rural. Me sentí incómoda, pero ellos no parecían darse cuenta de eso, y Maruf propuso:

—¿Vamos a comer una hamburguesa?

Instintivamente, calculé los afganis que había cobrado aquel día y empecé a pensar qué excusa les daría para no ir con ellos.

—Invito yo. ¡Os lo debía! —dijo Ajmal.

Afzal nos llevó con su Corolla blanco, uno de sus cuatro coches, porque su padre era el propietario de una pequeña empresa de taxis. De todos nosotros, sólo él tenía permiso de conducir legal, pero los demás —como yo más tarde— llevaban en la cartera una fotocopia de aquel carné en la que cada cual había pegado su fotografía y conducía sin ningún problema. Si un policía nos detenía, nos lo tomábamos como un simple peaje: le pagábamos el soborno correspondiente y proseguíamos nuestro camino. No había que preocuparse por nada más.

Nunca había estado en una hamburguesería. De hecho, que yo recordara, no había comido nunca una hamburguesa, y me era imposible recordar la última vez que había entrado en un restaurante, si es que alguna vez lo había hecho. Desde que me había quemado, no me dejaban entrar en muchos establecimientos porque desconfiaban de mí. Me daba miedo que el vigilante de la hamburguesería no me humillara delante de mis nuevos amigos impidiéndome la entrada, pero todo fue como una seda. Aquel grupo de chicos bien vestidos y alimentados, alegres y despreocupados, eran bien recibidos en todas partes, y a mí, no podía entender por qué, me habían incluido. No hablaba como ellos, no vestía como ellos, no compartíamos las mismas inquietudes, pero, aun así, me convertí en un miembro más de su grupo.

No sé qué vieron en mí, pero yo sí tengo claro qué me gustó de ellos: que me enseñaron una nueva manera de vivir, solidaria, sin prejuicios, reproches ni obligaciones, en la que todos podían contar con todos. No me preguntaron nunca por qué tenía el cuerpo quemado, como era habitual, ni se metieron conmigo por el hecho de no ir a la moda; desde el primer momento acogieron sin reservas a aquel Zelmai que era —y no era— yo. Si alguien se atrevía a mirarme mal, encontraba a mis amigos para defenderme. Por primera vez hacía cosas normales para un joven, y ya no estaba sola.

Así pues, por el simple hecho de ir con Maruf, Waiss, Ajmal y Afzal dejé de ser invisible, y la gente empezó a verme más allá del turbante y la piel deformada. Poco a poco entraba en sitios en los que

hasta entonces no me dejaban pasar de la puerta, y me sorprendió encontrar a gente que conversaba conmigo amablemente y sin hacer muecas. Una de estas personas era un amigo de Ajmal que era farmacéutico, al que íbamos a ver a menudo y a tomar té. A mí, que no me dejaban entrar nunca a ninguna farmacia, ahora me recibían con sonrisas y me dejaban una silla cómoda para que me sentara. Pasaba el rato escuchando cómo hablaban de medicinas y enfermedades con tanto placer como si me hablaran de amor.

Y no dejaba de sorprenderme aquella educación que tenían. Waiss y Ajmal, aunque eran amigos íntimos de toda la vida, hablaban entre ellos con mucho respeto y formalidad. Me costó creer que no lo hacían en broma: eran siempre así. Diez mil veces al día salían de sus bocas las palabras «gracias», «por favor», «tú primero», «profesor»... No sabía si reírme o tomar nota, pero era tan diferente de lo que sucedía en mi casa, en la que las cosas se hacían sin tanta ceremonia...

Mis amigos también descubrieron un mundo nuevo gracias a lo que yo les expliqué ya desde el primer día en aquella hamburguesería. Entre sorbo y sorbo de pepsi, y bajo la música atronadora de la peli de Bollywood que se podía ver en un televisor del local, los hice reír hablándoles de las bromas que nos gastábamos cuando trabajaba en el campo. Para ellos, lo que yo había vivido les parecía casi exótico y me sentí feliz al comprobar que no sólo no lo despreciaban, sino que me pedían que les contase más aventuras.

Mientras yo admiraba su educación, ellos disfrutaban escuchando el relato de las conversaciones que yo tenía con Lalá en el campo. Una de nuestras tareas habituales —la más odiosa— era recoger excrementos humanos de los lavabos del vecindario para utilizarlos como abono. Teníamos que ponerlos en una carretilla, y a menudo nos salpicaban. Nos lo tomábamos a broma y llamábamos a las cacas «bombas», y a las salpicaduras, «metralla»: «¿Qué, Lalá? ¿Cuánta metralla te ha caído hoy? ¿Cuántas bombas has “recogido?”» Para mis nuevos amigos, viniendo de alguien quemado como yo, eso era humor negro, pero así era como nos tratábamos los chicos que no habíamos recibido una buena educación.

Sabía que no podría explicárselo todo. Y como estaba obligada a mentir en las cosas importantes, ya puestos, les di una versión edulcorada de mi día a día porque no quería que sintieran lástima de mí: en vez de contarles que pasábamos hambre, les dije que cobraba poco dinero, pero que tenía comida en abundancia. También les hice creer que tenía más hermanos que ganaban dinero —una mentira frecuente—, pero que trabajaba porque no quería ser una carga para nadie. Me forjé la imagen de un chico independiente, con ideas

propias, dispuesto a hacer los esfuerzos necesarios para conseguir lo que quería, y eso les despertó mucho respeto hacia mí, ya que todos ellos dependían mucho de sus padres.

Nos veíamos siempre que podíamos, pero había sitios a los que no podía acompañarlos, como, por ejemplo, a los baños públicos. A mis amigos les gustaba quedar para ir juntos, y yo siempre les decía que a mí no me gustaban porque estaban sucios, y que prefería lavarme en casa. Pero un día me arriesgué a acompañarlos a unos baños privados. La diferencia era que, en vez de ser del estilo de los baños árabes, con un gran espacio común, éstos tenían duchas individuales. Al igual que ellos, pagué en la entrada un sobrecito de jabón y una manopla, pero cuando estuve en mi cabina no me atreví a desnudarme por miedo a que alguno de mis amigos decidiera hacer el tonto y mirarme desde la cabina de al lado. Sólo me arremangué los pantalones para que desde fuera se me vieran los pies desnudos, y me mojé la cabeza.

Aquel rato sufrí más que disfruté, pero desde entonces procuré ir todas las semanas, evitando siempre las horas en que me podía encontrar a los amigos del grupo. Si podía, iba justo antes de quedar con ellos para ir a algún sitio, para que se dieran cuenta de que acababa de ducharme. Un gesto más para reforzar mi «masculinidad». Como cuando apartaba un poco la cortina que separaba a los chicos de las chicas en la hamburguesería, para oír las carcajadas admiradas de mis amigos y las protestas de las chicas.

A mí, sin embargo, lo que de verdad me electrizaba era notar la mirada de Ajmal clavada en mí.

Instituto

Aquel año lo cambió todo. Por primera vez me di cuenta de que había personas que me admiraban: mis maestros y mis compañeras de clase, y mis nuevos amigos. Y eso me dio fuerzas para continuar a pesar de las dificultades que aún tenía para llevar un plato —cinco, de hecho— todos los días a la mesa.

En noviembre, que es cuando se acaba el curso escolar en Kabul, me dieron el graduado escolar, y después de las vacaciones de invierno empecé la secundaria en un instituto del tranquilo y acomodado barrio donde vivía mi amiga Mariam. El primer día, cuando entré en clase, todas salieron chillando como histéricas. Algunas incluso gritaban: «¡Hay un demonio en la escuela!» Y la maestra, en vez de calmar los ánimos y ayudarme, exclamó:

—¿Quién ha dejado entrar a una persona tan quemada? ¡Esto afectará a la salud psicológica de las chicas!

La directora oyó el griterío y, asustada, quiso saber qué pasaba. Su veredicto fue muy cruel:

—Vete, vete, que asustas a la gente.

Me sentía como si fuera Frankenstein, un monstruo espantoso. Perdí las fuerzas, dominada por el desánimo, y salí de la escuela arrastrando los pies y sosteniendo de cualquier manera las libretas que me había fabricado con tanta ilusión.

Al día siguiente volví sin muchas esperanzas de que aquello mejorara. Para evitar espectáculos, entré directamente a clase, en vez de asistir a la ceremonia que se hacía todas las mañanas en el patio de la escuela, y estuve rezando todo el rato para que entonces me aceptaran, pero no fue así: volvieron a salir gritando como si las despellejaran, y diciendo que no me querían. Llorando a lágrima viva, les pedí que se quedaran, que ya me iría yo. Me dejé caer, rendida, en el pasillo. Muchas chicas me rodearon, con una tremenda curiosidad morbosa, mientras yo sollozaba sin control, y me sentía tan perdida y tan cansada... De repente noté que alguien me abrazaba. Era la tía de mi amiga Mariam, era maestra en el instituto y me había reconocido. Muy conmovida, les dijo a todas quién era yo, y subrayó que era una persona buena e inteligente. Las chicas fueron bajando las miradas, y yo poco a poco fui recuperando las fuerzas. Al cabo de unos minutos, aquel grupo de fisgonas se dispersó y el ambiente se calmó. Sólo

quedó una chica junto a mí, que me animó y me ofreció su amistad. Era de un curso superior y, curiosamente, también se llamaba Mariam.

A partir de entonces, pude ir a clase con una cierta tranquilidad. Mis compañeras intentaban no tener contacto conmigo, pero tampoco huían aterrorizadas cuando me veían entrar. Muy pronto vieron que yo era una persona inofensiva y que lo único que quería era estudiar, y acabaron acostumbrándose a mi presencia. Sin embargo, en el patio todo era distinto. Allí seguía aquel rechazo tan violento que había vivido los dos primeros días. Las chicas chillaban y corrían cuando me veían aparecer, y si yo bebía en la fuente, ellas ya no lo hacían más, como si estuviera apestada.

Fue una de las épocas más duras de mi vida. Parecía como si alguien me dijera: «¿Qué, creías que tus problemas se habían acabado y que todo te saldría bien? ¿Qué te habías creído?» Era como si con el año anterior, que había sido tan dulce, se me hubiera acabado el crédito de felicidad. Ahora tenía que volver a lo que me correspondía: luchar para que me perdonaran no sé qué pecados que no había cometido. Había dado un paso adelante, y ahora estaba dando dos hacia atrás. Me desesperaba.

Medio año después de empezar aquel curso nefasto, viví una de las escenas más humillantes en la clase de física.

Cuando entró la profesora, todas las compañeras nos levantamos para saludarla, como es costumbre, y después nos sentamos de nuevo, pero la profesora me señaló.

—Tú, levántate.

Otra vez no, por favor. ¿No podría pasar desapercibida aunque sólo fuera un día?

—Ésta es una escuela para chicas, ya lo sabes. Si quieres quedarte, tendrás que demostrar que tú también lo eres, porque no te creemos. Desnúdate.

Fue como si me dieran un puñetazo. De hecho, empezaba a sentir un dolor agudo, pero no en la cara, sino en el corazón.

—No puedo hacerlo, lo siento. Delante de todo el mundo, no puedo.

Sesenta pares de ojos clavados en mí, sesenta caras impacientes, y en su cerebro, la duda: ¿lo hará o no lo hará?

—Prefiero dejar de estudiar antes que tener que desnudarme delante de todo el mundo.

—Pues ya te puedes ir.

Recogí mis cosas y me dirigí hacia la puerta, mientras, ¡milagro!, oía cómo un par de compañeras le reprochaban a la profesora que me humillara de aquel modo.

Me sentía muy débil. Como Zelmai, habría pegado a aquella mujer cruel, pero como Nadia no podía hacer nada. Y la rabia y la impotencia me dejaban exhausta.

La profesora me siguió afuera, pero no para pedirme disculpas. Su tono era mucho más conciliador, quizá gracias a las quejas de mis compañeras, cuando me hizo una propuesta:

—¿Qué te parece si me escribes un resumen de tu vida? Haré fotocopias, y así todo el mundo sabrá, definitivamente, por qué vas disfrazada y qué te ha pasado en el cuerpo.

No me hacía ninguna gracia que el papel pudiera llegar a alguien que me conociera como chico y atara cabos. Necesitaba mantener aquella doble vida, pero tampoco podía negarme y aquella noche escribí cuatro líneas en un papel para contar muy brevemente mi historia.

El invento no funcionó: las compañeras de la escuela no cambiaron de actitud de un día para otro, pero una semana después la profesora vino a buscarme muy excitada:

—Nadia, ¿sabes quién vino a cenar a casa el viernes pasado? Un amigo de mi marido que es director de cine...

¿Por qué me contaba aquello?

—... y cuando le conté tu historia y le enseñé lo que escribiste se interesó muchísimo por conocerte.

Me lo temía. Todo aquello se me escapaba de las manos y me daba mucho miedo. Ella insistía en que debía verme con él, pero yo le dije que no quería y que, por favor, no hiciera nada sobre mí.

Un par de años más tarde supe que habían rodado una película que recordaba un poco mi vida. Me lo explicó mi amigo Waiss como una curiosidad:

—¿Sabes que han hecho una película sobre una niña afgana que se hace pasar por un niño?

El corazón me dio un brinco, pero reaccioné con rapidez:

—¿Qué se cree este director, que somos tontos? ¡Si alguien hiciera eso, lo veríamos en seguida! ¿No tiene pechos esta chica?

A Waiss también le parecía imposible:

—Claro, claro...

Y yo zanjé el tema.

—Eso es fantasía, como las películas de Bollywood. Si yo viera a una chica disfrazada de chico, lo sabría al instante.

Llegué a casa sudando por culpa de los nervios. Y no me apetecía nada ver aquella peli que tenía tantas cosas de mí. Se llamaba *Osama* y estaba a punto de ganar un montón de premios internacionales, pero tenía un final dramático.

Extranjeros

Para nosotros, Europa y América eran otro planeta. Cualquier cosa que saliera de Pakistán, Irán, o aún más, de la India, era un territorio desconocido, misterioso y atractivo. Los extranjeros que llegaban topaban al mismo tiempo con desconfianza y una enorme curiosidad y respeto. Por eso, si alguno tenía interés en relacionarse con nosotros, nos sentíamos honrados y nos distinguía de los demás, pero también nos acarreaba problemas con la policía y algunos vecinos. Yo viví todo esto porque, sin pretenderlo, llamé la atención de muchos periodistas que venían a visitar Afganistán y buscaban historias impactantes para sus medios de comunicación. Muy a menudo eran los maestros de la escuela los que me descubrían. Era como si estuviera de moda entre los forasteros. Acabé sintiéndome como si fuera la mujer barbuda del circo. Y era lo último que quería.

Estábamos en plena clase de ciencias cuando volvimos a oír correteos por el pasillo y la voz excitada de la secretaria, que decía mi nombre. Solté el boli. Otra vez lo mismo.

La mujer llamó a la puerta y entró apresuradamente, sin esperar respuesta alguna:

—¡Señorita Nur, señorita Nur! ¿Puede salir Nadia? ¡Han venido unos extranjeros a verla!

La secretaria me miró con ojos ansiosos, y el resto de la clase también me clavó la mirada mientras yo me levantaba sin prisa. Cada dos por tres la misma cantinela: extranjeros, con sus mejores sonrisas, que venían a hacerme fotos y a preguntar por mi vida. Al principio decía que sí a todo, porque aún creía que ellos eran sinónimo de gente importante, sabia, rica, famosa..., eran como una raza superior a los que teníamos que estar agradecidos por el solo hecho de interesarse por nosotros. No me pasaba por la cabeza que entre ellos pudiera haber personas ignorantes, malvadas o aprovechadas. Cuando me hacían preguntas, suponía que sentían un interés sincero por mi caso. Cuando me hacían fotos, creía que las pondrían en su álbum personal, tal y como habría hecho yo, con orgullo. Sin embargo, poco a poco fui aprendiendo que, de entre los extranjeros que me visitaban, la mayoría eran periodistas con la misión de mostrar al mundo las fotos que me hacían, y contar a todos mi historia. Me mentían sin vergüenza, decían lo que yo quería oír, con la complicidad absoluta de

mis maestros, que actuaban como mis representantes no solicitados y mis intérpretes —yo aún no sabía inglés—, y a quienes importaba más salir en la foto que protegerme: «Tranquila, dice que no se lo contará a nadie y que las fotos sólo las verá su familia...»

Cuando entendí de qué iba aquel juego de los periodistas, dejé de prestarme a él con alegría. No me atrevía a plantarles cara, pero les pedía que me dejaran en paz, y rompía a llorar. A algunos, mis lágrimas aún les parecían más estimulantes porque añadían dramatismo a la escena, y no se cortaban ni un pelo en seguir disparando sus cámaras. Mis compañeras de clase me miraban con envidia porque, según ellas, era tan importante que los forasteros me buscaban. Era inútil intentar hacer que cambiaran de opinión.

Conocí hombres y mujeres de muchos países. Y debí de salir en muchas revistas y periódicos que nunca me enviaron. Aquellas experiencias me hicieron ir tomando conciencia de la importancia de controlar mi historia. ¿Ellos ganaban dinero gracias a mí? Pues era justo que yo también obtuviera un rendimiento. Sin embargo, al mismo tiempo que descubrí que yo tenía un valor también me di cuenta de que los forasteros no estaban dispuestos a reconocerlo. Poner condiciones por mi parte —una criatura perdida en un rincón de mundo del cual nunca saldría— les parecía una insensatez inaceptable. Ellos creían que tenía que considerarme bien pagada con la notoriedad que me ofrecían, pero a mí aquello no me servía de nada: al contrario, más bien me daba problemas. No tenía derecho a aspirar al mismo grado de dignidad y bienestar al que aspiraban ellos. Y hacían con mi imagen lo que nunca se habrían atrevido a hacer con ningún vecino de sus ricas ciudades.

Pronto no sólo me conocieron los periodistas, sino que, gracias a la indiscreción de mis maestros y sus amigos, mi historia también llegó a oídos de los responsables de una asociación llamada WIFW. Y yo, que me sentía tan orgullosa de ser independiente gracias a mi trabajo, a pesar de los callos y el cansancio, tuve que hacerme a la idea de que dejarse ayudar no siempre es malo.

Fiebre y colores

Hacía tiempo que guardaba un papelito en el bolsillo del chaleco. Cuando mi madre me lo lavaba —venga a frotar una y otra vez sobre el barreño de hojalata lleno de agua y jabón—, dejaba todo lo que encontraba en los bolsillos sobre un estante. Y cuando el chaleco estaba seco, aquellas cosas —cuatro afganis, un trocito de pan seco, el papelito— volvían a los bolsillos. Creo que aquel trozo de papel cuadriculado, de libreta, estuvo allí meses y meses. No hacía nada con él, pero no quería tirarlo, por si podía serme útil alguna vez. Me lo había dado una profesora del instituto, y yo, por culpa del miedo y del orgullo —¿por qué las profesoras siempre querían solucionarme la vida?—, lo doblé y lo guardé sin ni siquiera mirarlo. Sabía qué había escrito allí: el nombre de una ONG, la dirección, el teléfono y el nombre de la coordinadora. Pero yo no me fiaba de las ONG, porque en el campo de Jalalabad había visto cómo se vendía la ayuda internacional, mientras viudas y huérfanos sin recursos se morían de hambre.

El verano del 2003, sin embargo, decidí abrir el papelito. Todo empezó cuando estaba a punto de ir a la escuela, como todos los días. El sol caía a plomo, pero yo tenía mucho frío y me sentía débil. Tambaleándome, fui a buscar la bicicleta, y cuando entré en la clase, mi amiga Mariam vio en seguida que algo no iba bien. Me tocó la frente:

—¡Estás hirviendo, Nadia! ¿Qué te pasa?

—Nada, nada, no te preocupes.

—Vete a casa en seguida, ¿eh?

—Sí, sí, Mariam, me voy a casa, tranquila.

Estaba tan acostumbrada a hacer lo que quería que ni siquiera escuché a mi amiga. Necesitaba ir a buscar trabajo; quizá para arreglar un pozo o como peón en alguna casa que se tuviera que reconstruir. El taller de bicis no funcionaba muy bien últimamente, y me hacía falta un extra.

Fui a la plaza de los jornaleros, pero fue un esfuerzo inútil. Temblaba, el aliento me quemaba y empezaba a dolerme todo el cuerpo. Sólo tenía ganas de acostarme y cerrar los ojos, que me escocían, y no podía ni pensar con claridad. Yo sabía muy bien qué tenía: malaria. Y lo sabía bien porque todos los años la cogía dos o

tres veces. Todos los que trabajábamos al aire libre y sin protección de ningún tipo éramos un banquete frecuente para los mosquitos que transmitían la enfermedad. Tuve que volver a casa, como pude y sin ningún afgani que darle a mi madre.

Una vez allí, cuando se me pasó el frío, empecé a sudar y dejé toda la ropa empapada. Mi madre me dio una muda limpia —la otra que tenía— y se dispuso a hacer la colada. Como siempre, lo que llevaba en los bolsillos fue a parar al estante. Y de repente me fijé en aquel papelito que no había querido tirar: fue como si me llamara. Pensé que un trabajo en un sitio cerrado y sentada sí que podría hacerlo, aunque estuviera enferma. Y me dormí.

Al día siguiente, sin hacer caso de mi madre, que me suplicaba que me quedara descansando, me monté en la bicicleta y me fui hacia el centro. Me sentía aturdida y espesa, y sólo tenía un deseo: tomar un zumo muy fresco. En los puestos de las aceras, los zumos envasados de granada y de cereza, hechos en Irán o en Pakistán, esperaban a que alguien los sacara de su confortable cama de hielo. Anhelaba aquel sabor con el punto justo de dulzor y acidez, pero no podía permitirme gastarme ni un céntimo. Alguna vez había cogido a escondidas un trocito de hielo y lo había lamido con avidez. Aquel día preferí beber agua de uno de los grifos que ponían algunos tenderos al alcance de todo el mundo, con un vaso de aluminio atado para servirse. Tenía tanta sed...

Finalmente conseguí llegar a la sede de aquella ONG. Estaba muy lejos de casa, y me sentía tan cansada como si hubiera subido al Hindu Kush. Las piernas me temblaban, y aún más cuando vi que en la puerta del edificio había dos guardias de seguridad con cara de malas pulgas. Era tan agotador tener que pelearme siempre simplemente para demostrar que no era culpable de nada...

Entre la fiebre y la angustia de pensar cómo convencería a aquellos dos para que me dejaran pasar, me dormí apoyada en la bicicleta. Me despertó el golpe de una lata vacía que me tiraron unos niños, que debieron de creer que estaba drogada o loca... Por suerte no me hizo daño, porque el turbante atenuó el impacto, pero sí que me desveló. Era hora de entrar. Con tanta decisión como pude, entregué el papel a uno de los guardias, diciéndole secamente:

—Dáselo a Simin.

—¿Qué Simin? Aquí trabaja mucha gente —me contestaron, recelosos de dar información sobre una mujer a un hombre.

—Aquí tienes su teléfono.

El guardia volvió a aparecer al cabo de unos minutos con dos mujeres que me hicieron entrar. Una vez superado el obstáculo, pasé

entre los guardias sintiéndome victoriosa, pero, en cuanto estuve dentro, me eché a llorar de pura debilidad, medio desmayada.

—¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasa a este chico? ¡Entrémoslo a la sala, rápido! —oí, como con sordina.

Unas manos me cogieron y me ayudaron a andar hasta una habitación, grande y luminosa, donde me desplomé sobre una silla. Las paredes, de color amarillo pálido, parecían recién pintadas; la mesa también se veía bastante nueva, y en la pared..., un estante lleno de libretas. Sin duda, había ido a parar a un sitio donde había dinero.

—Yo..., yo... —balbuceé.

—Calla, calla y no te muevas todavía.

No hacía falta que me lo repitiera: me sentía tan desfallecida que no podía ni mover un dedo.

La que me hablaba era la responsable, a quien Simin había avisado. Tenía unos cuarenta años, era alta y hablaba con la seguridad de alguien que se tiene que enfrentar a situaciones difíciles todos los días. En cambio, las chicas que me habían recibido aún me miraban tan desconcertadas como si hubiera aterrizado un ovni ante sus ojos.

—Ayudadla a incorporarse y traedle un zumo de naranja bien fresco, que se repondrá. Y después dejadme sola con ella, por favor.

¡Libretas, zumo y un trato amable! Podría haberme quedar a vivir allí para siempre.

—Ya sé quién eres, Nadia. Tu profesora me habló de ti.

La responsable fue muy atenta y me tranquilizó mucho. Me explicó que WIFW era una organización que ayuda a las mujeres que han sido víctimas de la guerra en cualquier parte del mundo, a través de ayudas económicas y talleres ocupacionales. Y yo la escuchaba e intentaba no distraerme con los sonidos que nos llegaban del resto de la casa: conversaciones, carcajadas y, sobre todo, taconeos. ¡Me parecían tan alegres aquellos «tap-tap-tap»! Y más aún cuando pensaba que sobre aquellos tacones andaban mujeres que no llevaban la cabeza cubierta. Lo veía en la escuela y ahora aquí: quizá sí que era cierto que la libertad volvía lentamente a Kabul...

Le expliqué rápidamente mi historia, que ella conocía por encima, y le pedí ayuda para no tener que volver a trabajar en el campo. Ella en seguida me dijo que me incluiría en uno de sus programas y que todo se arreglaría. Volví a mirar a mi alrededor, todo tan pulcro y agradable. Por la ventana se veía el patio, lleno de rosas y con una fuente en medio. Me habría sentido como si me hubiera tocado el gordo si no fuera porque a mis diecisiete años ya había aprendido a no confiar en los cuentos de hadas. Y sobre todo, porque todo el cuerpo me dolía por culpa de la maldita malaria. Así que, en vez de saltar de

alegría, sólo dije:

—Muchas gracias.

—De nada. Te cuento cómo funcionamos: tenemos grupos de entre quince y veinte mujeres con experiencias parecidas a la tuya. Se encuentran y se cuentan qué les ha pasado, y una monitora las aconseja. A cada mujer se le asigna una «amiga» de Estados Unidos que cada mes le envía quince dólares.

Eso no me hizo ninguna gracia.

—No quiero contar mi historia a veinte mujeres. Gracias, pero me voy.

Ella, con gestos amables pero imperativos, impidió que me levantara de la silla.

—¡Es que no entendéis mi situación!

Ella aseguró que mi historia no saldría de allí, y al final me ganó su determinación: acepté. Como regalo de bienvenida, me dieron una lata de aceite para cocinar de dos litros, un bolígrafo y lo que me hizo más feliz: una caja de colores para pintar y tres libretas de hojas grandes. No le había pasado por alto que las miraba con deseo.

Cuando salí de la casa, ya había olvidado las reuniones de mujeres, las amigas americanas, los dólares y el zumo de naranja: sólo tenía en la cabeza recuerdos de cuando era pequeña y dibujábamos con Zelmai, llenando los papeles de figuras, sin sospechar que los lápices pudieran ser nunca un artículo de lujo para nosotros. Estaba tan ilusionada que, en vez de volver a casa o ir a clase, busqué un rincón tranquilo, me senté en el suelo y empecé a pintar con todos los colores sin poder dejar de sonreír.

Joyas

—Mamá, ¿sabes qué? Tendré una amiga extranjera y me enviará dinero.

Mi madre me observó atentamente para comprobar si la malaria me hacía delirar.

—Estoy bien, mamá. ¡Mira qué me han dado!

Le enseñé el aceite, las libretas y todo lo demás, y le propuse que viniera conmigo a WIFW, diciéndole que seguro que la gente de allí le caería bien y podrían ayudarla poniéndola en contacto con una colaboradora americana.

—¡De qué quieres que hable con una forastera!... Y ahora, por favor, limpia el palomar, que tu padre dice que le molesta mucho la peste que hace.

La conversación con mi madre estaba acabada, y no había podido convencerla. Miré a mi padre, sentado en el suelo con la misma apatía de los últimos meses, y ya ni siquiera intenté establecer contacto visual con él. Fui a sacar la porquería de las palomas que criaba, sin decir nada más.

En la primera reunión de WIFW reviví una escena conocida: como iba vestida como siempre, cuando entré asusté a las mujeres que ya estaban sentadas en el suelo, formando un corro.

—Tranquilas, es Nadia, una chica —explicó la profesora.

Me sentí muy incómoda durante aquella sesión. Yo no estaba dispuesta a contar cosas a personas extrañas que podían desvelar mi secreto, y aún menos a mujeres de mi barrio a las que conocía de vista. La profesora nos dio nociones de higiene, pero a mí me parecían inútiles, porque pensaba: «¿Cómo quiere que nos lavemos si no tenemos jabón? ¡Ojalá volviéramos a tener ducha y champú como cuando era pequeña!» Cuando me atreví a decirlo en voz alta, ella sólo supo recomendarme paciencia. Paciencia, qué gran consejo...

Le pedí a la profesora que les dijera a las demás que no me saludaran si me veían por la calle, para no ponerme en evidencia, pero no sirvió de nada. Ya desde el primer día, a la salida, cuando me dirigía hacia la bicicleta con decisión y sin mirar atrás, un par de compañeras me preguntaron adónde iba. No había nada que hacer.

Teóricamente, tenía que asistir a dos de aquellas reuniones todas las semanas, pero tras la primera experiencia sólo volví una vez más.

Eso sí: a primeros de mes pasé a cobrar los quince dólares. A cambio, tuve que escribir una carta de agradecimiento, prácticamente dictada, para aquella amiga de quien sólo sabía el nombre y su ciudad: Christina, Chicago.

Aquello no funcionaba. Los encuentros no podían ayudarme —más bien al contrario—, ni el dinero que me proporcionaba aquella desconocida de la otra punta del mundo me solucionaba la vida. Hablé con la responsable, y ella me propuso entrar en el programa de formación en que enseñaban el oficio de cortar piedras semipreciosas para hacer joyas. Así podrían justificar que cobrara aquel pequeño sueldo.

Y así fue como empecé a trabajar en la sede de WIFW. El problema era que aquel «pequeño sueldo» era mucho menos que pequeño: era irrisorio. Al principio no me pareció tan mal que pagaran quince dólares al mes, porque estaba aprendiendo un oficio y sólo me pedían dos horas de dedicación diaria. Pero cuando después me ascendieron a ayudante del profesor, cargo que implicaba permanecer muchas más horas allí, esperé que el sueldo subiera proporcionalmente, y no lo hizo. Y quince dólares para un trabajo de verdad era un abuso.

No había sido la alumna más formal del taller, porque cuando encontraba trabajos más lucrativos dejaba de ir, pero sí que había aprendido mucho, e incluso decían que estaba dotada para tratar las piedras. Me gustaba ver cómo de aquellas pequeñas piedras llenas de tierra salían amatistas o turquesas que iban a parar a elegantes collares o pendientes. Aquellas piedras hacían muchos viajes: de las rocas afganas, de donde las extraían algunos señores de la guerra, a Pakistán, donde las vendían, y de allí de nuevo a Afganistán, para cortarlas y convertirlas en joyas.

Yo no era la única ayudante del profesor Said. Había también una mujer muy concienciada, que siempre sufría porque tenía que alimentar a sus hijos, e insistía en que teníamos que reivindicar nuestros derechos, pero resistía y resistía. Y una chica joven que me fascinaba porque estaba en las antípodas respecto a mí: fina y presumida, cuando se dignaba aparecer siempre iba maquillada y con un pañuelo pequeño y elegante sobre el cabello impoluto y peinado a la moda. De vez en cuando la oíamos decir: «Eso no puedo hacerlo, ¡que se me estropearán las uñas!» Era tan insólito que no nos podíamos ni enfadar, y le permitíamos hacer los trabajos más delicados.

El profesor Said —casado y con un montón de hijos— intentaba coquetear con ella, pero ella le tomaba el pelo diciéndole que era

«igual, igual» que un actor indio... Gracias a ella, nos reímos un montón y, de vez en cuando, conseguimos que Said nos invitara a comer alguno de los caramelos de leche que compraba en paquetes de kilo, y que nos gustaban tanto que incluso le birlábamos alguno cuando no nos veía.

No eran sólo un capricho: en aquel tiempo pasaba bastante hambre. Cuando llegaba a WIFW, al salir de clase, todo el mundo estaba comiendo. Sentía aquel olorcillo de carne que salía de la cocina, pero no tenía derecho a comer allí porque no era trabajadora en plantilla. Casi siempre tenía que conformarme con el pan que llevaba en el bolsillo, mientras esperaba que hubiera suerte y alguien, ya lleno, me cediera parte de su plato.

Era de dominio público que el profesor Said cobraba quinientos dólares al mes. Y yo, que tenía asignados sólo quince, a veces tenía problemas para cobrarlos por culpa del cajero de la asociación, un hombre prepotente al que le gustaba humillarme. Entonces yo me enfurecía y empezaba a amenazar con lo peor que se me pasaba por la cabeza: normalmente decía que haría estallar una bomba debajo de su silla. Supongo que él pronto descubrió que no haría nada, pero en aquel momento, en caliente, si me hubieran puesto una bomba en la mano, la habría hecho estallar sin dudarlo ni un momento.

Pasé cuatro meses enseñando a cortar piedras y enhebré los collares que después se vendían por internet hasta que me harté. La directora primero me dijo que no me podía pagar más..., pero al día siguiente me comunicó que había cambiado de opinión, y me subió el sueldo hasta los cien dólares. No le pregunté qué había pasado, pero salí de su despacho viendo visiones. Cuando, al cabo de pocos días, nos anunciaron que el responsable internacional de la organización, con sede en Estados Unidos, había llegado a Kabul y tenía la intención de hablar con los trabajadores, lo entendí todo.

Y así fue como seguí en WIFW. En un primer momento, cien dólares me parecieron una fortuna. Compré unas cortinas rojas, a juego con la alfombra, que vistieron por primera vez las ventanas de casa. También compré una pequeña batería que nos servía para hacer funcionar el viejo radiocasete y para cargar la linterna que utilizábamos para movernos cuando ya era de noche. Mi madre pudo renovarse la bata de andar por casa y comprarse unos zapatos más cómodos que las sandalias de plástico del mercadillo. Y decidimos renovar también los colchones porque nos levantábamos doloridos: en vez de estar rellenos de ropa vieja, iríamos comprando algodón para ponerlo dentro. Pero para eso teníamos que ahorrar.

También empecé a llevar aceite vegetal para mejorar la dieta de

mi madre, que sufría del corazón, y me acostumbré a comprar carne una vez a la semana, pero sólo para ella: el resto tuvimos que seguir usando manteca de origen incierto —que era vomitiva— para nuestros platos, y la carne sólo la olíamos. A veces incluso soñaba con aquellos guisos deliciosos de mi infancia, cuando podíamos comer diez o doce personas y todos quedábamos satisfechos

Pronto entendimos que era imposible que nuestra familia saliera de la miseria con aquel sueldo. Sí, nuestra casa de dos ambientes se veía más acogedora. Y mi madre comía un poco más sano. Sin embargo, no podíamos beber leche a menudo, y yo necesitaba una mochila que no estuviera rota por todas partes. Y unos zapatos para poder sustituir los que llevaba, tan malos que se me rompían y tenía que atármelos a los pies con trozos de tela... Pronto, además, llegaron gastos de verdad.

La casa de la montaña

Poco tiempo después tuvimos una visita inesperada. O mejor dicho, una visita que esperábamos, pero en la que preferíamos no pensar: la de las propietarias de la casa.

Por ellas supimos la historia de la familia que había vivido en lo que había sido nuestra casa los últimos años: eran una pareja con un hijo y tres hijas. Durante la guerra, como todo el mundo, habían tenido que buscar refugios temporales mientras había combates en su barrio. Mientras estaban en el sótano de casa de su tía, los padres y el chico quisieron hacer una corta visita a su casa para coger más mantas y comida. Las chicas esperaron y esperaron, pero nunca volvieron: una bomba los había matado a los tres. Y como suele suceder en las historias afganas, la desgracia no se acabó aquí: cuando ellas fueron a buscarlos, cayó otra bomba e hirió a la más pequeña, a quien tuvieron que amputarle una pierna. A mí me pareció, a pesar de todo, una chica muy bonita, alegre y simpática. Hablando con ella, que se sentía muy agradecida porque decía que les habíamos cuidado muy bien la casa, me llegaba a olvidar de que llevaba muletas y no podía andar bien.

Ella, sin embargo, no lo olvidaría nunca, y cuando, años después, sus hermanas mayores se casaron y se quedó sola, ante la perspectiva de envejecer sirviendo como una esclava a su tía, tirana y desagradable, decidió ahorcarse en el garaje.

Con la llegada de las tres hermanas, nosotros tuvimos que buscar otro sitio. Poco a poco, algunas personas iban volviendo del exilio, y se hizo imposible ocupar una casa en los barrios más céntricos. Nosotros no teníamos dinero para pagar un alquiler, de modo que tuvimos que trasladarnos a las afueras de Kabul, en la falda de la montaña. En aquellos momentos era una zona sin calles estructuradas, tiendas ni transporte público, sólo había casas dispersas construidas en medio de aquella nada pelada y polvorienta.

El traslado a «la casa de la montaña», como la llamábamos, fue rápido porque no teníamos muchas pertenencias que llevar. Lo único que me dio trabajo fue desprenderme de todos los animales que criaba para conseguir unos ingresos extras. En aquellos momentos tenía diez palomas, un cordero, un ternero, un halcón, un canario y dos loros, además de un perro. Hacía tiempo que habíamos convertido una

habitación de la casa medio destruida en establo, y cuando lo necesitaba, llevaba a vender alguno de los animales al *kaftar foroshe*. Era un mercado muy colorista y alegre, lleno de tiendas de barro y comerciantes callejeros, en el que se mezclaban las voces de los vendedores y los gritos de los animales de todo tipo. Costaba andar sin peligro de pisar una oca o de que un asno te diera un golpe con la cola, pero a mí aquella multitud apretada de gente y ganado me ponía de buen humor.

El dinero de WIFW y de la venta de los animales se acabó rápidamente, porque la casa de la montaña estaba en muy mal estado, y para poder vivir en ella tuvimos que repararla antes: incluso tuvimos que contratar a un peón para que nos ayudara.

En seguida nos dimos cuenta de que una de las mayores incomodidades era que no sólo no había agua corriente en la zona, sino que la fuente más próxima estaba bastante lejos, en la llanura. Se me ocurrió que podía sustituir el trabajo de la cría de animales por el de aguador. Al cabo de pocos días ya distribuía agua, dentro de bidones de gasolina, a los vecinos. Era un trabajo duro, y eso no me asustaba, pero ganaba muy poco dinero con él. Seguíamos viviendo en la miseria, y yo no estaba dispuesta a dejar de estudiar.

Entonces conocí a mi benefactor.

El protector alemán

Todo empezó cuando Mariam, la chica que me había consolado el primer día de instituto, me contó que le había hablado de mí a su tío, que le hacía de padre, y que él le había dicho que tenía ganas de conocerme. Y poco tiempo después me invitaron a su casa. Al igual que me pasó con mi amiga Mariam de la escuela primaria, me deslumbró lo que vi. Y también, como en aquella ocasión, encontré a alguien empeñado en ayudarme. En este caso, el tío Ganí. Después de hablar con ella, le pidió que fuera a verlo al despacho, en una central eléctrica. Conocía la zona: de pequeña había ido a menudo a ver a unos parientes que vivían allí. De entrada temí que alguien me reconociera y me pudiera causar problemas, pero por suerte no pasó nada, y al final me alegré de haber ido porque pude comprobar que lo habían reconstruido después de que la guerra lo hubiera dejado todo hecho añicos.

El tío Ganí era un ingeniero que trabajaba de asistente y traductor para el señor Hans, un ejecutivo alemán que había venido a Afganistán por trabajo. A mí me intimidaba aquel hombre extranjero, ya viejo, serio y formal, que siempre parecía dar órdenes. Me limité a contestar sus preguntas, que el tío Ganí traducía, sin entender qué hacía yo allí.

Pronto se acabaron las formalidades y la entrevista. El tío Ganí me indicó que le diera las gracias y me despidiera, y ya fuera del despacho me explicó que el alemán le había pedido que me acompañaran a comprar.

En seguida me encontré dentro de un taxi con la tía de Mariam, que llevaba un billetero lleno de dinero para gastar en lo que yo necesitara en las tiendas del centro, donde normalmente no me dejaban ni entrar. Parecía un sueño. Compramos turbantes para mi padre y para mí, y zapatos y ropa para mí, mi madre y mis hermanas. Eufórica, me atreví a pedir también un reloj. Hacía mucho tiempo que usaba reloj, pero los que había tenido hasta entonces eran tan sumamente sencillos que se me rompían con frecuencia. Sin embargo, la esposa del tío Ganí me censuró:

—Quizá la próxima vez.

Yo no tenía claro cuál era el trato, ni si habría segunda vez, pero decidí disfrutar de aquel momento. Sobre todo fui feliz cuando llegué

a casa y le enseñé a mi madre aquella bolsa tan grande que llevaba llena de vestidos que nos parecían de lujo.

Al día siguiente volví a visitar al señor Hans, para darle las gracias. Me hizo un guiño y, con una leve sonrisa, me dijo:

—Sé que no tienes reloj.

Por un momento pensé que me diría que intenté abusar de su generosidad, pero, en vez de eso, vi, con los ojos abiertos como platos, cómo se quitaba el reloj que llevaba en la muñeca y se lo daba a la secretaria con la orden de llevarlo a ajustar para que me fuera bien a mí.

Y así, de repente, parecía que la suerte me había cambiado. Hans, quién sabe por qué, había decidido ayudarme sin pedir nada a cambio y sin límite aparente. Nunca me dio dinero en metálico: se lo daba al tío Ganí, que lo gestionaba según mis necesidades. Pudimos comprar sillas para que mi madre, que tenía graves problemas en las rodillas, pudiera sentarse cómodamente. No nos volvieron a faltar ni comida ni medicinas. Y más adelante incluso pudimos dejar aquella casa tan incómoda de la montaña porque él nos pagó el alquiler de una casa mejor comunicada, donde hizo que nos construyeran un pozo con una bomba de agua en el patio, la envidia del vecindario.

Ajmal

Ajmal tenía ciertas dificultades con los estudios, y su mala letra le causaba problemas con los profesores. Yo tenía unas ganas locas de estar con él, y por eso me ofrecí a darle clases de caligrafía todas las semanas.

—Zelmai —me decía Ajmal—, cuando me case, tú me harás las invitaciones. Si no, te mato, ¿eh?

Entre nosotros dos todo era intenso.

No siempre trabajábamos. A veces tomábamos el té e inventábamos negocios que podríamos hacer juntos. Criaríamos corderos, pondríamos un cibercafé..., soñábamos lo ricos que nos haríamos y lo bien que nos lo pasaríamos los dos.

Pero una cosa eran los sueños y otra la realidad: el hambre y la miseria. A pesar de que me iba mejor que nunca, de vez en cuando todo se me hacía cuesta arriba. Y total, aquella felicidad que sentía me la daba un amor que no tenía ningún tipo de futuro. Ni siquiera podría mantener a los amigos para siempre, porque, tarde o temprano, mi mentira nos acabaría separando.

Vi que no podía seguir de aquella manera después de una visita al médico con mi madre, en la que nos recordó que sufría un problema de corazón, y que era necesario que se alimentara mejor. Por ello, cuando un conocido me ofreció que me hiciera cargo de unas tierras de Kandahar, acepté. Ni el amor ni la amistad me darían comida ni medicamentos para mis padres.

El mismo día fui a comunicárselo al grupo, y Ajmal dijo, desolado:

—¡No puedes irte! Y yo ¿qué? ¡No podremos estar juntos!

«¿Por qué está tan triste si no sabe que soy una chica?», me preguntaba yo, con un cosquilleo en el estómago.

—Ya lo he decidido, Ajmal; pasado mañana nos iremos. Allí podré mantener a mi familia y no tendré que dar explicaciones a nadie.

Para despedirme, Waiss nos invitó a pasar la noche en su casa, algo que no habíamos hecho nunca y que yo, al mismo tiempo, quería y no quería. Por encima de todo me daba miedo que me descubrieran, y por eso le pedí a mi madre que cuando hubieran pasado dos horas

mandara a mi hermana Rosiá a buscarme, con la excusa de que nuestra madre se encontraba mal y que me necesitaba.

Y así, cenamos juntos, tomamos té, y Rosiá no llegaba. Nos pusimos a ver la televisión, y ni rastro de Rosiá. Yo estaba nerviosísima, pero no podía decir nada, y cuando Waiss propuso extender las mantas, no tuve más remedio que aceptarlo. Me había tocado dormir junto a Ajmal, y eso aún complicaba más las cosas. Sufría de veras por si a Rosiá le había pasado algo, sufría por que mis amigos no vieran quién era yo, y sufría porque Ajmal estaba tan cerca que no podía ni respirar. Fue una noche tan llena de emociones que parecía que el corazón estuviera a punto de reventar.

Al día siguiente, en cuanto salió el sol, corrí hacia casa hecha un manojo de nervios y muerta de sueño por la noche en vela que había pasado, y supe que Rosiá no había ido porque le daba miedo salir de noche. ¡Estuve a punto de asfixiarla! Pero pronto se me pasó: sólo pensaba en cada uno de los minutos que había pasado junto a Ajmal. Tan guapo, tan divertido, tan dulce... y tan afectuoso conmigo. ¿Cómo podía ser?

Aquel día preferí ir a cerrar los tratos por las tierras en Kandahar. Por el camino no podía dejar de sonreír pensando en mi amigo, pero la sonrisa se me marchitó justo después de llegar a casa de mi conocido:

—Zelmai, lo siento mucho, pero, al parecer, mi padre ya ha cedido las tierras que te dije a otra familia. ¡Perdóname, por favor!

Me sentí como si me hubieran echado un jarro de agua fría. Tendría que volver a la complicada vida de Kabul.

Y de nuevo, aquella tarde, Ajmal me sorprendió:

—¡Soy tan feliz porque al final te quedas aquí! No te preocupes por nada, tú estudia y yo ya te ayudaré en lo que pueda.

¡Cómo me habría gustado abrazarlo!

Por suerte, no parecía que el grupo se diera cuenta de nuestra relación tan especial, todo parecía perfectamente natural. Nos veíamos casi a diario para estudiar —cuando no hacíamos caligrafía, hacíamos inglés, y si no, nos ayudábamos con las matemáticas o con lo que hiciera falta—, y también quedábamos a menudo para dar una vuelta o divertirnos. Un día estábamos todos charlando en la calle, delante de la tienda de ropa de nuestros amigos Nazad y Naqil, cuando nos dimos cuenta de que era la hora de la plegaria de la tarde.

—Venga, Zelmai, ¿por qué no hacemos *jamad*? Recemos aquí mismo, y tú nos diriges, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, venga, poneos bien.

Tal y como hacían los mulás, me situé de espaldas a mis tres

amigos, me tapé la cara con las manos y dije las palabras de inicio: *«Allah akbar.»* A veces, después de ese punto, ellos desaparecían para tomarme el pelo, o era yo quien me escondía mientras ellos estaban agachados con la frente tocando el suelo y no podían verme. Pero aquel día, todos nos lo tomamos en serio. Y fue una suerte, porque cuando acabé y me volví, vi que, además de mi grupo, había unas veinte personas siguiéndome. Entre ellos, un alto funcionario municipal y un mulá de otro pueblo que no había llegado a tiempo a la mezquita y que me felicitó, ante mi asombro. Aquella anécdota corrió por el barrio, e hizo crecer mi prestigio.

A mí lo que me interesaba era lo que Ajmal y el resto pensaran de mí.

Y sé que me veían como un personaje un poco extravagante, antojadizo y a veces hosco, pero que me querían a pesar de todo. Sabían que había misterios que yo quería mantener, como mi edad. Normalmente les decía que era más pequeño que todos ellos, porque pensaba que así no les sorprendería que no me hubiera salido barba ni me hubiera cambiado la voz. Pero de vez en cuando quería subrayar que no era ningún crío. Como el día de las elecciones.

En noviembre del 2004, un día que Ajmal y yo íbamos juntos en mi bicicleta, me dijo:

—¡Eh, Zelmai, ya soy mayor de edad! Y ¿sabes qué? Ya he votado. ¡Tachán! ¡Mira! —Ajmal me enseñó el carné de votante que le habían dado en el colegio.

—Ah, sí —dije, aparentando indiferencia—, yo también iré a votar hoy.

Ajmal rió:

—¿Cómo quieres votar si aún no tienes dieciocho años? ¡No te ha salido ni un pelo en la cara!

—¡Es que he hecho magia! Claro que tengo dieciocho años —repliqué con una risa forzada.

Me había tocado un punto sensible. Y se me metió entre ceja y ceja que yo también tenía que votar como fuera y conseguir un carné como el de Ajmal, que demostrara que ya no era un crío.

No fue fácil. Primero busqué un colegio electoral donde no hubiera mucha gente y donde el control de entrada no pareciera muy exhaustivo. Entonces me ensucié con polvo del suelo, y entré muy decidida.

—¿Eh, adónde vas? —me preguntó un hombre en darí. Yo le respondí en pastún:

—Perdona, pero no te entiendo. Me han dicho que he de venir aquí y votar... —Mi intención era parecer alguien que no se enteraba

de nada.

Los tres o cuatro responsables del colegio se pusieron a discutir sobre si tenían que dejarme votar o no, porque parecía muy joven. Uno de ellos, que hablaba pastún, me preguntó la edad, y yo dije que tenía diecinueve años. No acababan de creérselo.

—Incluso tengo familia —añadí.

El debate continuaba. El que hablaba pastún comentó que era cierto que en las comunidades rurales pastunes la gente se casa muy joven. Al final accedieron a dejarme votar.

—El pasaporte, por favor.

—¿Cómo? ¿Qué *paspot*?

Aquel hombre resopló, resignado.

—... mira, moja el dedo en este tintero y pon una huella en el papel, y ya está.

Después me dieron un papel lleno de fotos y nombres de los candidatos, y un rotulador para que le pusiera una marca a alguno, allí delante de ellos. Bajo la mirada de todos, hice una cruz junto a Hamid Karzai. La verdad es que me daba igual quién ganara.

Al cabo de una hora —después de lavarme—, entraba triunfante en casa de Ajmal para enseñarle mi carné de votante. Creo que más que confirmar la edad, volví a demostrarle que era tozudo y que conseguía todo lo que me proponía.

Él sabía que era muy orgulloso, y que a veces era mejor seguirme la corriente para que no me sintiera mal. Por ejemplo: como era consciente de que yo muchas veces no comía para poder seguir mi programa diario de estudios y trabajo, tan apretado, él buscaba excusas para que fuera a su casa.

—Zelmai, por favor, ¿podrías pasarme los apuntes de inglés? Es que no me aclaro.

Cuando yo me presentaba en su casa, casualmente encontraba un plato de huevos revueltos a punto.

Su ternura me desarmaba. Y sus sueños me descolocaban. Él imaginaba que un día su tía, que vivía en Londres, le propondría que fuera a vivir con ella, y una vez instalado, él le pediría que también fuera yo. Yo terminaba aquel sueño con un pensamiento: una vez en Londres, podría decirle a Ajmal que yo era una chica, y seguiríamos siendo buenos amigos... No me atrevía ni a imaginar que él y yo pudiéramos ser algo más que eso.

Me esforzaba en hablar con él de chicas, en preguntarle cuáles le gustaban, en aparentar que yo también le había echado el ojo a alguna, y a imaginar cómo seguiríamos viéndonos cuando ya tuviéramos mujer e hijos. Pero eso me hacía daño, y me impacientaba

por estar cerca de él. Cuando nos saludábamos, nos dábamos la mano y nos tocábamos el hombro, y aquel contacto me quemaba. Yo quería más: deseaba darle un beso y no podía, y eso me hacía sentir impotente hasta las lágrimas.

Mi madre me había prevenido contra el amor y, sobre todo, contra el matrimonio —que en Afganistán son dos cosas que normalmente tienen poco que ver—, y todo me indicaba que tenía razón: conocía centenares de historias desgraciadas de parejas que no podían casarse y de casados que no podían ni verse, y en todos los casos la que más sufría, con diferencia, era la mujer... Pero aun así, me había enamorado de Ajmal hasta la médula. Él me valoraba, hacía que me sintiera especial, y me daba esperanza y felicidad. Y fuerza para soportar los comentarios bienintencionados de mis tías, que decían: «Nadia ayuda a su madre porque no puede casarse.» Y me ofrecían: «Si quieres, cuando se muera tu madre podremos acogerte.» En mí no veían a una persona capaz, con personalidad y con ganas de ayudar, veían a alguien mutilado y sin perspectivas.

A veces se me contagiaba esta visión de mis tías, y me imaginaba que en el futuro tendría que pedir a mis hermanas o a algún otro familiar que me dejara vivir en su casa a cambio del trabajo doméstico. Pero después reaccionaba y me decía: «Eso es absurdo. No necesito casarme o que me acojan para salir adelante: ¡soy una persona inteligente que puede vivir sola perfectamente!» Ajmal me ayudaba a creer en mí. Lo amaba locamente.

Y sentía que él, de una manera inexplicable, me correspondía.

Si tú no comes, yo no como

Una noche, al salir de la clase de inglés, Ajmal me comentó que aún no había comido.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque he pensado que tú aún no habías comido. Si tú no comes, yo no tengo ganas de comer. Si tú no bebes, yo no tengo ganas de beber.

Al día siguiente pude comer en casa y, cuando vi que mi madre había cocinado el plato preferido de Ajmal —patatas con salsa—, decidí que si él no podía comerlo, yo tampoco lo haría.

—¡Qué burrada! —me echaba en cara mi madre—. Cuando venga Ajmal ya le daremos un plato, no te preocupes.

Pero yo había perdido el apetito y no lo recuperé hasta la tarde, cuando nos volvimos a ver y pudimos comer juntos. Aquel día nos confesamos sensaciones que habrían escandalizado a cualquiera por tratarse de dos chicos:

—Zelmai, he tenido dolor de cabeza todo el día, y ahora que estamos juntos se me acaba de pasar.

—Yo..., yo también, Ajmal.

Salimos a la calle, maravillados de aquella magia, compartimos una pepsi y paseamos tambaleándonos y riendo como si estuviéramos borrachos. Las confesiones siguieron, cada vez más desinhibidas:

—Cuando me voy a dormir, estoy triste porque no estás —me decía. Y yo no paraba de reír, llena de felicidad.

Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, ya estaba delante de su casa para ir juntos a rezar a la mezquita. Y antes de separarnos para ir cada uno a su instituto, quedamos en que cenaríamos juntos en casa aquella noche. Mi madre no se encontraba bien, y por eso le pedí a Ajmal que se encargara de comprar carne y de llevársela.

—Zelmai, con este turbante que llevas y esta mochila ¡pareces de Al-Qaeda!

—¿¡Qué dices!?

Ajmal se fue de prisa y riendo.

Todo el día fue una cuenta atrás. Estaba muy emocionada, pensando en todas las horas que pasaríamos juntos: la tarde, la cena y después, cuando lo acompañara a su casa con la bicicleta.

Por eso fue tan decepcionante cuando llegué a casa a las cinco y

él ni estaba ni había llevado la carne, como habíamos quedado. ¿Me había hecho demasiadas ilusiones?

En un primer momento no me di cuenta de que mi madre no había salido a la puerta a recibirme, como siempre, para saludarme con alegría. Aquel día la encontré de espaldas, haciendo algo que no podía ver. Yo dejé la mochila, y hablaba de la cena, cuando ella cambió de tema sin volverse:

—Zelmai, tú eres una persona muy religiosa, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Dios nos da y Dios nos quita.

Me acerqué:

—¿Qué pasa?

Mi madre escondía la cara, anegada en lágrimas.

—Ajmal ha tenido un accidente.

—¡Ah! —reí—, qué excusa más mala por llegar tarde hoy. Siempre bromea.

—No —me replicó muy seria—, en serio. Y se ha hecho mucho daño... en la pierna.

Yo seguía en la luna:

—Ya lo ayudaré, no pasa nada. ¡Me voy a su casa!

Salí de casa feliz, pensando que pronto estaría junto a él.

Delante de la puerta había un gentío inusual, y, cuando llegué, tuve la sensación de que todos me miraban y dejaban de hacer lo que estuvieran haciendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

No tuve tiempo de pensar; un primo de Ajmal me lo dijo de un tirón:

—Ajmal ha muerto esta mañana. Te hemos esperado, pero, como no venías, hemos tenido que llevarlo al cementerio.

—No.

El tiempo se detuvo.

Más tarde me contaron que, a las siete de la mañana, Ajmal, cargado con la carne y los tomates que ya había comprado, iba a llevárselos a mi madre cuando un coche lo atropelló. Así de absurdo, de monstruoso. Y yo veía a Ajmal en el suelo, y los tomates, rodando por la calle. Pero ya no estaba tendido en medio de la calle, sino en el cementerio, porque los hospitales no tenían neveras para guardar a los muertos, y era muy urgente enterrarlos.

Me puse a andar hacia el cementerio: casi una hora a pie. Como si me hubiera vuelto loca, de camino me iba deteniendo para coger arena y polvo a puñados, rompiéndome las uñas, y me lo ponía en la cabeza, como si yo misma quisiera ser enterrada. Por dentro gritaba y

lloraba, pero no me salía la voz, estaba ida, tropezaba, perdí los zapatos... Cuando llegué, la tumba ya estaba cerrada, y habían puesto flores encima. Todo estaba lleno de gente. Yo recordaba aquella ocasión en que Ajmal me había acompañado a ver la tumba de Zelmai. Me había ayudado a poner dos piedras paralelas para indicar que allí yacía un hombre, y habíamos plantado juntos el palo con un pañuelo verde que señalaba que era un *shaid*, una víctima inocente de la guerra. Rezamos a la manera tradicional, mirándonos las manos como si fueran un libro abierto, y pidiendo a Dios que perdonara a los muertos.

Aquel día era Ajmal quien estaba enterrado, y fueron otros amigos los que me tuvieron que llevar a casa. A las tres de la madrugada me desperté, recordé con un sobresalto lo que había pasado y volví sola al cementerio. Entonces pude llorar. Lloré por Ajmal, y aquellas lágrimas hicieron saltar por los aires la presa que tenía llena, hasta los topes, de las lágrimas que nunca había vertido por Zelmai. Lloré ríos, torrentes, mares. Lloré por todos mis lutos. A la mañana siguiente, los padres de Ajmal me encontraron todavía sobre la tumba, dormida. Rebozada en el barro que formaban mis lágrimas y la tierra.

No tengo ningún recuerdo de cómo volví a casa aquella segunda vez. De hecho, no tengo ni idea de cómo respiré durante los días siguientes. Se me había helado la vida en el interior del corazón. Mi madre me explicó que sobreviví cinco días como una marioneta, sin voluntad ni conciencia. Al sexto día, la vida me volvió, pero sólo para llenarme de un dolor insoportable. Me sentía como si de repente me hubieran mandado a un planeta a mil años luz, y no conocía nada ni a nadie. Mis amigos venían a verme, me traían comida, me abrazaban, pero yo los rechazaba a todos. Les pegaba, los echaba a gritos. No tenía sitio para nada más que para mi dolor.

Me abandonaba, esperando morir de un momento a otro. Pero una profesora del instituto que vino a visitarme decidió impedirlo: le dijo a mi madre que era urgente que me viera un médico, que me llevaran inmediatamente. Y ella misma, con el tío Ganí, me acompañaron al hospital, donde me atiborraron de sedantes y les advirtieron de que no hubiera nada a mi alrededor con lo que pudiera hacerme daño. También buscaron mi curación por la vía espiritual: me acompañaron al mausoleo de un santo para rezar por mí. Yo, completamente drogada, no podía pensar, y no recuerdo ni sus plegarias ni sus lágrimas.

Aquellos días, el tío Ganí me hizo de padre: sufría por mí y no me dejó sola ni un momento. Un día me dijo que subiera al coche, que me

llevaría al despacho del señor Hans. Subí como un corderito; me daba igual si me llevaba allí o a cualquier otra parte del mundo.

El señor Hans me recibió muy serio; quizá más de lo habitual. A duras penas nos habíamos sentado, uno a cada lado de su mesa de despacho, cuando me preguntó:

—Me han dicho que no estás bien. ¿Qué te pasa, chica?

Le contesté que mi vida no tenía sentido desde que mi amigo Ajmal había muerto.

—Morir tú no es la solución. —No lo decía escandalizado, ni apenado, ni inquieto como toda la gente a la que se lo había dicho. Por eso lo escuché con atención—. Te contaré algo.

Y el señor Hans me contó que durante la segunda guerra mundial, cuando entraron los rusos en el pueblo alemán donde vivía, mataron a su padre delante de él y se llevaron a su madre; no volvieron a verla nunca más.

—... pero tanto mi hermana como yo hemos seguido aquí, hemos estudiado y hemos salido adelante. Y eso es lo que tienes que hacer tú.

Lo dijo tal y como hablaba él, con sequedad: fue casi como una orden. Y, por segunda vez, su intervención fue decisiva. En aquella ocasión, hizo que me sintiera menos sola. Él me miraba con firmeza y sin compadecerme: entendía lo que me pasaba, y no permitiría que me hundiera. Me ayudaría a cambio de que yo me ayudara a mí misma.

El señor Hans decidió impedir que volviera a aislarme, y me regaló un móvil, que entonces ya eran bastante baratos —de hecho, fui la última del grupo en tener uno—. Yo no llamaba, pero sí que estaba localizable, y así se aseguraban de que estaba bien.

Recordaba mucho a Ajmal: todos los días, constantemente. Iba a visitar a su familia, y como me conocían tanto, al verme tan afectado, incluso su madre se permitió saltarse todo el protocolo y lloró mucho conmigo, sin ni siquiera ir tapada. Su padre me preguntó un día si le podía ayudar a escribir las invitaciones a los actos en memoria de Ajmal. Él, como yo, repasaba continuamente las conversaciones que había tenido con su hijo, las carcajadas, todo aquello que habíamos vivido juntos...; y recordaba que Ajmal le había dicho que yo tenía una letra preciosa, y que habíamos acordado que yo le escribiría las invitaciones de boda.

—Ya que no se casará, seguro que le habría gustado mucho que fueras tú quien escribiera sus recordatorios.

Mi misión era poner el destinatario en las cartas, que ya estaban impresas. Le dije que sí sin dudarlo, pero fue durísimo leer cien veces el nombre de Ajmal al lado de la palabra «muerte». Intenté hacer mi mejor letra, pero en todas las cartas se corrió la tinta por culpa de mis

lágrimas.

Aquellos papeles convocaban a parientes y amigos a compartir el luto: todos los viernes, durante cuarenta días, nos encontramos para leer el Corán y comer juntos, tal y como manda la tradición. A Ajmal lo quería mucha gente, y aquellas ceremonias siempre estaban abarrotadas. Poco a poco, entre todos, lo íbamos despidiendo. Y cada uno de aquellos cuarenta días sus hermanos llevaban a alguna familia pobre la ración de comida que habría tomado él. En este ritual no se dejaban ningún detalle: llevaban el plato de comida, el postre, un poco de sal o de azúcar, el té, las servilletas... La segunda semana, yo sustituí a la hermana de Ajmal en esta tarea. Lloraba desesperada regalando aquellos alimentos que habrían sido para mi amado, pero me parecía que, de algún modo, mientras hiciera cosas por él, aún lo tendría un poquito conmigo...

El resto del mundo no me interesaba en absoluto.

Pero mis amigos no estaban dispuestos a verme caer, y esperaron durante meses a que estuviera listo para dejarme ayudar y empezar a salir del pozo. Mientras tanto, seguían trayéndome comida, abrazándome, y aguantaban estoicos mi rechazo, sin desfallecer.

Ashraf y Afzal pensaron un día que si me pedían que les diera clase, como había hecho con Ajmal, no podría negarme. Primero me resistí, pero ellos ya lo habían previsto y me lo ponían fácil: «Tú sólo ponnos deberes y después nos los corriges, ¿de acuerdo?» Tuve que aceptar, y con eso abrieron un pequeño resquicio de luz, que tenazmente fueron agrandando.

En las clases de caligrafía —que finalmente consiguieron que les diera— hacían el burro para que yo riera, o al menos saliera un poco de mi tristeza. Y con eso no tenían suficiente: al cabo de unas horas, Afzal llamaba a la puerta de mi casa y me hacía otra propuesta que sabía que me obligaría a salir y a aparcar por un rato las preocupaciones:

—Voy al cementerio, ¿me acompañas? Podrás regar la morera, tengo agua en el coche.

Los afganos decimos que, antes de morir, tienes que plantar una morera y construir un puente, porque así la caridad no se parará nunca. Ajmal no había tenido tiempo de hacerlo, y por eso planté el árbol por él, junto a su tumba.

Mis amigos habían conseguido sacarme del aislamiento.

Buscando el paraíso

Y fue entonces cuando el señor Hans me comunicó que había acabado su tarea en Afganistán y que regresaba a su país. Me dijo que me había dejado dinero para poder estudiar, y que el tío Ganí me lo administraría y lo mantendría al corriente de lo que yo hacía, pero no me dijo cuánto dinero era. No sabía cuánto duraría todo, y el hecho de que el señor Hans no estuviera me ponía un poco nerviosa.

Dejé de ir a mi pequeño taller de reparación de bicicletas. Allí ya sólo trabajaba Khalil, que poco tiempo después me compró el negocio. En la escuela no retenía nada, no podía aguantar las ganas de llorar y decidí no volver. Sin embargo, entonces sucedió algo insólito: un grupo de compañeras del instituto se organizaron para venir a buscarme a casa y llevarme a clase todos los días: no pensaban permitir que dejara los estudios. Los profesores también aunaron esfuerzos y me empujaron a continuar. Sin apenas darme cuenta, había pasado de ser un monstruo escalofriante a una compañera aceptada e incluso querida. Todo el mundo me conocía, y no sólo por mi aspecto, sino por las buenas notas que sacaba y porque había avanzado dos cursos de golpe después de recibir clases particulares intensivas durante las vacaciones anteriores.

Pero el desánimo me invadía a menudo, y en aquellos momentos me gustaba el ambiente recogido de mi mezquita; allí estaba tranquila y podía pensar. Un viernes, después de la plegaria, me quedé a leer el Corán. Cerca de mí, un desconocido rezaba el *vasifá* y, de vez en cuando, me miraba de reojo, como si estuviera intentando medirme. Al cabo de un rato se me acercó y me hizo un gesto para preguntarme si se podía sentar a mi lado. Me encogí de hombros como diciéndole: «Haz lo que quieras, que yo voy a la mía.» Y seguí leyendo, intentando ignorarlo hasta que no pude más y, desconcentrada, cerré el libro. Entonces él, que había permanecido en silencio, se dirigió a mí:

—Eres joven y religioso. Dios te dará todo lo que quieras.

Su voz era profunda, cálida, serena. Lo miré: tenía unos cuarenta años, llevaba la barba larga y negra y una gorra. Era un hombre de apariencia normal, pero que, no sé por qué, me resultaba atractivo. Quizá eran los ojos, inteligentes y bonitos, que me miraban con interés. Sin darme cuenta, le estaba hablando de la tristeza que sentía por la muerte de Ajmal: «Desde que murió, no tengo ganas de hacer

nada. Estoy cansado del mundo y no saldría nunca de la mezquita.»

Él me escuchó durante mucho rato. Justo antes de irse, le pregunté por qué había venido allí si no era del barrio, y me respondió que había venido al barrio a buscar a su hermano. «Ayudo al mulá de esta mezquita, ¡quizá lo conozca!», le dije, contento de poder ayudarlo, pero él declinó mi sugerencia con vaguedades: «No creo que lo conozcas, pero gracias...»

Los días siguientes, el hombre volvió, y después de la plegaria retomamos nuestra conversación. Él parecía realmente interesado en conocerme, y yo me sentía libre de expresar muchas cosas.

Me gustaba tanto aquel personaje que tuve ganas de que mis amigos lo conocieran también. Yo lo llamaba «el buena persona». Sólo Waiss estuvo de acuerdo en acompañarme a verlo. Un viernes fui a buscarlo a las cuatro de la madrugada. Salió en cuanto llamé a la puerta, con una cara de sueño tremenda. Tras el rezo, presenté a mis dos amigos, y nos pusimos a hablar. Pero, de repente, se nos acercó el mulá y le gritó al desconocido:

—¡Tú, fuera de aquí! ¡Vete!

Waiss y yo abrimos los ojos como platos. ¿Qué le pasaba al mulá, que siempre era un hombre tan prudente y tranquilo? ¿Cómo podía echar a alguien de la mezquita, y más aún a una persona tan piadosa? «El buena persona» se defendía:

—¡Yo no he hecho nada!

Pero el mulá estaba fuera de sí, temblando de rabia:

—¡Deja a estos chicos! ¡Vete o lo contaré todo!

Salimos los tres, muy afectados. Yo no entendía qué había hecho que el mulá perdiera los papeles de aquella manera, y estaba muy enfadada con él por haber provocado una situación tan violenta.

Al día siguiente no me apetecía ni pizca volver a la mezquita, pero salí de madrugada como siempre, pensando en todo lo que había pasado. Y cerca de allí vi a aquel hombre rezando el *vasifá*. Sentí una oleada de emoción, y él me sonrió, como si me hubiera estado esperando. Nos sentamos en el suelo y empezamos a charlar. Yo le expliqué lo dolida y avergonzada que estaba por el que consideraba mi maestro. Él no le quiso dar mucha importancia. Me sentía muy confundida, pero me fascinaba tanto estar con él que no podía pensar en nada más. Su discurso se parecía mucho al de los talibanes, pero él decía que no lo era, y como no llevaba turbante y, sobre todo, como no se parecía en absoluto al típico talibán ignorante y salvaje, sino todo lo contrario, me fui tragando todo lo que me decía. Escuché su discurso en el que defendía que el sistema era corrupto y que la gente que participa en él irá al infierno...

—En cambio —decía convencido—, a los que mueran por Dios se les abrirán las puertas del paraíso; setenta pecados les serán perdonados y setenta personas de su familia se salvarán. ¡Imagínate, Zelmai, tú podrías volver a ver a tu amigo Ajmal!

Ver a Ajmal, ser perdonado...: aquello era música celestial para mí. Pero dos días más tarde volví a pasar por delante de la mezquita y fue el mulá quien me esperaba: «Zelmai, entra, por favor.» Su tono era el de siempre, pausado y reflexivo. Me dijo que lamentaba haber provocado aquel alboroto, pero que debía hacerlo:

—Es que, Zelmai, ese hombre no es musulmán ni nada. Es un *wahabí*, está buscando a gente para que asesinen a otras personas, y volver a un régimen como el de los talibanes.

Me abrió los ojos, pero le dije que había quedado con él el viernes siguiente, y sentí la necesidad de pedirle permiso para ir.

—Ahora ya sabes quién es. Adelante, descubre tú mismo qué quiere.

Aquel encuentro con «el buena persona» fue el último. Me había citado en otra mezquita, y aquel día fue al grano: me ofreció enviarme a Pakistán, donde tenía a unos amigos que habían fundado una escuela coránica y que podrían ofrecerme ayuda. No se trataba en absoluto de que no me hubiera pasado por la cabeza convertirme en un mártir. En más de una ocasión había pensado que, si alguna vez alguien me ofrecía dinero para hacer estallar una bomba pegada en mi cuerpo, diría que sí encantada: se acabaría el sufrimiento y mi familia podría comer. Pero ahora que lo tenía cerca, no lo veía tan claro. Me dio la sensación de que «el buena persona» ya no estaba interesado en mí, en escucharme, que sólo estaba impaciente por dirigirme. Fue aquello lo que cerró la puerta definitivamente a hacer cualquier cosa que me dijera.

—Es muy importante que aprendas bien el islam —me decía—, y aquí no te lo enseñan bien: en Pakistán encontrarás a gente como tú. Sé que llegarás lejos, y yo te ayudaré como si fuera un hermano.

—Te lo agradezco mucho, pero mi padre está enfermo y mi madre me necesita...

Él dijo que también podrían acompañarme, pero todo lo que yo decía sonaba a excusas y ambos vimos claro que algo se había roto. No volvimos a encontrarnos nunca más.

Un sueldo

Muy lentamente se instaló una nueva normalidad, en la que la tristeza estaba siempre presente pero ya no era el centro de mi mundo. La lucha por comer y vivir con una cierta comodidad volvió a ser mi preocupación diaria.

Un día, una chica que conocía del instituto me dijo:

—Mi padre dice que si me traes una foto tamaño carné, él la pasará a una asociación donde te ayudarán y no tendrás que trabajar más.

Podía imaginármelo: «¿Qué te ha pasado? ¿Qué hace tu familia? ¿Cómo te las arreglas para que no te descubran? ¿Tienes miedo? ¿Cómo te ganas la vida? ¿Estás triste? ¿Qué querrías hacer en la vida? ¿Qué papel crees que deberían tener las mujeres en la sociedad?» Ya me conocía aquella historia. La pobre chica desgraciada, ¡qué símbolo tan vistoso del sufrimiento de Afganistán! Y ya estaba harta de eso. Deseaba, con todas mis fuerzas, dejar de contar mis penas todos los días, de tener que recibir compasión y pasarme la vida expresando mi gratitud a todos los que querían salvarme. Tanta deuda pesaba mucho sobre mí. Sólo quería estudiar y salir adelante. Y también me daba miedo que, si una nueva ONG quería ayudarme económicamente, el tío Ganí se enterara y lo considerara una deslealtad hacia el señor Hans.

El problema era que necesitaba dinero. Así pues, hice llegar una foto al padre de mi compañera, y él me citó un día, después de clase, con tres personas de Cawaf.

Cuando los vi aparecer con una cámara de vídeo, tuve la tentación de marcharme, pero ellos, a diferencia de otros, no me mintieron: me contaron que representaban a una organización europea que tenía proyectos en mi país, y que querían hacerme una entrevista para dar a conocer mi situación y captar fondos para ayudar a las mujeres afganas. A cambio me darían cincuenta dólares. Así que paseé con ellos por mis calles e incluso los llevé al cementerio de Zelmai. Respondí a todas las preguntas que me hizo la mujer que llevaba la voz cantante —una joven extranjera que se llamaba Sara—, aunque con desgana, y no siempre haciendo honor a la verdad. Más que decir lo que pensaba, dije lo que ellos querían oír, y parecía que eso los satisfacía. ¿Por qué tenía que esforzarme en ser sincera si al día

siguiente seguramente desaparecerían y no sabría nunca más nada de ellos?

Pero en aquella ocasión me equivoqué. Con Sara vendrían muchas más entrevistas y documentales. Y mucho más que eso: ella fue clave para que mi vida cambiara para siempre.

Durante unos meses, sin embargo, no tuve noticias de Cawaf y me resigné a seguir llevando la misma vida. Tenía los ingresos fijos de WIFW y las ayudas ocasionales del señor Hans, pero no superaba la pobreza: si quería comprar carne o tenía que llevar a mi madre al médico, necesitaba hacer algún trabajo extra —como arreglar un pozo o hacer de peón— para llegar a final de mes. Y casi un año después, cuando ya no me lo esperaba, Sara volvió de Europa con una propuesta para mí.

La oficina de Cawaf se encontraba en New Street, en el corazón de una de las zonas más modernas de Kabul, donde estaban las tiendas y los restaurantes de mayor renombre.

Sara fue directa en la reunión:

—Lo que te ofrecemos es una ayuda de ciento cincuenta dólares al mes para que puedas estudiar sin preocuparte de nada más.

Se me iluminó la cara.

—Pero...

Había un pero.

—... como condición, no podrás trabajar en ningún sitio ni conceder entrevistas a nadie.

¿Por qué todo el mundo se atrevía a poner condiciones a pesar de saber que eso me condenaba a vivir con muy poca cosa? ¿Por qué, por el hecho de ser pobre y aceptar ayuda, tenía que perder el derecho de tomar decisiones sobre mi vida? No les dije nada del señor Hans y de WIFW, de momento. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Acaso los dirigentes de Cawaf vivían únicamente con ciento cincuenta dólares y aceptarían que alguien les impidiera aspirar a más? Pensaba en todo eso, pero sólo dije:

—De acuerdo. Gracias.

En ningún momento se me pasó por la cabeza renunciar a ninguna oportunidad de recibir nuevos ingresos, aunque sabía que tendría que esconderlo —tampoco era tan grave—. E hice trabajitos de todo tipo: desde repartir galletas a la hora del patio, pagada por una ONG, hasta clases particulares, pasando por una colaboración con un periodista del *National Geographic*.

Y llegó lo que tenía que llegar: un día fui a cobrar el «sueldo» de Cawaf y en vez de dinero recibí una bronca monumental.

—Nadia, sabemos que te han hecho entrevistas y que sigues

trabajando —dijo el administrador, con un tono más amenazador de lo que era habitual en él—. Y esto no quedará así.

Me explicó que había llegado a manos de Sara el reportaje del *National Geographic*, donde salían las fotos en que yo simulaba que trabajaba en la construcción. Tuve que admitir que me había entrevistado con un periodista, pero negué rotundamente que siguiera trabajando de manera estable. De hecho, había dejado WIFW y sólo hacía trabajos ocasionales que no interferían en mis estudios, pero el administrador no quería creerme. Se encabritaba cada vez más, y a mí los dientes me castañeteaban por culpa de la malaria, que volvía a sufrir, y del miedo. Yo intentaba concentrar mi pensamiento en la alfombra roja iraní que había transformado mi casa en algo nuevo gracias al dinero de aquellos trabajitos. No quería hundirme, no quería oírlo, pero la agresividad de aquel hombre era terrorífica.

—¡Siéntate! Te digo que te sientes. Ahora escribirás un mensaje a Sara y se lo contarás todo. Y tendrás que devolver todo el dinero que te ha pagado, porque has roto tu compromiso.

Yo no sabía utilizar un teclado de ordenador, y mi inglés escrito aún era muy precario. Pero bajo la mirada furiosa de aquel hombre empecé a teclear disculpas. El texto debió de ser casi ininteligible, pero él, sin repasarlo, lo envió.

Quizá fue aquel mensaje tan dolorido y caótico lo que hizo que Sara me perdonara. Sin embargo, la relación con el administrador no podía ser más tensa. O eso creía en aquel momento.

Lo único bueno que tuvo aquel incidente es que me empujó a aprender a usar los ordenadores. Y en eso me ayudó mucho Flora. Era una voluntaria italiana que vivía en Afganistán porque su marido trabajaba allí. A ratos sueltos, por las tardes, me enseñó qué era un ordenador, para qué servían los programas de tratamiento de textos, y cómo funcionaba internet. Me dejó ver las fotos de su boda, me buscó imágenes de Florencia y de Venecia... Yo estaba maravillada. Todo aquello me parecía pura fantasía: las fotos de chicas lanzando pétalos de flores sobre unos novios que parecían príncipes salidos de un cuento de hadas; aquella ciudad donde todo el mundo iba en barca porque las calles eran canales... Costaba mucho creer que todo aquello fuera verdad.

¡Qué hallazgo! Cuando acabé la primera de aquellas sesiones, fui directamente a un local donde anunciaban que podías conectarte a internet por cincuenta afganis la hora. Después de convencer al dueño de que tenía dinero para pagar, entré muy orgullosa y me senté en el único sitio que quedaba libre. Había cinco ordenadores en dos mesas largas, y las paredes estaban llenas de pósteres de Bollywood. Todo

habría sido perfecto de no ser porque en el otro extremo del local había una cabina-locutorio, donde los clientes gritaban como locos para que no sé qué familiares del Canadá los oyesen.

Miré el teclado. No sabía qué hacer. Sólo se me ocurrió cambiar el fondo de pantalla, una de las pocas cosas que me habían enseñado en un minicursillo, bastante inútil, en Cawaf. Abrí un documento de Word. Escribí una palabra. Le cambié el tipo de letra, el color, el tamaño. Introduje unos cuantos *smilies*.

Aún me quedaba más de media hora. Empecé a mirar al ordenador de al lado, donde un chico joven no paraba de teclear, escribiendo correos. Intenté hacer lo mismo, pero no supe ni cómo abrir el programa. Le dije: «Me parece que mi ordenador no va bien.» Mi vecino cogió el ratón e hizo clic sobre el icono del programa de correo: «¡Sí que va bien! ¡Tenías que hacer clic aquí!»

Muy bien, ya tenía el programa abierto. Y ahora ¿qué? No me atrevía a preguntarle nada más. El dueño del local me miraba con desconfianza. Al final, el joven que estaba a mi lado decidió echarme una mano para que no espiara más sus movimientos y lo dejara tranquilo. Me recomendó que me abriera una dirección de Hotmail, y yo fui siguiendo sus instrucciones y me abrí una. El problema es que, como no dominaba términos como *password* o *login*, no recordé qué datos había puesto y nunca más pude volver a usar aquella cuenta de correo.

Caridad y compasión

A raíz de la muerte de Ajmal, dos profesoras del instituto empezaron a estar pendientes de mí. Lo que me pedía el cuerpo era estar sola con mi tristeza y no tener que dar cuentas a nadie, pero sabía que lo hacían de buena fe y me daba miedo ofenderlas. Y así me encontré, muy en contra de mi voluntad, en una reunión de profesores de Kabul en la que comentaban casos especiales entre el alumnado. Tímidamente, les dije que prefería no intervenir. Pero ellas insistían en que podrían ayudarme y que era muy importante que asistiera.

Así pues, resumí mi vida por enésima vez delante de un montón de desconocidos, flanqueada por mis profesoras, que parecía que me exhibieran como un mono de feria. La audiencia se conmovió: oía cómo murmuraban «¡pobre, pobre!». Alguien, encendido por mi relato, y cargado de buenas intenciones, propuso hacer una colecta allí mismo para ayudarme. Yo me sentía tan incómoda que habría huido corriendo, pero pensé que, si rechazaba aquel dinero, podrían malinterpretarme. Me habría gustado decirles que yo no quería caridad, que lo único que quería era que la gente me aceptara tal y como era, y tener un buen trabajo para ganarme la vida. Pero me esforcé en sonreír y dar las gracias, con las mejillas calientes y las lágrimas a punto de asomar por la humillación a la que me habían sometido.

Una de las organizadoras de la reunión, una chica muy simpática, me dio cien o ciento cincuenta dólares que ya traía preparados. Yo no podía ni mirarla a los ojos. Cuando volví al instituto y creía que ya no hacía falta que siguiera haciendo el numerito, vino a buscarme la directora, muy contenta: «¡Qué bien, Nadia! Has recogido bastante dinero, ¿eh?» Ni siquiera ella parecía entender lo poco que me gustaba aquella situación.

Lo cierto era que me habían vuelto a recordar que era una desgraciada que nunca sería como los demás. En el instituto seguían corriendo leyendas sobre mí: que si toda mi familia había muerto, que si yo antes era una belleza, y otros cuentos que excitaban la imaginación de la gente. Incluso alguna chica me había ofrecido acogerme en su casa, creyendo que estaba sola en el mundo. A falta de telenovelas, parecían encantadas de tener cerca a alguien como yo para poder inventar historias muy dramáticas y compadecerme a

gusto. Ya no me esforzaba en aclarar los malentendidos. Lo único que quería era que me dejaran en paz de una vez.

Lo peor era que sentía que ellas me hacían un favor no revelando mi identidad, y de alguna manera esperaban que yo les correspondiera. Eso quería decir que a menudo me «pedían» que les hiciera algún encargo, y no podía negarme. Hacían como la esposa del tío Ganí, que me preguntaba «si podría» ir a hacerle la compra, precisamente el viernes, que era el único día libre que tenía, y era inconcebible que le dijera que no. Parecía que el hecho de ser pobre y tener un secreto no me diera derecho a disponer de mi tiempo, sino que, además, tenía que estarles agradecida.

Una familia hasta me propuso que, para salir de la miseria, casara a mi hermana adolescente con un pariente suyo ya mayor que tenía una grave discapacidad psíquica. No se me dio muy bien rehusar la propuesta sin que se ofendieran, pero es que me indignaba. ¿Una persona sin recursos ha de aceptar alegremente hacer lo que nadie haría si pudiera evitarlo? Nosotros éramos pobres, pero conservaríamos nuestra libertad y nuestra dignidad mientras pudiéramos.

Nuevo trabajo

Para olvidarme de todo, intenté concentrarme en los estudios, y así, por fin, me regalé una buena noticia: ¡había conseguido, con buenas notas, el título de bachillerato!

En aquella época, Sara pasaba una temporada larga en Afganistán, y me pidió que fuera a verla para hablar de mis planes de futuro.

—He pensado que podría montar un locutorio y un cibercafé con mis amigos —le dije.

—Está bien, pero... ¿y si vienes a trabajar aquí, a Cawaf?

La primera imagen que me vino a la cabeza fue la del administrador y sus ojos venenosos. Pero ¿podía negarme si subsistía gracias al dinero de aquella organización? No, no podía. Una vez más, la sensación de estar en deuda me hipotecaba.

Y empecé a trabajar allí. Unas veces hacía trabajos administrativos, y otras —los días que tenía más suerte— ayudaba a Sara. Sara era presidenta de Ashda, una entidad catalana que financiaba algunos proyectos de Cawaf —por eso tenía un peso allí— y trabajaba como periodista. Aquella chica menuda, enérgica y decidida me enseñó muchas cosas y me abrió muchas puertas.

Para empezar, las puertas de aquellos establecimientos del barrio, abarrotadas de guardias de seguridad. Nunca me habrían dejado entrar sola por mi aspecto sospechoso en un entorno tan chic, pero me hice amiga de Sara, y ella, como extranjera, tenía entrada en todas partes. Y así tomé tés en el City Center, descubrí —y me enamoró— el Nescafé soluble, e incluso me compré unos zapatos. Mi necesidad de disfrazarme de campesino pobre se había relajado —de hecho, cada vez era menos pobre y, definitivamente, ya no era campesina—, y me atreví a vestirme un poco mejor para ir a Cawaf. Aquel nuevo trabajo consiguió en pocos días lo que mi amigo Afzal no había logrado en años. Como era sastre, él de vez en cuando me regalaba ropa, pero nunca me quedaba bien porque yo no dejaba que me tomase medidas. «¡Qué raro eres, Zelmai!», suspiraba.

Sara aún no hablaba darí con suficiente fluidez, y por eso a veces me necesitaba como intérprete cuando salía a hacer entrevistas. Acompañándola, comprobé qué idea tan poco realista tienen muchos afganos de los extranjeros —como yo misma, antes de toparme con

unos cuantos de todo tipo—. En un pueblo conseguimos que una mujer hablara con nosotros, aunque se suponía que yo era un hombre. Muy afligida, nos explicaba que su marido se había casado con otra mujer porque ella no le había dado hijos. Pero que la nueva esposa tampoco era fértil, y el hombre había huido a Irán. Aquella mujer suplicaba a Sara que les diera a ambas algún remedio para quedarse embarazadas y poder retener al marido.

—¡Sara no es maga ni médico! —exclamé en darí, avergonzada por su ignorancia.

Pero la verdad es que yo misma desconocía muchas cosas que las chicas occidentales saben desde pequeñas. Aquella misma noche hice un descubrimiento importante. Nos alojamos en un hotel y, a la hora de ponernos a dormir, observé con estupor cómo Sara se desnudaba delante de mí con total naturalidad para ponerse el pijama. Me tapé los ojos como hacía cuando mi madre se cambiaba, pero estaba sofocada y no me atrevía ni a respirar.

Sara se dio cuenta de mi incomodidad y empezó a hablar para romper el hielo. Al cabo de un rato, cada una acostada en su cama, hablábamos de amor. Yo le consulté algo que me inquietaba:

—Tengo una amiga que le ha dado besos a otra chica. ¿Crees que se quedarán embarazadas?

A Sara, si le entraron ganas de reírse, las disimuló muy bien.

—No, no se quedarán. Tranquila, ahora te explico cómo funciona esto —dijo, y salió de la cama de un salto y empezó a hurgar en su mochila.

Sacó la libreta y un bolígrafo, y me hizo dibujos del cuerpo de la mujer y del hombre y de los órganos reproductores. Me habló de la regla y de muchas otras cosas. A los veinte años supe por fin de dónde venían los niños.

Ya con la luz apagada, recordé fragmentos de conversaciones con mis amigos que me sonrojaban. Hablaban de abrazos, y de meter la lengua dentro de la boca de las chicas, y yo me tapaba las orejas y pedía en voz alta que Dios nos perdonara («*tobar, tobar*»), y disfrazaba de puritanismo mi ignorancia. Cortaba el tema en seco y, así, evitaba violentarme. Y aprender.

También recordé el día que una prima me contó su noche de bodas, de cómo se encontró sola con el marido en la misma habitación y no sabía qué hacer. Él le dijo que se descalzara, que se pusiera cómoda, pero ella le dio un bufido: «¿Y a ti qué te importa si me descalzo o no? ¡Sólo dime dónde he de dormir!» El hombre le respondió que a su lado, que por algo era su marido... Pero quizá él tampoco sabía exactamente qué había que hacer, o tenía miedo, o

sentía respeto hacia aquella chica; el hecho es que estuvieron tres noches durmiendo separados.

Ella no se sentía bien en aquella casa y quería volver con su madre, pero la suegra los presionaba: todas las mañanas quería saber «cómo había ido». Aquella mujer quería resultados y no paró hasta obtenerlos. Los recién casados acabaron aprendiendo qué se esperaba de ellos: la cuarta noche compartieron cama y, al cabo de nueve meses, mi prima parió a su primer hijo. Pensando en esta historia, acostada en aquel hotel, me admiraba de que yo no hubiera entendido nada, que no hubiera tenido curiosidad por preguntar a mi prima qué habían hecho, qué quería la suegra, cómo consiguió quedarse embarazada. La única explicación es que, en mi casa, el tabú era muy fuerte, y que yo ya tenía bastantes problemas de identidad como para, además, interesarme por el sexo.

Ayudad a Nadia

A veces habría preferido no saber tantas cosas que me turbaban y que no sabía cómo situar en mi vida. Sin embargo, una vez abierta la caja, era imposible volver a cerrarla. Y aquella época fue tan intensa... Sara me enseñaba cosas que, en su país, ya saben los niños de siete años, pero que en el mío algunos no descubren nunca. Y Flora, la italiana incombustible, estaba decidida a que me abriera aún más al mundo. Después de darme a conocer internet, abrió un *blog* para que fueran los demás los que me conocieran a mí: allí se explicaba mi «caso», y animaba a los lectores a aportar dinero para poder llevarme a Londres y operarme.

Cuando se puso todo en marcha, recibió un correo electrónico sorprendente. Lo enviaba una norteamericana que se llamaba Margo, y le contaba que ella también tenía un *blog* para recaudar fondos para ayudarme. Aquel mensaje me ocasionó muchos quebraderos de cabeza. Porque en Cawaf creyeron que yo estaba al corriente de ello, y que estaba cobrando dinero sin decírselo, y se indignaron. Me costó mucho hacerles creer que no conocía de nada a aquella tal Margo y que aún menos estaba recibiendo su dinero.

Atando cabos, descubrimos que Margo era mi nueva benefactora de WIFW, una de aquellas «amigas» extranjeras que seguía enviándome dinero y que ignoraba que yo ya no lo recibía desde que había empezado a cobrar de Cawaf.

Por suerte, pudimos solucionar el problema y empezamos a escribirnos, vía correo electrónico, con Margo, que tenía prácticamente mi edad. Nos hicimos amigas, y su madre, Helen —una artista reputada reconvertida en empresaria comprometida—, pasó a ser una especie de madrina para mí. No sólo económicamente, sino también porque a partir de aquel momento pude contar con ella para verter mis desazones y mis ilusiones. Por correo electrónico y, más tarde, también por teléfono, Helen empezó a escucharme, aconsejarme, animarme y reñirme cuando hacía falta. De repente tenía una familia que no había visto nunca en un país que quizá nunca visitaría.

El *blog* de Flora funcionó, y recaudamos una importante cantidad de dinero, pero, finalmente, no pude ir a Londres porque no me concedieron el visado. Así pues, me concentré en otros objetivos:

matricularme en la universidad y conseguir el título oficial de bachillerato en inglés para poder presentarlo a las organizaciones internacionales. Sorprendentemente, fue mucho más fácil lo primero que lo segundo. Es cierto que no pude entrar en la universidad pública porque no aceptaban mi dualidad de identidades oficial y real, pero en la primera universidad privada a la que fui me convirtieron en estudiante de económicas sin problema alguno. El rector era un hombre abierto, formado en el extranjero. Con él pacté que en clase, y a ojos de todo el mundo, sería siempre Zelmai, pero que en todos los papeles oficiales aparecería como Nadia. Y entonces empecé a dar los pasos burocráticos necesarios para la traducción oficial de mi título de bachillerato.

Todo fue como una seda hasta el último momento, cuando sólo me faltaba el sello del Ministerio de Exteriores. Me presenté allí, pero el guardia de seguridad no quiso dejarme pasar. Desconfiaba de mi aspecto. Como yo insistí, acabó dándome un puñetazo que me tiró al suelo. Entonces, para defenderse de las miradas de la gente que pasaba, el guardia empezó a gritar que yo llevaba una bomba. Y de repente, ya no me pegaba sólo él: me llovían puñetazos y patadas de todas partes. Nadie pensó que, si llevaba una bomba, ya habría estallado: sólo pegaban una y otra vez. Y yo lloraba, gemía y, con la cara sobre la acera, veía cómo me chorreaba sangre.

Al cabo de una eternidad me dejaron en paz, hecha un pingajo por dentro y por fuera; y, como pude, fui a Cawaf. Sara no estaba, y busqué a algún responsable: sólo estaba el administrador. No se conmovió ni lo más mínimo.

—¿Qué quieres que haga, Nadia? ¿Que me pelee con aquel guardia?

Miraba con complicidad a otros compañeros, como queriendo decir: «¿Qué pretende ésta?», y habría jurado que todos se reían. Se sirvieron un poco de té como si, en vez de ver a alguien que sufría de verdad, estuvieran viendo un espectáculo callejero o una película dramática que no tuviera nada que ver con ellos, e incluso los divirtiera. Sólo les faltaban las palomitas.

—¡Eh! —les decía yo—. ¿Es que no veis lo que me han hecho? Estoy tan cansada de todo...

—Pues si estás cansada de todo, muérete, chica —me contestaron. Aquel comentario me dejó tan desconcertada que simplemente salí de allí.

Me monté en la bicicleta y, poco a poco, recorrí el camino hacia casa. Cuando ya casi había llegado, oí a alguien que me llamaba, muy angustiado: Maruf.

—Zelmai, ¿qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien? ¿Quién te ha hecho eso?

No le podía contar la verdad. Simplemente le dije que me había peleado con un guardia de seguridad y que después se añadió más gente a la pelea.

—¿Por qué no me has llamado, Zelmai?

—Porque es mi guerra, ¡no la tuya! —Me sentía tan impotente al no poder ser sincera...

—Soy tu amigo, sí que es mi guerra.

Maruf convocó rápidamente al grupo, y en menos de una hora ya estábamos todos dentro del coche de Afzal. Aquel guardia de seguridad debió de acordarse bastante tiempo de mí, aquel chico que no llevaba ninguna bomba pero que tenía unos amigos que no se andaban con chiquitas cuando alguien maltrataba a uno de los suyos.

En casa, mientras mi madre me curaba las heridas muy asustada, le dije que no me sentía con fuerzas de seguir llevando aquella vida, que era muy duro aguantar siempre tanto desprecio y violencia y que no podía continuar con tantos engaños. Ella me respondió que si yo quería, nos iríamos.

—Mamá, iré a pedir dinero a Cawaf y nos iremos del país cuanto antes mejor.

Pero al día siguiente recibí una llamada de Sara:

—Nadia, ¿estás bien? Me han contado lo que ha pasado. Es increíble, es terrible. Por favor, ven, quiero hablar contigo.

Ella insistió en que no me fuera, porque si lo hacía —decía— echaría por la borda todos mis esfuerzos por salir adelante. Su apoyo me hacía sentir segura, y me convenció. Al cabo de pocos días conseguí el sello que me faltaba, el del Ministerio, y me concedieron, al fin, el título de bachillerato con mi nombre: Nadia.

Me voy

La vida universitaria era más relajada que la de estudiante de secundaria, pero, aun así, mi horario seguía siendo bastante apretado: dedicaba la mañana a la plegaria —iba a la mezquita cuando aún era de noche, antes de las cinco— y los estudios. Al mediodía, recogía al hijo del tío Ganí en la escuela y lo llevaba a casa, donde lo ayudaba a hacer deberes mientras mi madre preparaba la comida. Comíamos juntos y, cuando él dormía la siesta, yo me iba a Cawaf, adonde llegaba después de una hora de camino. Si no había nada especial, estaba allí hasta las cinco. Después iba a casa de mi amiga Manijá y les daba clases a ella y a sus hermanos pequeños. A las ocho de la tarde cogía la bicicleta para pedalear otra hora hasta casa, a la que llegaba rendida, pero aún me tocaba hacer deberes y estudiar un poco antes de cenar y poder meterme en la cama. Por suerte los viernes era fiesta y podía salir con mis amigos, porque si no, no sé cómo lo habría soportado.

Sin embargo, esa época no duró mucho porque surgió una nueva posibilidad de viajar a Europa. En esta ocasión a Barcelona, y con visita médica garantizada. Sara me había demostrado que hablaba en serio, que tenía contactos de verdad, y que podía fiarme de ella. Además, como de vez en cuando se pasaba por casa, mi madre también la conocía, y me daba su visto bueno. Yo le decía que, como ya hablaba inglés, podría defenderme bien sola, ella sólo me hizo prometer que si me sentía mal, regresaría sin más.

Los médicos que tenían que visitarme, y operarme, formaban parte de una organización que se llamaba Cirujanos Plástikos Mundi. Antes de viajar, querían conocerme, y me citaron en Sharnau, un barrio moderno y occidental lleno de embajadas, ONG, hoteles y restaurantes. Uno de los lugares preferidos para los extranjeros establecidos o de paso por Kabul.

Nos recibieron dos cooperantes, amables y sonrientes. No podía apartar la mirada de una de ellas porque era muy exótica para mí: rubia como un hilo de oro y con unos ojos azules como nunca los había visto. Las dos me dieron muchas esperanzas: decían que era casi seguro que me pudieran operar, y que habían conseguido el apoyo de un hospital de Barcelona para hacerlo. Con Sara hablaron de cuestiones administrativas del viaje —o eso me dijeron, porque

hablaban una lengua que yo no había oído nunca—, y me contaron que estaban buscando familias que me pudieran acoger mientras no estuviera en el hospital. Yo, aunque mantenía un punto de escepticismo —quién sabía si a última hora no se echarían atrás—, empezaba a creérmelo y a ilusionarme. Todos los cabos sueltos iban atándose...

El siguiente paso fue ir a ver al embajador español. Yo no acababa de entender qué papel tenía aquel señor, pero Sara insistió en que era muy importante para conseguir el visado, y por eso yo estaba un poco nerviosa. Pero me acompañaban ella y un colaborador suyo, y eso me tranquilizaba. Quedamos a última hora de la tarde.

—¡Ya hemos llegado, chicos! ¡El hotel Serena! —anunció Sara cuando el taxi se detuvo—. Desde fuera, sólo se veía una pared beis sin ninguna gracia, una alambrada y un montón de guardias de seguridad que se pusieron en alerta cuando me vieron salir del coche, y que se relajaron cuando aparecieron los dos extranjeros detrás de mí.

Quizá la entrada no tenía ningún encanto, pero cuando cruzamos la puerta... fue como si de repente hubiera volado de Afganistán a otro país, todo era lujo y bienestar. Costaba creer que en Kabul pudiera haber un sitio así. De repente oí el llamamiento del muecín, que atravesaba las paredes y los cristales de aquel lugar y me recordaba que sí, que seguía en mi país y que ya podía romperse el ayuno del ramadán. Casi sin darme cuenta, saqué un zumo de cereza iraní del bolsillo y empecé a sorber mientras miraba, completamente fascinada, todo lo que me rodeaba: luces, sofás, suelos brillantes, techos altos, espejos, clientes arreglados, trabajadores con un uniforme impecable...

—... ¿Tienes bastante?

Estaba tan maravillada que ni siquiera había oído qué me decía el compañero de Sara.

—¿Qué dices?

Él sonrió:

—¡Que si después de un día entero sin comer te basta con un zumo!

—Sí, sí... —respondí distraída.

Sara preguntó por el embajador, y al cabo de pocos minutos lo vimos salir de un ascensor brillante, acompañado de un hombre que debía de ser su secretario. Me saludó dándome la mano, sonriendo, me dijo hola en darí, y nos hizo salir al jardín del hotel. Un jardín cuidado, con césped, surtidores, parasoles, velas... Los extranjeros tomaban cervezas y coca-colas en las mesas como si estuvieran en París o en Nueva York. Para mí, todo aquello era simplemente

alucinante. Todos nos sentamos a la mesa, y yo seguí boquiabierta sin hacer mucho caso a lo que decían a mi alrededor.

De golpe me di cuenta de que detrás tenía a un camarero, con pantalones negros y camisa blanca y con una cartulina en la mano, esperando algo de mí. No sabía exactamente qué tenía que hacer, no estaba acostumbrada a esas formalidades, y la carta, escrita en inglés, me resultaba demasiado difícil de descifrar. Sara me salvó:

—Nadia, ¿te apetece un sándwich y unas patatas fritas?

—Sí, estaría muy bien, gracias.

Ella sabía que me encantaban las patatas fritas. Sobre el sándwich de lechuga, tomate, atún y mayonesa, sólo pensaba una cosa: que a mi madre, que le faltaban muchos dientes, le iría muy bien. Estaba tan tierno y jugoso... Mis compañeros de mesa iban hablando en aquella lengua extraña, y de vez en cuando se dirigían a mí en inglés y yo contestaba invariablemente: «*Thank you, thank you*.» Pero apenas los miraba: prefería observar a los clientes del hotel, tan elegantes y ajenos a la miseria que había a pocos metros de allí; a los guardias de seguridad que se movían sin cesar como hormigas nerviosas, y aquel jardín de cuento de hadas.

Ni siquiera pude terminar el bocadillo, y pregunté si me lo podía llevar a casa. En Afganistán eso es impensable, porque nadie deja nunca comida en el plato, pero en aquel hotel no debía de ser tan extraño porque nadie hizo ni la más mínima mueca... Una vez tuve el paquete en la mano, empecé a impacientarme por llegar a casa.

—¡Mamá, mamá! No te lo vas a creer. ¡En Kabul hay sitios tan lujosos! Son como aquellos a los que va el presidente Karzai cuando lo vemos por la tele... Me parece que papá nunca ha debido de estar en un sitio así. Hay sofás, muchas luces eléctricas, pasillos largos, todo de cemento y no de barro... Me han presentado a un hombre importante, ¡me parece que es el presidente de España! Y había comidas tan deliciosas... ¡Te he traído un sándwich, es muy tierno, ya verás!

Mi madre ya había cenado, pero me vio tan emocionada que lo probó. Después me dijo que ya estaba muy llena, y que lo guardaría.

Al día siguiente, cuando nos levantamos para comer antes de que saliera el sol, mi madre me confesó que no le había gustado el sándwich, y me regaló el trozo que quedaba. Yo ni me planteé si me gustaba o no: me hacía tanta ilusión comérmelo que lo saboreé como si fuera el plato más exquisito. Además, me pareció que empezaba el día con mucha más energía. Y por la noche no perdí la oportunidad de hacerme la interesante con mis amigos. Ellos me miraban con admiración, y Afzal bromeaba:

—¡Ay, esta Sara! ¡Ya veo que tendremos una cuñada extranjera!

Los miré y se me marchitó la alegría. Aquellos amigos estaban contentos de saber que las cosas me iban bien, y yo estaba engañándolos. Ni podía casarme con Sara, ni podía decirles qué habíamos ido a hacer realmente al hotel Serena. Empecé a ser consciente de que, si las cosas me iban tal como yo deseaba, si podía viajar a Barcelona y rehacían mi cuerpo, si podía volver a vivir como una mujer, seguro que nunca más volvería a pasar un rato entre amigos como aquél. Para conseguir un futuro en el que pudiera vivir de acuerdo conmigo misma, sin mentiras, tendría que pagar un precio muy alto.

Se acerca el día

Los preparativos del viaje avanzaron sin tropiezos. Y un día de otoño, Sara me hizo ir a Cawaf porque me dijo que ya lo teníamos todo a punto.

Cuando salí de casa del tío Ganí, parecía que los pedales de la bicicleta no quisieran obedecerme y se me enroscaran en los pies. Distraída con mis pensamientos, zigzagueaba sin querer y estuve a punto de atropellar a más de un peatón, que me maldijo. Entonces, despertaba de mi ensoñación y también me enfadaba y gritaba. Estaba muy nerviosa.

Entré en Cawaf y corrí hacia el despacho de Sara. Estaba vacío. Mi impaciencia era tan grande, que ya no podía más, y daba vueltas y más vueltas por el pequeño despacho mientras sus compañeros me miraban atónitos.

—Perdona, Nadia —oí detrás de mí al cabo de pocos minutos. Sara, con el abrigo y el pañuelo aún puestos, y una sonrisa de oreja a oreja, me enseñaba unos papeles que tenía en las manos—. ¿Estás lista? Ya tienes fecha para irte.

Los últimos días habíamos preparado todos los documentos: ya teníamos el pasaporte y el visado, y ahora Sara me enseñaba el billete y el programa del viaje. Hojeé con gran respeto todos los papeles que hablaban de mí, con una foto carné —de chica—, mi nombre auténtico, y el lugar y la fecha de nacimiento que se había inventado el padre de Mariam, el tío Ganí, cuando fue al registro haciéndose pasar por familiar mío. Incluso tenía un apellido, cosa insólita para los afganos. Lo releí en voz alta, poco a poco.

Qué extraña es la vida. La primera vez que entré al local de Cawaf era un chico pobre y con el futuro incierto, y aquel día salí con aquel visado que decía que era una mujer joven de veintiún años que tenía libertad para viajar. Había reflexionado mucho sobre todo lo que quería decir aquello. No era sólo un visado a Europa, vía Dubái. Era un pasaporte a una nueva vida que deseaba y temía, todo a la vez. No sabía que existía la ciudad de Barcelona hasta que Sara me la situó en un mapa del mundo. Sin embargo, lo más inquietante era que, al igual que yo no conocía Barcelona, tampoco conocía a la mujer joven que iría según decían aquellos documentos. Aquel yo estaba por estrenar, y no tenía claro si me gustaría conocerlo. Después de todo, Nadia

mataba casi toda la vida que había conocido desde entonces, y a la que habían querido mis amigos, mis hermanas, mi mundo... No tenía dudas sobre si sabría adaptarme a una nueva ciudad —me he adaptado a situaciones terribles; seguro que a un país rico también me adaptaría bien—, pero ¿cómo me convertiría en una mujer «de verdad»?

Había hablado muchas veces de ello con Sara. Me operaría, y cuando tuviera reconstruido el cuerpo y, sobre todo, la cara, volvería a Afganistán con mi nueva identidad femenina. Empezaría una nueva vida sin volver a ver a la gente de antes. Como si el Zelmai que era yo también hubiera muerto. La decisión era firme, no había marcha atrás, pero no podía evitar sentir una tristeza muy grande, un luto inmenso por aquel pequeño Zelmai que tan mal lo había pasado.

Sentía una inmensa necesidad de ir a mi casa y hacer una pausa de las emociones de esos días convulsos. Tenía ganas de oír que aún no había cambiado todo, aspirar el olor de mi casa, tenderme en la cama que compartía con mi madre y refugiarme un rato en aquello que conocía y, por ser familiar, me tranquilizaba, en lo que todavía era mi vida, aunque por poco tiempo. Pensé que continuaría un trabajo de la facultad que quería acabar antes de irme.

Sin embargo, cuando llegué vi que los papeles que había dejado a medias estaban manchados, con grandes marcas de tinta en forma de arco, como si alguien hubiera pasado la mano por encima para extenderla... Busqué a mi padre con la mirada, y lo vi acurrucado en un rincón, con su no presencia, a la que ya nos habíamos acostumbrado, con la mirada vacía. Junto a él, un bote de tinta. Y sí, las manos sucias, de color negro. Perdí los papeles, lo regañé y casi le pegué, llena de rabia. En vez de encontrar la paz que necesitaba, había perdido los nervios en menos de un minuto. A veces mi padre salía de su estupor y le cogían ataques violentos, nos insultaba e intentaba pegarnos. Debíamos reducirlo a menudo con la ayuda de los vecinos, porque no sabíamos de dónde sacaba la fuerza, y darle algún calmante. Pero un ataque tan sofisticado como estropearme un trabajo era insólito, y aún más doloroso para mí. «¿Por qué en vez de ayudarme siempre hay alguien en casa que me pone la zancadilla?», pensaba.

Estaba tan enojada que era incapaz de entender lo que realmente había pasado: que, a su manera, mi padre me había querido ayudar. De hecho, aquel pequeño desastre era el primer gesto protector que él había tenido hacia mí en muchos años: lo que pretendía mi padre era quitar el bote de tinta de encima de la mesa para que nadie lo tocara o se cayera. Pero por culpa de su temblor constante, él mismo había

tirado tinta sobre el trabajo, y lo había querido borrar, torpemente, inútilmente.

Cuando lo descubrimos, aún me sentí peor por haberlo reñido. Aquellas manchas de tinta en el papel, que también habían dejado rastro sobre la alfombra cuando se llevaba el bote, eran una muestra de su discapacidad... y una muestra de amor.

Hasta nunca más

Solía quedar con mis amigos por la tarde, e íbamos a pasear o a casa de alguno de nosotros. A veces íbamos juntos a la mezquita y después nos quedábamos charlando cerca de la fuente que hay fuera para hacer las abluciones, y de vez en cuando íbamos de excursión. El día antes de mi marcha decidí invitarlos a cenar fuera, pero no les dije por qué.

Afzal pasó a buscarme a las siete. Para aquella ocasión me puse un chaleco que me había regalado él, de marca Titanic —la película *Titanic*, aunque se estrenó a escondidas en plena época talibana, tuvo un gran impacto en el país, y en seguida hubo ropa Titanic, perfume Titanic, peinados Titanic y todo lo imaginable—. Juntos pasamos a recoger al resto: primero a Ashraf, después a Waiss, que, como siempre, nos hizo esperar porque estaba charlando y coqueteando con las alumnas de su academia. Afzal se reía:

—¡Eh, maestro! ¿Podrías firmarnos un autógrafo, por favor? ¿O hemos de pedírselo a tu secretario?

Finalmente fuimos a buscar a Maruf. Y, como pasaba siempre que estábamos todos juntos, el coche era una fiesta. Que enfrié yo:

—Párate un momento, Afzal, que es hora de rezar, ¿no?

Todos me miraron fastidiados:

—¡Venga, Zelmai, que hoy estamos de juerga! —dijo suavemente Waiss. Pero todos sabían que yo no cambiaría de idea, y Afzal se detuvo ante una mezquita. Para mí, aquella última plegaria compartida, en la que pedí hasta las lágrimas que Dios los protegiera, fue un momento muy intenso.

Después me esforcé en recuperar los ánimos, pero no acababa de lograrlo.

Los llevé a un restaurante que había cerca del local de Cawaf, adonde había ido algunas veces con Sara: todos se quedaron admirados de que el camarero me conociera.

—Nos sentamos en la terraza —les dije como si fuera la propietaria del restaurante. Todos me siguieron.

Pedimos arroz, pollo, cordero y un montón de coca-colas para beber, y como siempre pasaba cuando estábamos juntos, aquello fue una alegre olla de grillos, y hablamos mucho, mucho, de chicas.

—¿Qué tal mi vecina, Zelmai? —preguntó Maruf.

Su vecina había ido a clase conmigo, pero como con todas había acordado que fingiríamos que no nos conocíamos si nos encontrábamos fuera de la escuela, cuando nos encontrábamos sólo nos mirábamos. Resulta que Maruf había interceptado estas miradas, y había empezado a hacer correr entre el grupo el rumor de que su vecina y yo estábamos enamorados en secreto. Y como yo ni lo confirmaba ni lo desmentía, ya se había convertido en un tema habitual de nuestras conversaciones. Yo me sentía demasiado afectada para poder bromear, y me emocionaba con cada cosa que decían. Me habría gustado registrar cada palabra, cada imagen, cada gesto y cada carcajada...

—Me parece que Zelmai se está poniendo triste pensando en ella. ¡Tranquilo, compañero, que ya te ayudaremos! —comentó Ashraf.

—Es tan romántico lo vuestro... —suspiraba Waiss.

—¡Venga, Waiss, si a ti todo te parece romántico, que te enamoras todos los días! Pareces un garaje: ¡cada día entra una chica y sale la del día anterior!

Siempre le decíamos eso del garaje a Waiss porque era un seductor, pero todos sabíamos que quería a una chica que iba con él a la universidad, pero sus padres no la aprobaban. Yo le ofrecía, en broma, casarme con ella y después «dársela». En aquel país nuestro, en el que las mujeres estaban tan oprimidas, los chicos tampoco estaban libres del poder inapelable del padre. Por eso muchísimas de las charlas entre chicos eran sobre las chicas de las que estábamos enamorados y sobre qué trucos podríamos emplear para convencerlas a ellas y a los padres de los dos. Decíamos tonterías para restarle importancia, porque era un tema que provocaba una gran sensación de impotencia a todos los jóvenes.

En mi caso, por supuesto, era puro juego. Un día Afzal dijo:

—Zelmai, ¡tienes unos ojos muy bonitos!

—Muy bien, ¿sabes qué haremos? Me casaré con tu hermana y tendrás una sobrina con mis ojos, ¿de acuerdo?

Desde entonces, siempre que lo veía le daba recuerdos para su hermana. De hecho, ni yo conocía a la mayoría de los hermanos —y menos a las hermanas— de mis amigos, ni ellos a las mías. Con ellos, como con todo el mundo, prefería ser ambigua respecto a mi familia: nunca llegué a decirles cuántos hermanos tenía, porque eso me permitía tener margen para inventar historias cuando me convenía para tapar mis actividades como chica. Cuando venían a mi casa, obligaba a mi familia a encerrarse en la otra habitación que teníamos o a salir al patio, fueran minutos u horas.

Con la hermana de Afzal, el amor era una broma. Pero con él, la

cosa era diferente. Después de la muerte de Ajmal, siempre había estado a mi lado, y poco a poco había ido creciendo algo entre nosotros, una tensión que yo podía identificar como enamoramiento, pero que para él, que me veía como un chico, no era nada más que una incómoda y extraña inquietud. Afzal era guapo, divertido y me cuidaba muchísimo, pero también venía de una familia muy tradicional y conservadora, y él mismo tenía una visión bastante machista del mundo. Estábamos muy bien juntos, pero no podíamos tener ningún futuro. Y además, yo no quería ni pensarlo, porque me parecía que las personas que amaba se morían antes de tiempo, y ya había sufrido bastante.

Aquella última noche, después de cenar, fuimos a un parque de atracciones. Normalmente, aquello hubiera sido una gran fiesta, pero Maruf se dio cuenta de que algo no funcionaba, y cuando me encontró sola vino a preguntarme qué me pasaba, porque me notaba muy triste.

—Me voy, Maruf.

Ya tenía preparada la explicación. Ambigua, como siempre, pero ya bastaba: me iba a trabajar fuera del país, primero a Pakistán, después quizá a Estados Unidos.

Maruf estaba desolado. Llamó a los demás:

—¡Zelmai se va, nos deja! ¡Y él que decía que siempre estaríamos juntos!

Todos vinieron corriendo, y no se lo querían creer.

Afzal estaba muy enfadado y triste, y repetía: «Me voy contigo.»

Conteniendo las lágrimas, les dije que yo también estaba muy triste, pero que necesitaba hacerlo.

—Intentemos animarnos, quiero tener un buen recuerdo de esta noche... ¿Por qué no vamos a alquilar una peli y la vemos juntos en casa de Afzal?

Nadie se apuntó. Todos dijeron que estaban cansados, y seguramente necesitaban digerir la noticia. No pude ni abrazarlos como me habría gustado.

Al día siguiente, Afzal me llamó para que fuera a su casa a decirle adiós. No me atrevía a volver a verlo: le dije que tenía que despedirme de mucha gente, pero él insistió. Al final quedamos para ir a comprar juntos una maleta, y Afzal me regaló una cazadora de piel. También quiso acompañarme a decir adiós a todo el mundo, y en el coche no paraba de buscar soluciones para que no me fuera: que hablaría con Sara para que me diera un trabajo mejor, que me daría dinero, que pediría ayuda a su padre...

—Dime, Zelmai, ¿estás enfadado con alguno de nosotros?

El nudo que tenía en la garganta no me dejaba ni hablar. Por

suerte, aquel monólogo tan triste se interrumpía cuando nos deteníamos ante una casa para que fuera a decirle adiós a alguien. Él me esperaba abajo mientras veía a mis mejores amigas: Mariam de primaria, Mariam de secundaria, Manijá... Ellas intentaban animarme, convencidas de que la operación me dejaría perfecta. Yo, después de haber pasado catorce veces por el quirófano, no estaba tan segura, pero ellas sí, y añadían: «Y sonríe, ¡que si no te quedará cara de vieja!», y yo sonreía sin dejar de llorar.

A Afzal le decía que estaba visitando a mi familia: tías y primos. Y él se admiraba de lo rica que debía de ser mi «familia», porque muchos de los barrios adonde fui a decir adiós a mis amigas eran acomodados, muy distintos de mi realidad e incluso de la suya.

Más tarde paramos a comer *bulanís*, nuestros pasteles planos de pan, cebolla y patata. Afzal no paraba de hablar, obsesionado en hacerme cambiar de opinión, aunque me conocía lo suficiente como para saber que no lo haría. Yo quería decirle que fuera más amable con la gente, que tuviera cuidado con el coche y que no hablara por el móvil mientras conducía, pero no me salía la voz. Y él, dándose por vencido, me pidió el número de teléfono para poder contactar conmigo.

—Mi móvil se lo dejaré a mi madre. Cuando tenga uno nuevo, ya te avisaré...

Cuando nos separamos, empezó a llover.

Lo que dejé

Y me fui, cargada con una gran maleta con ruedecitas. Dentro llevaba casi todo lo que tenía, y aún me sobraba espacio: la poca ropa que me hacía falta para el viaje, porque después ya no la volvería a necesitar, mi Corán gastado por tantas horas de estudio en la mezquita, las fotos de la familia que me había dado un periodista, y de mis amigos haciendo el tonto un día de pícnic, la llave de casa, y nada más.

Antes de entrar al aeropuerto, me había cambiado el turbante por el velo. Y, cosas de la costumbre: a partir de aquel momento miré a derecha e izquierda con miedo a encontrarme con algún conocido. Pero sólo vi la sonrisa cálida de las dos mujeres que iban conmigo a Barcelona, porque tenían que participar en unas jornadas sobre Afganistán que había organizado Sara.

Hacía sólo unas horas que había dejado mi casa. Intentando parecer segura de mí misma, intenté tranquilizar a mi madre y a mi padre, que me miraba con ojos inquietos. Les di besos en las manos a los dos, y ellos me dieron besos en la cabeza. No fui capaz de romper la barrera de hielo que hacía tiempo había entre mis hermanas y yo: me abracé con la pequeña y me limité a dar la mano a la mayor. Después, mi madre cogió un Corán y lo sujetó bien alto mientras entraba y salía tres veces de casa, pasando por debajo del libro sagrado, símbolo de la protección de Dios mientras yo estuviera fuera. También me salpicó con agua, diciendo: «El agua es luz, ¡que Dios te ilumine!» Fue una ceremonia que se me hizo insoportablemente larga, porque me costaba resistir la tristeza. Y cuando terminó, cerré la puerta detrás de mí y me subí al taxi que me esperaba. Desde dentro, vi que mi madre salía de casa corriendo, y que le caía el pañuelo de la cabeza, pero que no lo recogía... Le dije al taxista que acelerara. Si mi madre me hubiera abrazado entonces, no sé si habría llegado a irme.

Pensé en mis amigos Afzal, Maruf, Ashraf, Waiss; pensé en mi primer amor, Ajmal; en la familia del señor Bismilá y en todos los personajes que conocí mientras trabajaba para él; tuve un recuerdo para mi mulá, los miembros de las comunidades sufís y «el buena persona» que quería enrolarme en la guerra santa... Para todos aquellos hombres, yo moría en aquel momento. No los vería nunca más.

Una de las mujeres que me acompañaban notó que flaqueaba, y

me abrazó. Como si fuera sin querer, empezó a hablar de lo bonita que era Barcelona, de que pronto podría ver el mar e incluso bañarme en él, de que Sara estaría a mi lado, que en seguida encontraría a otros amigos, y que seguro que me sentiría bien en Europa.

En aquel momento, me vi reflejada en un cristal de la cafetería del aeropuerto. Dentro de la ancha cazadora de Afzal había un cuerpo de chica, con la cabeza cubierta como una chica. Con unos ojos bonitos y unos rizos bonitos. Pensé en aquella niña alegre y feliz que jugaba con Zelmai. Y la niña era yo.

Fui a la puerta por la que debíamos embarcar. La azafata miró el pasaporte, me miró a mí, y me indicó que pasara, con el mismo gesto cansado que a todo el mundo.

Sonreí y entré.

Enero de 2008-marzo de 2010

Agradecimientos

Mi agradecimiento más especial a mi familia de Catalunya: papa *jan*, mami *jan* y mi hermana, Marta *jan*. A los tres: gracias por vuestro apoyo incondicional, la paciencia y la confianza que siempre me habéis demostrado.

A Mònica Bernabé, que me ha respaldado y me ha ayudado en los peores momentos, cuando ya no me quedaban fuerzas para resistir.

A mi amiga Behjat Mahdavi y sus amigos, por su amistad y su apoyo emocional. Ellos fueron los primeros que me recibieron con los brazos abiertos.

También estoy muy agradecida a Exil, especialmente a Ariadna Nuño y Marc Waether, por su comprensión y apoyo todo este tiempo.

A Carme Vilarmau, lectora y profesora incansable que me ha asesorado y ayudado en este proyecto y en muchas otras cosas.

A la familia Puig-Borràs, mis tíos, por su cariño.

A Elaine Keenan por animarme y aconsejarme.

A todos mis amigos y amigas, y a la gente que colabora en ASHDA, que de una forma u otra me habéis ayudado a tirar adelante, quiero deciros que sois grandes personas y parte importante de mi vida.

Y, finalmente, gracias a los de siempre, mi familia y amigos afganos que pese a las dificultades siguen luchando.

NADIA

Quiero agradecer a Nadia que me confiara su vida y me dejase convertirla en un libro que ha terminado siendo una maravillosa aventura de unas dimensiones que ninguna de las dos sospechábamos.

Muchas gracias a Tati Dunyó, Laia Tresserra, Núria Esteve, Dolors González y Cristina Rotger por su ayuda, y a todos los que me han dado ánimos, buenos consejos o me han echado una mano en algún momento.

Gracias a Sandra Bruna y a la gente de Planeta por creer en el libro desde el primer momento.

Aunque pueda sonar cursi, gracias también a todos los que han creído en él antes incluso de escribirlo.

Y finalmente gracias a mi familia, que siempre está, especialmente a Oriol, Alzira, Marçal y Aniol.

AGNÈS

El secreto de mi turbante
Nadia Ghulam y Agnès Rotger

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *El secret del meu turbant*

© Nadia Ghulam y Agnès Rotger, 2010
© por la traducción, Lexware, S. C. P., 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2011
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2011

ISBN: 978-84-08-10608-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com